

# MEDITACIONES

en forma de Retiro

SOBRE EL

## Amor de Dios

con un breve tratado

sobre la entrega de sí mismo a Dios

Por el R. P. JUAN NICOLAS GROU, S. J.

Traducción de Felipe Ansuini

Colección "Kempis" Nº 44



EDITORIAL DIFUSION, S. A.

HERRERA 527

BUENOS AIRES

Con las debidas licencias

*Hecho el depósito que marca la ley*

*Impreso en la Argentina - Printed in Argentina*

## AL LECTOR

Se ha creído útil proporcionar a los fieles una serie de Meditaciones sobre el amor de Dios y sobre el conocimiento del amor de Jesucristo. LA VIDA ETERNA, dice Nuestro Señor dirigiéndose a su Padre, CONSISTE EN QUE TE CONOZCAN A TI, UNICO DIOS VERDADERO, Y (en conocer) A JESUCRISTO, A QUIEN TU ENVIAS-TE (1). Toda la religión cristiana se halla encerrada en estos dos objetos. El conocimiento conduce al amor, el amor convida a la práctica de los mandamientos, de los que es EL PRIMERO Y EL MAS GRANDE (2). Estas Meditaciones se han dispuesto en forma de Retiro Espiritual, para comodidad y facilidad de los cristianos acostumbrados a hacer un Retiro anual. Pero, sin sujetarse a este método, se puede tomar cada día uno o más puntos de cada una de estas Meditaciones, para entretenerse con ellas en presencia de Dios. A las personas que no posean la facilidad de meditar, les bastará una lectura atenta y aplicada. El objeto será logrado, siempre que el espíritu y el corazón se compenetren de las verdades leídas o meditadas, y se las ponga luego en práctica.

(1) Haec est autem vita aeterna: ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum, Joann., XVIII, 3.

(2) Math., XXII, 38.

## INTRODUCCION

Las almas simples y rectas, que leen los libros de piedad sólo para edificarse, pueden pasar por alto este Prólogo, del que no tienen ninguna necesidad y que no escribo precisamente para ellas.

Este Retiro, que me comprometieron, contra mi primera intención a publicar en Inglaterra, ha sufrido algunas críticas; confieso sin esfuerzo que he dado lugar a ello en ciertos aspectos, por expresiones poco correctas y no muy precisas. Con tal motivo, se me han hecho llegar observaciones manuscritas sin nombre de autor, a las que prestaré la atención posible en esta nueva edición; repudiando la primera en cuanto pueda contener de reprehensible o de poco exacto. En lo que a la fe y a la moral cristiana se refiere, sería para mí muy doloroso dar el más pequeño motivo a una justa censura; preferiría no haber escrito una sola línea antes de apartarme en lo más mínimo, aun sin quererlo, de la sana doctrina.

Sin embargo, me permito decir que es muy triste, sobre todo después de un siglo, que resulte tan difícil escribir para bien de todo el mundo sobre el amor de Dios, sobre la oración y sobre la Comu-



nión frecuente: temas muy interesantes no sólo para los fieles, sino también para los ministros encargados de conducirlos por el camino de la salvación.

No examinaré aquí de dónde proceden estas dificultades; si provienen de las mismas materias, de la disposición de los ánimos o de ciertos prejuicios en los que muchos aún reparan.

El hecho es ciertamente lo que es su causa; y esto es lo que disuade hoy a escribir sobre los objetos de la espiritualidad, o que mueve a limitarse en cosas generales sin entrar en el fondo, ni descender a las reglas particulares y prácticas.

Lo que de por sí es difícil en un tratado de teología, lo es aún más en una serie de *Meditaciones*, donde, sin descuidar la instrucción, se tiene principalmente el propósito de penetrar en los corazones, elevarlos a Dios y afianzarlos en las santas verdades expuestas en ellas. Una exagerada circunspección, precisión o preocupación conduciría, sin duda alguna, al terreno árido y rutinario de la pura escuela, y perjudicaría indudablemente la unción que debe caracterizar esta clase de escritos.

¿Qué libro piadoso escaparía a la censura si se le interpretara al pie de la letra? La misma "Imitación", de un exacto sentido en el fondo, necesitaba una aclaración para comprender a qué gracia se refiere el autor, y algunos espíritus puntillosos le reprocharían el haber dicho más de una vez que la gracia falta a las almas más fervientes.

Para evitar estos inconvenientes ¿será necesario

acotar continuamente al margen los correctivos, las explicaciones e interpretaciones de algunos pasajes para que den la explicación de los demás? ¿Será ello suficiente para prevenir erróneas interpretaciones? Esto supuesto ¿cumplirán fielmente su fin primordial de edificar y conmover profundamente los corazones? ¿Qué sería de las *Meditaciones* escritas con gusto y estilo escolástico? ¿Quién leería y sacaría de ellas un provechoso fruto? Sin embargo, sea para rectificar algunos pasajes de esta pequeña obra, como para aclarar algunos otros, y a fin de justificar todo cuanto no haya sido interpretado en su verdadero sentido, afirmo que: por acto de caridad entiendo todo acto de amor a Dios, cualquier sea el motivo que lo produzca; entiendo por hábito de la caridad, la costumbre tal cual nos ha sido infundida por el Espíritu Santo en el Bautismo o recuperada por la Penitencia; pero de ningún modo el ejercicio habitual del amor proviene del solo motivo de la infinita bondad de Dios.

Más aún, entiendo por amor todo acto de amor a Dios, libre completamente de todo amor propio; en este completo desasimiento, precisamente, hago consistir la pureza del amor. Conviniendo en que esta pureza pertenece principalmente al amor de Dios, amada únicamente por el mismo, añado que ella conviene también al amor de reconocimiento: amor purísimo, que ha ejercido Jesucristo en la tierra y que ejerce aún en la gloria; amor que tiene

y tendrá cabida eternamente en el cielo por parte de los ángeles y de los elegidos.

El amor que trae sobre sí el motivo de la recompensa prometida, puede también ser completamente purificado y librado de amor propio; no puede negarse que así haya sido o de que así sea, sino siempre, al menos con mucha frecuencia en las obras producidas por las almas de santidad eminente. Cuando San Pablo y los demás apóstoles, cuando el mismo Jesucristo nos propone con tanta frecuencia la felicidad del cielo, el reino de los cielos por causa de nuestro amor y del ejercicio de las virtudes cristianas, sería una verdadera impiedad pensar que ellos nos autorizan de alguna manera, a aceptar el más pequeño amor propio, siempre vicioso, en un plano tan sublime y santo, aunque tenga por objeto nuestro interés personal.

Si este amor, que bien podría denominarse amor de esperanza, no tiene cabida en el cielo, no es que no posea en sí mismo una gran pureza y que no pueda hallarse en nosotros: es que en el cielo, la esperanza se convierte en goce y las promesas en realidades. Este amor, por consiguiente, se convierte en amor de acción de gracias. Evité denominarlo "amor interesado" puesto que en nuestro idioma y conforme con nuestras ideas, la palabra "interesado" refleja cierta bajeza y encierra en su aceptación cierto resabio de amor propio.

La escuela toma este vocablo en un sentido distinto; pero los simples fieles no se hallan acos-

tumbrados a este lenguaje puramente técnico. Por lo demás, en la tierra, los más grandes santos, la misma Madre de Dios, han amado y no pueden menos que amar a Dios por el motivo de la eterna felicidad, como por los dos restantes motivos más excelentes en sí mismos. Tales actos pueden ser más o menos frecuentes.

No hubo ni puede haber en la tierra un estado tan elevado donde el amor de Dios no sea efectuado sino tan sólo por el motivo de sus perfecciones infinitas.

Pero la flaqueza humana no permite que éstos sean habituales; y jamás se los debe excluir aun cuando se consideren los demás motivos.

Dios, sin duda alguna desea que le amemos con todas nuestras fuerzas, por el más excelente motivo que atañe a su gloria. Este es el motivo por el cual Jesucristo, en la oración que nos enseñó, nos hace pedir, en primer lugar que sea santificado el nombre de nuestro Padre celestial, que reine sobre nosotros, que se cumpla su voluntad en la tierra como en el cielo <sup>(1)</sup>: tres peticiones que constituyen otros tantos actos del más puro amor y que bastarán para transformarnos en grandes santos, si cumplimos fiel y constantemente cuanto ellas exigen de nuestra parte.

(1) Pater noster, qui es in coelis: sanctificetur nomen tuum. Adveniat regnum tuum. Fiat voluntas tua, sicut in collo, et in terra. (Math., VI, 9, 10).

Es también el deseo de la Iglesia; deseo que se manifiesta claramente en el acto de contrición que Ella propone a sus hijos en el catecismo. No les enseña que detesten el pecado por razón de su fealdad, o porque expone al alma a perder el paraíso y a merecer las penas del infierno; motivos sin embargo buenos en sí mismos, que mueven al pecador a recobrar la gracia mediante el sacramento de la Penitencia. La Iglesia les enseña a decir que se hallan sinceramente arrepentidos de haber ofendido a Dios, que es infinitamente bueno y para quien el pecado es sumamente repugnante.

Pero Dios, Jesucristo y la Iglesia, desean que nos sirvamos de otros motivos más apropiados para apartarnos del mal y reanimar nuestro ánimo en el ejercicio de la virtud. Desean, asimismo, que en las tentaciones violentas y peligrosas, ya sean de la carne, del mundo o del demonio, recurramos al motivo del temor, como hicieron los santos solitarios e ilustres mártires y el mismo gran Apóstol, "Castigando su cuerpo y reduciéndolo a servidumbre por temor a que después de haber predicado a los demás, él mismo se convierta en réprobo" (2).

Para bien de las personas suspicaces, añado a esta declaración mi deseo de adaptarme sin reserva a todo cuanto la Iglesia enseña en esta materia y condenar absolutamente todo cuanto ella condena;

(2) Castigo corpus meum, et in servitutem redigo: ne forte quum aliis praedicaverim, ipse reprobus efficiar. I. Cor., IX, 27.

más aun; si no obstante mis precauciones se ha deslizado en este escrito, o en las ya publicadas, algún punto censurable, estoy dispuesto desde ahora a retractarme de él.

Dios no quiere que yo agravié la fe en mi intento de educar y reanimar la piedad de los fieles. No deseo exceder ni atenuar la obligación del precepto del amor de Dios. El exceso en este sentido, no es menos peligroso que el relajamiento; uno y otro conducen necesariamente al mismo fin. Por otra parte, es necesario distinguir cuidadosamente, so pena de condenación, hasta qué punto puede uno equivocarse sin ofender gravemente a Dios. De esta manera, y para mayor claridad, he empleado los términos "es necesario", "se debe", "está obligado" u otros términos semejantes en el mismo punto de la cuestión, ya sea en la que precede o en la que sigue, a fin de que se sepa si hablo de una obligación grave o leve. Esta observación es por lo mismo muy necesaria, ya que este Retiro no ha sido escrito para los cristianos que obran por el principio del temor y creen que, evitando el pecado mortal ya han cumplido perfectamente con sus deberes religiosos; sino para las personas que han penetrado ya en el camino del amor o que se sienten llamadas a él o al menos que lleven una vida piadosa y regular, y se hallen dispuestas a escoger este camino una vez conocidas sus ventajas. Juzgo, por consiguiente, como deber, explicar a fondo las consideraciones sobre el amor divino,

sin agotar, con todo, el tema ni detallarlo minuciosamente sabiendo perfectamente que no todos los que lean estas consideraciones me comprenderán de la misma manera. Por lo demás, lo mismo ocurre en todos los libros espirituales, particularmente en la "Imitación", el más excelente. Este libro se halla en manos de casi todos los fieles, pero cada uno posee una inteligencia más o menos profunda, conforme a la luz que le haya sido proporcionada de lo alto. Esta luz está ordinariamente proporcionada a su disposición habitual y al mayor o menor progreso alcanzado en el ejercicio de la sólida piedad. Por consiguiente, las almas sabrán comprenderme según el grado de progreso y de experiencia alcanzados; pues la experiencia entraña aquí un valor mayor que el de la ciencia; y, como dice San Bernardo en su explicación del Cántico de Salomón, "la unción sólo enseña y la experiencia aprende solamente todo cuanto se halla contenido en este Cántico" (3). Más aún: ... es indudable que solamente la experiencia de estas cosas pueden darnos el verdadero conocimiento de ellos" (4).

Al comienzo de su explicación, este gran doctor

(3) *Expertí cognoscant; inexpertí inardescant desiderio non tam cognoscendi quam experiendi*" Bern., In Cant. Serm. I, n. 11, Opp., t. IV, col. 1270, a.

(4) "Porro in hujusmodi non capit intelligentia, nisi in quantum experientia attingit". Bern., In Cant. Serm. XXII, n. 2, Opp., t. IV, col. 1334, e.

del amor pregunta a sus religiosos si por ventura pueden afirmar, desde lo más profundo del corazón: "Bésemme con el ósculo de su boca" (5). "Pues añade, yo bien querría saber si algunos de vosotros ha recibido alguna vez la gracia de poder decir estas palabras en el fondo del corazón: "Bésemme con el ósculo de su boca". Porque no a todos es dado el pronunciarlos con verdadero afecto interior, sino que sólo puede hacerlo aquel que habiendo recibido una vez el beso espiritual de Jesucristo, se siente excitado por su propia experiencia e impelido con más vehementes deseos a volver a gustar lo que ya experimentó con gozo. Creo que nadie puede comprender lo que es este beso, sino aquel que lo ha experimentado" (6). Júzguese por lo mismo, si es posible que todo el mundo sea capaz de comprender las consideraciones que presento en este Retiro, las ventajas de la vida de amor, y las cualidades y afectos del amor divino...

Yo me juzgaré dichoso, si las almas que ya han alcanzado algún progreso en este camino, reco-

(5) "Osculetur me osculo oris sui". Cant., I, 1.

(6) "Explorare velim, si cui unquam vestrum ex sententia dicere datum sit, "osculetur me osculo oris sui". Non est enim cujusvis hominum ex affectu haec dicere: sed si quis ex ore Christi spirituale osculum vel semel accepit; hunc proprium experimentum profecto sollicitat, et repetit libens. Ego arbitror neminem vel scire posse quid sit, nisi qui accipit". Bern., In Cant. Serm. III, n. 1, Opp., t. IV, col. 1273, c.



nocen aquí sus propias experiencias; si hallándose en su comienzo se alegran de su elección, y forman el firme propósito de perservar en él hasta el fin; si aquéllas que se sienten atraídas hacia él por un secreto instinto, se esfuerzan generosamente en vencer todos los obstáculos que se les presentan y ruegan ardientemente al Espíritu Santo que las introduzca en este camino de amor. Finalmente sería para mí motivo de dicha si aquellas almas que han corrido por otros caminos se proponen ensayar en éste; y si luego de pedir a Dios que las prepare se esfuerzan en secundar sus inspiraciones.

A los teólogos que lean este escrito, más para examinar su doctrina que por motivos de edificación, les ruego, en primer lugar, que se desliguen de todo prejuicio en su lectura, si es posible, e invoquen, para bien juzgar, las luces del Espíritu Santo. En segundo lugar, les ruego que no juzguen ligeramente de "entusiasmo", de "exceso", de "sutileza metafísica" y de "plan puramente ideal" los pasajes que no entiendan por falta de experiencia personal. En tercer lugar, que se aseguren bien del sentido del pasaje antes de calificarlo como falso y erróneo, y para ello, no solamente deben examinarlo en sí mismo, sino que es necesario que estén muy atentos a la conexión y prosecución del discurso, y confrontando los pasajes en cuestión con otros, donde el punto esté mejor desarrollado y más precisamente explicado. En fin, que consideren que, si es un mal colocar en

manos de los fieles, libros de una doctrina poco exacta y poco segura en cuestión de piedad, no es menos prevenirles inoportunamente contra los escritos que pueden contribuir a su instrucción, a su edificación y a su progreso espiritual.

Intercalamos aquí algunos pasajes de San Crisóstomo traducidos fielmente del griego, que servirán de justificativo en los pasajes más fuertemente criticados.

"Si nosotros pensásemos rectamente, deberíamos hacer la limosna únicamente por ser ésta una buena obra y por motivo de compasión hacia nuestros semejantes, y no con miras a las recompensas que Dios nos ha prometido. Pero, puesto que no somos capaces de concebir nada elevado, hagamos la limosna, al menos, por causa de la recompensa, sin buscar en ello la gloria de los hombres" (7).

"No hemos de temer el infierno por causa de su fuego inextinguible, por sus terribles penas y continuos suplicios; sino porque hemos ofendido a un Señor tan bueno y nos hallamos privados de su gracia; y asimismo hemos de desear su Reino tan sólo para poseer eternamente a Dios y gozar

(7) "Si recte sapimus, ob hoc solum quod bona res sit (eleemosyna), et ob commiserationem in próximos, virtutem hanc exercere oportebit, non ob promissas a Deo mercedes. Verum quando ad nihil sublime mentem attolere valemus, vel ob illud ipsum benigni simus, nullam ab hominibus venantes gloriam; ut ne et sumptus faciamus, et mercede pariter privemur". Chrysostom., In Genes. Homil. VIII, n. 6. Opp., t. IV, p. 63, d.

de su gracia. En efecto, de la misma manera que la bondad de Nuestro Señor es para nosotros más deseable que el reino de los cielos, así también la pérdida de su amistad es más temible que el infierno" (8).

"Si hemos pecado, que no sea el castigo la causa de nuestra aflicción, sino la ofensa que hemos hecho a Dios. Si hemos hecho alguna obra buena, no nos regocijemos con miras al reino de los cielos, sino por haber agradado al Rey de los cielos. En efecto, para una mente sensata es más temible la ofensa a Dios que todas las penas del infierno y más deseable agradar a Dios que el reino de los cielos" (9). "El que ama moriría mil veces por su amada como quiera que después de su muerte na-

(8) Gehennam... timere non debemus propter ignem illum inextinguibilem, et poenas terribiles, et perpetuos cruciatus: sed quia offendimus tam bonum Dominum, et ab illius gratia sumus alieni: ita et ad regnum nobis festinandum, non nisi propter amorem in illum, ut ejus gratia fruamur. Nam ut regno desiderabilius est, clementem Dominum nostrum benevolum esse nobis: ita gehenna gravius, ab illius benevolentia excidere". Chrysostom., In Genes. Homil. XXIII, n. 5. Opp., t. IV, p. 213, d.

(9) Quum peccavimus, non doleamus quia punimur, sed quia Dominum offendimus; et si quod opus bonum nostrum est, non gaudeamus propter regna coelorum, sed quia trum est, non gaudeamus propter regna coelorum, sed quia rem coelorum Regi gratiam fecimus. Qui enim sanae mentis est, offensam Dei magis timet, quam ullam gehennam, et placere Deo pluris aestimat, quam ullum regnum". Chrysostom., De Anna. Serm. V, n. 2. Opp., t. IV, p. 742, d.

da puede esperar de ella. De la misma manera conviene que nosotros padezcamos, no por motivo del reino ni por la esperanza de bienes futuros, sino por Dios mismo" (10).

"Es necesario amar los mandamientos de Dios, no por la recompensa aprometida, sino por amor a Aquel que los estableció; y además, practicar la virtud con gusto, no por temor del infierno ni por las amenazas del castigo o por la promesa del reino celestial, sino por causa de Aquel que implantó las leyes" (11).

"Prescindiendo de los beneficios de Dios, es necesario rendirle gracias y glorificarle por su grandeza y por su gloria inefable" (12).

Los que hayan leído a San Crisóstomo, saben muy bien que yo habría podido intercalar innu-

(10) "Amator... vel millies pro amica moreretur, quamvis post mortem nihil ab ea exspectaret. Ita etiam nos oportet non propter regni exspectationem, nec propter aliquam spem futurorum bonorum, sed propter ipsum Deum omnia pati" Chrysostom., In Psalm., VII, n. 16. Opp., I, V, p. 76, a.

(11) "Amare ea (mandata Dei) non propter mercedem quae est pro ipsis proposita, sed propter eum qui illa statuit; virtutem cum voluptate persequi, non propter metum gehennae, nec propter minas supplicii, nec propter promissionem regni, sed propter eum qui leges tulit" Chrysostom., In Psalm. CXI, n. 1. Opp., t. V, p. 277, b.

(12) "Ostendit... (propheta) absque beneficiis Deo esse agendas gratias, et propter hoc ipsum esse gloria et honore afficiendum, propter majestatem, propter substantiam, propter gloriam inefabilem". Chrysostom., In Psal. CXVII, n. 6. Opp., t. V, p. 328, a.

merables textos del mismo sentido y de la misma fuerza. Más aún, saben que todas las veces que él explica el famoso texto de San Pablo: "Desearía ser apartado de Jesucristo en pro de mis hermanos" (13), demuestra que aquí se halla el espíritu de San Pablo: de ofrecerse para ser anatematizado y separado eternamente de la presencia de Jesucristo, si le era posible, a fin de obtener la salvación de los judíos y poner término a las blasfemias proferidas contra Dios" (14).

Bossuet, cuyas palabras transcribo aquí, cita las homilías XV y XVI sobre la Epístola a los Romanos, y los capítulos VII y VIII del primer libro "de la Compunción". El declara: "un hecho ilustre" el que San Crisóstomo establece a través del texto de San Pablo, y en el cual afirma que habría que amar a Dios, no solamente cuando recibiésemos de Él el solo bien de amarle, mas también cuando en vez de los bienes que nos ha prometido, nos enviara, si fuera posible, al infierno y nos precipitara en sus llamas eternas, conservando el amor" (15).

Consúltese a Bossuet: "Instrucciones sobre los estados de oración", libro IX; léanse también los "Artículos de Issy" redactados por él mismo (16).

(13) "Optabam... ego ipse anathema esse a Christo pro fratribus meis" Rom., IX, 3.

(14) Bossuet, "Instrucciones sobre los estados de oración", lib. IX, c. III.

(15) Bossuet, "Instrucciones sobre los estados de oración", lib. IX, c. III.

(16) Bossuet, "Obras completas", t. XXVII, p. 12.

San Bernardo explica de la misma manera las palabras que Moisés dirige a Dios, refiriéndose a los israelitas: "Perdónales, oh Señor, esta culpa, de lo contrario bórrame del libro tuyo en que me tienes escrito" (17). "Ciertamente, dice, él habla con toda la ternura de un padre, puesto que protesta que no le será posible gozar de placer alguno si no le acompañan aquellos que él ha engendrado. Supongamos que algún hombre rico dijera a una mujer pobre. Entrad conmigo, pero dejad afuera ese pequeñuelo que traéis entre vuestros brazos porque no hace más que llorar y nos incomodaría. ¿Obraría de esta manera esta mujer? ¿No querría más bien ayunar que comer sola con ese rico, abandonando para ello su querida prenda? Así Moisés no quiere entrar en la alegría del Señor si dejara fuera ese pueblo que, aunque inquieto e ingrato, no deja de ser querido por él tan tiernamente como si fuera verdaderamente su madre" (18).

(17) "Aut dimitte eis hanc noxam, aut si non facis, dele me de libro tuo quem scripsisti". Exod., XXXI, 31, 32.

(18) "Loquitur plane parentis affectu, quem nulla possit delectare felicitas, extorribus quos parturivit. Verbi gratia, si dives quispiam mulieri pauperculae dicat: Ingredere tu ad prandium meum, sed quem gestas infantulum relinque foris, quoniam plorat, et molestus est nobis: numquid faciet? Nonne magis eliget jejunare, quam exposito pignore caro, sola prandere cum divite? Ita nec Moysi sedet solum se introduci in gaudium Domini sui, foris scilicet remanente populo; cui, licet inquieto et ingrato, vice pariter et affectione matris inhaeret". Bern., In Cant. Sermo. XII, n. 4. Opp., t. IV, col. 1298, f.

"El amor, declara en otra parte, se enriquece con todo lo que se pone a su alcance; de manera que, cuando nace el alma, cautiva, transforma y asimila todos los demás afectos. De ahí que el que ama de veras, ama y no le interesa otra cosa. Dios pide que se le tema como a Señor, que se le honre como a Padre y que se le ame como a Esposo. ¿Cuál de estas tres cosas es más excelente? El amor sin duda. Sin amor el temor es muy penoso y el honor carece de recompensa. El temor es servil, mientras que el amor no; el honor que no procede del amor, no es amor sino adulación... El amor sólo es suficiente por sí mismo, es agradable por sí mismo y para sí mismo; es para sí mismo su mérito y recompensa. El no busca fuera de sí, ni razón ni utilidades. Yo amo porque amo; amo por amar" (19).

"Los hijos aman, pero tienen puesto sus ojos en la herencia; y el temor que tienen de perderla, sea

(19) Amor sibi abundat, amor ubi venerit, caeteros in se omnes traducit et captivat affectus. Propterea quae amat, amat, et aliud novit nihil... Exigit... Deus timeri ut dominus, honorari ut pater, et ut sponsus amari. Quid in his praestat, quid eminet? Nempe amor. Absque hoc et timor poenam habet, et honor non habet gratiam. Servilis est timor, quandiu ab amore non manu mittitur. Et qui de amore non venit honor, non honor, sed adulatio est... Is per se sufficit, is per se placet, et propter se. Ipse meritum, ipse praemium est sibi. Amor praeter se non requirit causam, non fructum. Amo quia amo; amo ut amem". Bern., In Cant. Sermon. LXXXIII, n. 3 et 4. Opp., t. IV, col. 1558, a, c.

como fuere, hace que no pocas veces teman más que amen a aquél de quien la esperan. Tal amor me es sospechoso, pues parece no ser producido sino por la esperanza de adquirir algo distinto del objeto amado. Es débil, pues al quitársele esa esperanza o se extingue o disminuye notablemente. No es puro, puesto que se le mezcla otro afecto distinto del objeto amado, pues el amor puro no es mercenario, ni extrae su vigor y fuerza de la esperanza, ni se deja influenciar por la desconfianza" (20).

De esta manera habla a sus religiosos este gran Santo, muy poco tiempo antes de su muerte, en el momento más culminante de su ciencia y de su experiencia del amor (21).

(20) "Amant... et filii, sed de haereditate cogitant: quam dum verentur quoquo modo amittere, ipsum a quo expectatur haereditas, plus reverentur, minus amant. Suspectus est mihi amor, cui aliud quid adipiscendi spes suffragari videtur. Infirmus est, qui forte spe subtracta, aut extinguitur, aut minuitur. Impurus est, qui et aliud cupit. Purus amor mercenarius non est. Purus amor de spe vires non sumit, nec tamen diffidentiae damna sentit". Bern., In Cant. Sermon. LXXXIII, n. 5. Opp. t. IV, col. 1558, c.

(21) Consúltese también la "Práctica de la perfección cristiana" por el P. Rodríguez, 1ª parte, IIIer. tratado, capítulo 3.



## MEDITACION PREPARATORIA

### Para la víspera del Retiro

Sobre estas palabras: "Yo he venido a poner fuego en la tierra, y ¿qué he de querer sino que arda?" (1).

PUNTO PRIMERO: ¿Cuál es el fuego que Jesucristo trajo a la tierra? Es el amor divino. El tiene en sí la plenitud, y de su plenitud participamos todos nosotros (2). "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (3); recorrió las diversas etapas de su vida mortal: trabajó, sufrió para enseñarnos a través de sus lecciones y sus ejemplos, a amar a Dios. Se inmoló en el madero de la cruz, para merecernos, rescatarnos y adquirir el derecho de comunicarnos la gracia de amar a Dios. En esta gracia estriba el más grande de sus beneficios; ella supone e incluye todos los demás.

---

(1) "Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?" Luc., XII, 49.

(2) Juan., I, 16.

(3) "Verbum caro factum est, et habitavit in nobis".  
Jaan., I, 14.

El verdadero Dios no era casi conocido, ni amado antes de Jesucristo; no lo ha sido ni lo será hasta el fin de los siglos, sino por él mismo.

Como Verbo, Jesucristo es el sol del amor, la "verdadera luz que ilumina" y enardece sobrenaturalmente a "todo hombre que llega a este mundo" (4).

¿Cuál ha sido mi proceder, hasta ahora, con respecto a este beneficio de Jesucristo? Si mi alma no se halla abrasada del fuego sagrado, no debería, más bien, imputarlo a mí mismo? El, por su parte, todo lo ha cumplido; puedo afirmar que he obrado de la misma manera? ¡Cuántos motivos para confundirme y humillarme! y al mismo tiempo, ¡cuántas gracias he de daros, oh Salvador mío!

PUNTO SEGUNDO. — Todo lo que quiere Jesucristo, es que este fuego prenda en el corazón de los hombres. Como Dios, no desea otra cosa, puesto que su gloria y nuestra felicidad que constituyen las dos finalidades de todas sus obras, están necesariamente ligadas al divino amor y en la misma dependencia que los efectos con sus causas. Como hombre, no tiene otro deseo, puesto que éste es el objeto de su misión; ésta será perfectamente realizada, si logra que prenda en nuestros corazones el fuego en el que arden los ángeles del cielo, y que

(4) "Erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum". Juan, I, 19.

aquéllos absorben en el seno mismo de la Divinidad.

El cielo es, verdaderamente, la región de este fuego que ha descendido a la tierra para luego remontarse y elevarnos con él. Pero, ante todo, es necesario que se consuma en nosotros todo lo que sea puramente mundano, pues jamás se nos introducirá en la mansión de la gloria y de la felicidad, mientras permanezca en nuestras almas algo que purificar.

Si Jesucristo no desea, ni puede desear otra cosa que abrasarme en este divino fuego, ¿debo yo por el contrario desear otra cosa? ¿No soy enemigo de Dios si pongo dificultad al medio por el cual El se propone asegurar su gloria? ¿No me convertiría en mi propio enemigo si me resisto a abrir mi corazón a esta sagrada llama que es para mí la única fuente de santidad y de felicidad? Es necesario que escoja: arder eternamente en el fuego del amor divino o en el fuego del infierno.

¡Ah, Señor! ¿Es posible que yo titubee ante el fuego de vuestro amor y el de vuestra cólera? ¿entre el fuego que arde en Vos mismo y que es causa de Vuestra felicidad y aquél en que se abrasan los demonios, sumidos irremediabilmente en la desesperación, en el odio y en el infortunio más completo?

Pero el tiempo de esta vida breve e incierta, es el único en el que puedo adquirir el grado de amor en el cual he de arder por toda la eternidad.

**PUNTO TERCERO.** — Este fuego que Jesucristo trajo a la tierra y desea que prenda en todos los corazones, no tendrá cabida en el mío o al menos, no podrá perseverar en él ni le acrecentará, si yo no lo deseo, si no conservo su ardor ni contribuyo a aumentarlo con una libre y espontánea cooperación.

He recibido el germen y la primera chispa en el Bautismo. Dios la depositó en mí por pura bondad, pues, ¿cómo y de dónde puede merecer tal gracia? Pero El ha dispuesto que mantenga esta chispa, para que, alimentándola incesantemente con su auxilio, la transforme poco a poco en una gran hoguera.

¡He obrado de esta manera desde que tengo uso de razón, después de conocer el precio de la caridad y de la gracia santificante? ¡Cuántas veces he apagado en mí esta caridad divina por el pecado mortal! Sé que la he extinguido; ignoro si ha vuelto a encenderse luego mediante el sacramento de la Penitencia. Si tengo motivos para creerlo, ello significa un nuevo beneficio que os debo ¡oh Dios mío! y del cual me considero indigno.

Y aun cuando la hubiere conservado o prontamente recobrado, ¿no soy verdaderamente culpable, por otra parte, de haber sido la causa de su debilitamiento por tantas negligencias e infidelidades; por causa de la innumerable cantidad de faltas veniales, no precisamente indeliberadas sino deliberadas y cuyo hábito me expone a perderla definiti-

vamente? ¿No debo reprocharme también por no haber empleado o por haber empleado mal tantos medios de santificación, tantas gracias internas y externas cuyos efectos tenían por finalidad acrecentar en mí el fuego de la caridad? En la actualidad sería un verdadero serafín si, transpuesta la infancia, hubiese secundado y seguido fielmente Vuestras divinas inspiraciones.

¡Dios mío! Deseo hacer este Retiro movido tan sólo por el deseo de arrepentirme delante de Ti de mis faltas pasadas, de mi tibieza y de mi cobardía presente; para remediarlas y formular con vuestro auxilio, santos y fervorosos propósitos; para aprender y comenzar de veras a amaros; en fin, para cumplir mejor vuestro gran precepto.

¡Oh, Jesús! He aquí mi corazón; os lo entrego. Vos sois el dueño. Preparadlo para recibir una nueva y abundante efusión de Vuestro santo amor. Es vuestro deseo; es también el mío. No os pido dulzuras ni consuelos; pero sentiría un gran contento si lograra de estos ejercicios espirituales una voluntad determinada a consagrarse en adelante al amor, en todos los instantes de mi vida; una voluntad determinada a emplear todos los medios posibles y aprovechar todas las circunstancias propicias para conservarlo y acrecentarlo. Sea éste el único fin que alberguen mis pensamientos, mis deseos, mis acciones, mis sufrimientos. Concededme esta voluntad; luego ayudadme a conservarla y fortificarla. Pues: ¿qué soy yo, y qué puedo sin Ti?

## PRIMER DIA

### PRIMERA MEDITACION

**Sobre el amor que Dios se profesa a sí mismo**

PUNTO PRIMERO. — Dios se conoce desde toda la eternidad y se contempla tal cual es: el ser existente por sí mismo e infinitamente perfecto. No le es dado contemplar sus perfecciones sin amarse con un amor tan infinito como sus mismas perfecciones; y en este conocimiento y amor estriba su suprema felicidad: sabiéndose eternamente inmutable, y eternamente feliz, sabiendo que se conocerá y amará eternamente y sabrá bastarse por siempre a sí mismo y no tendrá necesidad de otro goce.

De ningún modo me detendré a explicar lo que la fe me enseña al respecto; esto es: que este conocimiento y este amor son fecundos en la naturaleza divina y que resulta en las tres personas: el Padre, que no es engendrado, conociéndose a sí mismo engendra al Hijo, que en todo es igual a él, y al Espíritu Santo, que es el término del mutuo amor del Padre y del Hijo, e igual en todo a uno y otro.



Pero observemos cuidadosamente el orden: conocimiento, amor, felicidad.

Dios se ama, puesto que se conoce y no puede conocer cosa mejor; es feliz puesto que se ama, y poseyéndose, posee el único y soberano bien. En Dios, estas tres cosas: conocerse, amarse, ser feliz, no se continúan sino que se acompañan; o más bien, ellas se confunden con la naturaleza misma de Dios, que no es sino el conocimiento de sí, amor de sí y felicidad en sí mismo. Pero, conforme a nuestra manera imperfecta de pensar, en todo ser, a excepción de Dios, el conocimiento precede al amor y la dicha sigue al conocimiento es la fuente y de tal manera que el conocimiento es la fuente y el motivo del amor, y la dicha, el efecto y el fruto de uno y otro.

**PUNTO SEGUNDO.** — Dios se ama necesariamente, y en realidad no ama ni puede amar más que a sí mismo. Antes de la creación, tan sólo amaba a sí mismo puesto que era el único existente. La creación en nada ha cambiado, en este sentido, la naturaleza divina es absolutamente incapaz de mudanza. Dios ama a las criaturas, que son su obra y sobre todo, a aquellas que, como nosotros, han sido hechas a su imagen y semejanza. Pero no las ama en sí mismas y por sí mismas, sino que se ama en ellas. El amor que se profesa se extiende a sus obras externas, que son el fruto de su poder, de su sabiduría y de su bondad; obras amables a

sus ojos en cuanto participan, de una manera finita de su ser infinito. Así, el amor que Dios nos tiene, de ningún modo es distinto al que profesa a sí mismo; y, aunque este amor sea libre en sus efectos externos, es sin embargo, necesario en su principio. Es decir: Dios por razón del amor que se profesa a sí mismo, de ningún modo puede dejar de amarme, de tal manera que, aún cuando yo cesara de amarle, no me haría indigno de su amor. Por la misma razón de ser feliz, El no puede menos que desear mi felicidad según mi capacidad y según el género de felicidad al cual quiso destinarme; y, efectivamente, me pondrá en posesión de esta felicidad con tal que yo cumpla por mi parte la condición indispensable que El exige: saber amarle.

Mi felicidad es tan sólo una comunicación de la suya; es imposible extraerla de otra fuente. Pero mi felicidad nada añade a la suya, como tampoco mi desdicha le aporta ningún perjuicio si yo me condeno por mi culpa.

Dios, por consiguiente, únicamente en sí encuentra la razón de amarle y el deseo de mi felicidad; y, siendo yo el objeto, este amor es, por su parte, completamente gratuito, puro y desinteresado: pues en el supuesto caso de que me haya creado o no, le ame o le desprecie, sea un día feliz o desdichado, no disminuirá por ello el amor que se profesa a sí mismo, ni será menos feliz.

**PUNTO TERCERO.** — Dios es el único ser que tiene el derecho de amarse, puesto que se conoce, y el de ser feliz, por razón de este conocimiento y amor. A nadie le es dado amar sino en razón de sí mismo y por el mismo amor que se profesa. En efecto: ¿qué es lo que contempla en su fondo toda criatura que se conoce? La nada de donde proviene y hacia la cual se vuelve por sí misma; y la nada excluye de sí toda amabilidad. ¿Qué deseo encierra su voluntad? La capacidad de apartarse del orden prescrito por su autor; y esta capacidad significa una imperfección que la humilla. En sus facultades la criatura no percibe sino límites muy estrechos, su ignorancia, la imposibilidad de bastarse a sí misma y los anhelos propios de la indigencia; todo lo cual la mueve a buscar fuera de sí misma la ansiada felicidad.

Todo lo que ella encuentra de bueno en sí misma proviene de otra fuente, comenzando por la existencia, que es el fundamento de todo lo demás. Esto le impone la absoluta obligación de amar a su Creador y retribuirle todo sin excepción, puesto que todo cuanto posee procede de El, que al crearla no pudo colocarla al margen de su dependencia.

Si la criatura, aun siendo la más perfecta, no encuentra en sí la razón de amarse y, si por el contrario no encuentra en ella otro motivo que el de llevar este amor fuera de sí, con menor razón podría ser feliz amándose, pues este amor, faltándole el fundamento, sería un engaño que le proporcio-

naría una felicidad puramente ilusoria. Más aún; como el amarse implica de su parte un extremado desorden, ello la conduciría a un estado sumamente desdichado.

En fin, no poseyendo la criatura el derecho de amarse, se aparta cada vez más del orden, desde el momento que ama a algún otro objeto por sí mismo y como su fin. Y si es verdad que ella de esa manera no puede amar legítimamente a ninguna otra criatura, con más razón entrañaría un extraño trastorno del orden si tan sólo amase a Dios por razón de sí misma, estableciéndose como centro en el que cifrara su afecto hacia Dios; lo cual, en rigor, no es posible, puesto que en lugar de amar a Dios, ello implicaría su menosprecio, su deshonra y degradación.

Esta meditación es un poco árida y abstracta; la siguiente lo será aún más. Pero es necesario remontarse al principio, a fin de comprender rectamente cuál debe ser nuestro amor para con Dios. Los afectos del corazón son desordenados si no proceden de las luces del espíritu; y el amor que no se conforme a ello es indigno de un ser racional.

Lo que acabamos de meditar nos coloca, desde ya, frente a dos verdades principales. La primera: que Dios, amándose necesariamente a sí mismo, y no amando sino por razón de El mismo todo lo que no sea El, nos impone la estricta obligación de amarle tan sólo por El mismo. La segunda: que toda infiltración de amor propio mancha, en ma-

yor o menor grado, la pureza del amor debido a Dios, y es un desorden que entraña un verdadero obstáculo, sino para nuestra salvación, al menos para nuestra santidad y para la perfección a la cual debe aspirar todo cristiano.

## SEGUNDA MEDITACION

**Dios me ha creado para que yo le ame principalmente por razón de El mismo.**

PUNTO PRIMERO. — “La razón de amar a Dios es Dios mismo” <sup>(1)</sup>, dice San Bernardo: primero y antes que todo, por causa de su infinita bondad, luego por razón de los demás atributos que le hacen acreedor a nuestro amor. Es indudable que el fin que Dios se propuso al crearme, fué que yo le amare por razón de El. Todas sus obras externas consti-  
yen una libre efusión de su bondad y un sinnúmero de beneficios. La creación es el primero y todas las demás la suponen. Un bienhechor como Dios, que todo lo debe a sí mismo, que nada hizo ni pudo hacer sino en razón de sí mismo puesto que nada existiría fuera de El ni podía existir sino por su voluntad siempre libre y todopoderosa, tal bienhechor no pudo proponerse otro fin que el de su propio beneficio y el de motivar la admiración y el amor hacia su infinita bondad.

(1) “Causa diligendi Deum, Deus est”, Bern., De Dilig. Deo, cap. I, n. 1. Opp. t. III, col. 583, c. 593, d.

Hay que convenir que sus innumerables e inestimables beneficios, conforme su promesa, tienen por finalidad nuestra eterna felicidad y constituyen un motivo sólido para amarle.

El motivo se evidencia por sí mismo; y la voluntad expresa de Dios, manifiesta en casi todas las páginas de las Sagradas Escrituras, es que empleemos y aprovechemos estos beneficios. Muy grande sería nuestra ingratitud, si no nos sirviéramos de ellos con este fin.

Pero Dios, ¿ha querido, pudo querer, por ventura, que yo le amara tan sólo por razón de sus beneficios y de sus promesas, sin remontarme a su esencia misma y a sus infinitas perfecciones? Es evidente que no; ello repugnaría igualmente a la naturaleza divina, a la calidad de sus beneficios y al objeto de sus promesas.

Si Dios se ama necesariamente en razón de sí mismo, debe querer también, por encima de todo, que se le ame por esta misma razón; debe quererlo además, por los otros motivos —la caridad es uno propio y específico— que son sus perfecciones y su bondad infinitas. Pretende ciertamente que sus dones y sus promesas sean verdaderos motivos para amarle. Pero su mayor deseo es que nuestro amor, elevándose por encima de estas razones, con la frecuencia que la flaqueza humana auxiliada por la gracia le permita, se remonte a Dios por ser El quien es; que su motivo sea únicamente el de sus infinitas perfecciones y no sus dones y sus prome-

sas. Por otra parte, ¿qué necesidad tiene Dios de las criaturas? Ninguna. ¿Por ventura Dios les dió la existencia para que amándose a sí mismas antes que todo, le amasen luego en razón de los bienes que poseen o de los bienes que esperan de él? No sería posible: Dios perdería por consecuencia el lugar de privilegio en nuestro afecto. Pero en cualquier aspecto que se lo considere, El quiere y debe ocupar en él el primer lugar. De esta manera, el amor de reconocimiento para ser un verdadero amor de Dios, debe pasar por alto los beneficios e inclinarse, incondicional y espontáneamente hacia el bienhechor. Del mismo modo, el amor movido por la recompensa debe tender a Dios como infinitamente liberal en sus promesas y como el objeto de nuestra bienaventuranza. Finalmente, el principal título por el cual Dios exige nuestro amor, es su bondad, de la misma manera que su santidad exige que seamos santos <sup>(2)</sup>; motivos éstos que no deben gravitar en nuestros corazones por los bienes naturales y sobrenaturales con que Dios nos ha colmado, y por razón de su felicidad que ha propuesto compartir un día con nosotros; por el contrario, al colmarnos Dios con un sinnúmero de bienes, tuvo por fin principal el que nosotros le amásemos por razón de sí mismo. La más grande recompensa, en el cielo, será para aquellos que le hayan amado de esta manera; y esta recompensa

(2) Levit., XI, 44; XIX, 2.



consistirá en amarle eternamente con un amor más puro y excelente que el de los demás elegidos.

PUNTO SEGUNDO. — Dios me ha dado un entendimiento: ¿con qué fin? ¿Por ventura para conocer solamente a las criaturas o conocerme a mí mismo? No. Mi entendimiento ha de elevarse hacia el conocimiento de Dios; debe contemplar sus perfecciones y descansar en esta contemplación como en su único fin. Es verdad que mi espíritu no sabrá penetrar y comprender lo infinito. Sólo Dios puede comprenderse a sí mismo. Pero el entendimiento es capaz de conocerlo; anhela con todas sus fuerzas llegar hasta El; y este deseo es tan natural, que ningún conocimiento finito es capaz de satisfacer plenamente su curiosidad.

Además, cualquier ciencia que cultive, cualquier objeto que atraiga mi atención, ya sea en mí mismo o hacia los demás, todo, absolutamente todo se presta para elevarme y conducirme a Dios. Todas las verdades forman una cadena circular, que principia en Dios y termina en Dios. Nada conozco de profundo ni en lo moral ni en el mundo físico, si desconozco a Dios; y no me sería posible razonar rectamente, si no pusiera a Dios como fundamento, como causa primera y como fin último de todas las cosas. ¿No es evidente, por consiguiente, que Dios me ha dotado de tal entendimiento para que yo le conozca; que no solamente haría el más noble uso al aplicarlo a este objeto,

sino que, por el contrario, abusaría contra su destino si lo aplicara en otro asunto completamente ajeno a El? Así como todos mis conocimientos para ser sólidos deben tender a Dios, igualmente todos mis afectos para ser ordenados deben terminar en El. Dios me ha entregado una voluntad capaz de amar, indudablemente para que yo ame aquello que es amable. Pero ninguna cosa es verdadera, única y soberanamente amable a excepción de Dios. Todo cuanto las criaturas poseen de hermoso y bueno, ¿a quién lo deben sino a Aquel que es la hermosura y la bondad por esencia? ¿Las creó por ventura para que yo cifre mi amor en ellas? ¿Me otorgó el uso de la razón, acaso para que yo me ligue a ellas y le quite a él, al menos, una parte de mi corazón? ¿No me expresan ellas, cada una en su propio lenguaje: no te detengas en nosotras; sírvete de nosotras para elevarte a nuestro común autor; El nos coloca ante ti y te permite hasta cierto punto y siguiendo determinadas leyes, nuestro goce. La voluntad, ciega en sí misma, puede dejarse seducir por los sentidos, por la imaginación y por las pasiones. Pero el entendimiento es quien debe dilucidar y dirigir sus afectos, moverla a seguir las luces más puras, ya sean naturales o sobrenaturales, inclinándola a amar a Dios en sí mismo y en todos los seres creados.

Dios me ha otorgado el libre arbitrio. ¿Con qué objeto? ¿Acaso para que disponga a voluntad de mí mismo y de todo cuanto El ha colocado bajo

mi dependencia? ¿Ha querido por ventura que yo me constituyera dueño absoluto de mí mismo, sus trayéndome con ello a su dominio? Este pensamiento no puede gravitar seriamente en mi espíritu. Su designio ha sido que yo, no sólo le amara libremente y por ser El el más excelso de todos los seres, sino también que le otorgara la preferencia más eminente que le corresponde sobre cualquier otro objeto, y por lo mismo, acrecentar con mi amor su gloria y merecer de su parte una recompensa. Debo comenzar, por consiguiente, por glorificarle, amándole por razón de El mismo y por todos los bienes que de El he recibido y espero recibir.

Debo proponerme, como segunda intención, mi felicidad como consecuencia y efecto de este amor. Jamás he de cambiar este orden: jamás en mi pensamiento he de colocar mi felicidad por encima o en el mismo plano de la gloria de Dios.

PUNTO TERCERO. — Insistamos un poco en el deseo de la felicidad y veamos si ésta se opone al amor de Dios por razón de El mismo. Yo, por lógica consecuencia del amor ordenado que rige en mí, deseo ser feliz: amor que es necesario no confundir con el amor propio, esencialmente vicioso y desordenado en sí mismo. Pero, ¿cuál es el origen de este deseo? Mi absoluta indigencia.

Si yo me bastara a mí mismo, ya no existiría en mí el deseo de ser feliz, pues ya lo sería. Este deseo me traslada fuera de mí, me conduce hacia

un ser más excelente, hacia el Ser infinito, el único que puede corresponder a la idea que he concebido de la felicidad y que puede llenar con su posesión la amplia capacidad de mi corazón. En una palabra, me eleva hacia Aquel que es en sí mismo el soberano y único bien. Pues si Dios no fuera de esta manera en sí mismo, tampoco lo sería para mí. He de conocer, pues, a este soberano bien; he de amarle como tal en sí mismo y por sí mismo, antes que desear ser unido a El como a mi único soberano bien.

El me empuja hacia él, como hacia mi fin, mi centro, el único objeto de mi felicidad. ¿Cómo desearlo, si desconozco su infinita perfección y bondad y si no lo amara por sí mismo antes que amarle por mi propia conveniencia? Los instintos, las reflexiones y los artificios del amor propio son los que alteran el orden de estas relaciones. Pero, conforme acabo de decir, el amor propio y el ordenado amor de sí mismo constituyen dos inclinaciones diferentes. El amor ordenado me inclina a desear mi felicidad inquiriéndola en Dios, fuente de toda perfección y dicha. El amor ordenado me mueve desde el principio a amar a Dios, principalmente por razón de sí mismo con el auxilio de la gracia y, consiguientemente por reflexión, como a mi último fin; como al principio y término de mi felicidad, no por razón de mí mismo tal como lo exige el amor propio sino por él mismo; de tal suerte que, el amor de Dios por sí mismo, encuén-

trase siempre implícita y radicalmente en este amor profesado por otros motivos.

El vicio y el desorden del amor propio concibe a la felicidad y a Dios mismo tan sólo con respecto a sí mismo, todo lo relaciona a sí; en el propio bien-estar encuentra su fin y considera el amor y la posesión de Dios tan sólo como medios para alcanzar este bienestar<sup>(3)</sup>. A través de este extraño trastorno, el amor de "mí" mismo conviértese en la afección principal y dominante del corazón humano y, por ende, Dios es colocado en un plano secundario. Se ama, y se desea, antes que todo, su propia felicidad; luego ama a Dios y anhela poseerlo en cuanto es un bien necesario para su felicidad. Encuadra a Dios, por consiguiente, en el mismo plano de las cosas creadas. Este desorden, que aquí describo en sus perfiles más perniciosos, generalmente en la práctica no suele darse con estas tristes características, puesto que sería incompatible con el amor de Dios, que debe constituir la única afección del corazón. Con todo, suele infiltrarse en él de una manera imperceptible, perjudicando lógicamente su pureza en la mayor parte de los cristianos.

(3) Leon. Il grande amore nasce dalla "gran cognizione" della cosa che si "ama", e se tu "non la conoscerai" poco o nulla la potrai amare; e se tu l'ami per il bene che ti aspetti di lei e non per la somma sua virtù, tu fai come il cane, che mena la coda e fa festa alzandosi verso colui che li po' dare un osso. N. del T.

## TERCERA MEDITACION

### Sobre el mismo tema

PUNTO PRIMERO. — "Dios es caridad" (1), dice San Juan, y, "la fuente única de toda caridad". Ella ha sido infundida en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo" (2), eterno amor del Padre y del Hijo. ¿Qué amor puede profesarme Dios sino el mismo que se profesa a sí mismo? Por toda la eternidad jamás tuvo ni tendrá otro. Este amor es puro, infinitamente puro en su origen; es puro en el hábito infundido por el Bautismo en el alma del cristiano, y siempre será puro en sus actos, cualquiera sea el motivo por el cual ellos se produzcan, siempre que el amor propio desordenado no lo mancille con sus odiosas propiedades. Pues ni el motivo del reconocimiento ni el de la recompensa son los que alteran su pureza. Estos dos motivos son puros en sí mismos, puesto que Dios nos los recomienda y los inspira

(1) "Deus charitas est". Juan, IV, 16.

(2) "Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per spiritum sanctum". Rom., V, 5.

con su gracia. El motivo formal de la caridad proveniente de sus divinas perfecciones no los excluye, sino que hace primar éste sobre aquéllos por su excelencia misma. He de amar a Dios, tanto por los bienes ya recibidos como por los que me promete y espero; pero, más aún, he de amarle por ser El quien es. ¿Son éstas miras e intenciones que no pueden conciliarse?

¿Qué importa, sin embargo, si amando yo a Dios por el motivo particular del reconocimiento y por aquel que sugiere la esperanza, no le amo en este caso por el motivo formal de la caridad? ¿Por ventura este motivo no subsiste en mi corazón y en el secreto de mi designio, aún cuando yo no le preste una actual intención? Además, estoy enteramente dispuesto a amar por este motivo, cuando el Espíritu Santo me lo inspire y todo lo que me pide es que no ponga obstáculos a sus continuas inspiraciones y corresponda generosamente a ellas.

Lo importante es que la caridad permanezca siempre como dueña y reina de mis afectos. Aparte de eso, el Espíritu Santo, que obra libremente en los corazones, no sólo se sirve a veces del temor de los juicios divinos para apartarme del mal y confirmarme en la práctica del bien, sino que también me infunde la gratitud al recuerdo de los beneficios de Dios, y me insta a devolverle recíprocamente estas vicisitudes, mediante la mortificación, practicando los penosos actos de la virtud y concediéndole todo cuanto El me pida. Más aún, me impre-

siona vivamente con la idea de la felicidad celestial, para inspirarme un profundo desprecio hacia las cosas de la tierra, para animarme a sobrellevar las dificultades de la virtud y sostenerme en las aflicciones y en los sufrimientos. En cada página del Antiguo y Nuevo Testamento, se hallan expuestos estos motivos, y nos inculca, recomienda y ordena su uso, toda vez que la gracia lo solicite a nuestro espíritu. Y ciertamente, ni los profetas inspirados por Dios, ni los apóstoles representantes de Jesucristo, ni el mismo Jesucristo han creído perjudicar, por lo mismo, a la caridad propiamente dicha, ni a la obligación de conservar y fortificar su hábito con un constante ejercicio.

PUNTO SEGUNDO. — ¿Cómo es posible que Dios no nos exija que le amemos por encima de todas las cosas y por razón de sí mismo? Nosotros, viles y miserables criaturas, pretendemos que nuestros semejantes nos amen de este modo y no conocemos otro amor verdaderamente digno de nosotros que aquél. ¿Qué esposo no se sentiría ofendido si creyera fundadamente que su esposa le ama puramente por interés y conveniencia? ¿Qué padre se sentiría halagado por el afecto y la obediencia de sus hijos si este afecto y obediencia no se fundaran en su carácter de padre; si las mismas no entrañasen ningún sentimiento natural y le amaran ellos tan sólo con miras a una ventaja presente o futura? ¿Qué amo no desearía que sus siervos le fueran cor-

dialmente fieles y no interesados por los emolumentos de él recibidos y que esperan recibir? ¿Qué sería la amistad, sino puro comercio, si los favores y beneficios recíprocos constituyeran su principio y único fin? “¿Qué es amar, dice un pagano, sino desear para el amado los más grandes bienes aun cuando de él nada recibamos?”<sup>(3)</sup> La razón por la que los poderosos raramente tienen amigos, ¿no es de que de ordinario la mayoría de las personas son atraídas, no por sus cualidades personales, sino por pura ambición e interés?

¡Y qué! ¡Los hombres serán delicados hasta el exceso en el amor; afectarán entre ellos una nobleza de sentimientos y de lenguaje —que pocas veces poseen puesto que reconocen como un deber el poseerlos y al mismo tiempo los exigen en los demás; y Dios que posee por razón de sí mismo el derecho indisputable a nuestro amor, Dios que es necesariamente celoso de nuestro corazón, Dios que ha infundido en nosotros el hábito de la caridad para que podamos amarle sobrenaturalmente, vendría a menos si lo amáramos por sí mismo o por nosotros! ... Los títulos de padre, de esposo, de madre, de amigo, a los cuales atribuimos un valor tan grande cuando se trata de nosotros, ¿no encierran valor alguno cuando se refiere a Dios?

<sup>(3)</sup> “Quid est amare..., nisi velle bonis aliquem affici quam maximis, etiam si ad se ex iis nihil redeat”. Cicero, “De finib. bon. et mal”, lib. II, cap. XXIV.

¿Acaso no los reúne en sí en el grado más excelso? A este respecto, ¿sus derechos no aventajan infinitamente a todos los nuestros? Más aun, ¿no posee un título para nosotros inalcanzable, esto es: la perfección infinita y absoluta de su naturaleza, de cuya infinita bondad apenas perfílase en nosotros un pálido reflejo, un vestigio, una sombra? Dios, que autoriza, hasta un cierto punto, el amor puro entre los hombres, siempre que el mismo se relacione con El; que lo ordena al mismo tiempo a los esposos, a los padres e hijos y a todos los que se hallen unidos por la sangre: ¿dejará de recomendarlo con respecto a sí mismo? ¿Se conformará con un amor inspirado por otro motivo? ¡Nada demuestra mejor hasta dónde llega la injusticia y la obcecación del amor propio, que impele al hombre a creerse digno de aquello que niega o disputa a Dios!

PUNTO TERCERO. — Lejos de disputar a Dios este amor purificado de todo amor propio, que sólo El merece, he de cifrar mi gloria y mi felicidad en amarle de este modo, sin descuidar nada de mi parte para poder alcanzar esta finalidad. Mi verdadera nobleza cífrase en la capacidad que tengo de conocer y amar a Dios; y la suma satisfacción de mi espíritu y de mi corazón, encierrase únicamente en este conocimiento y amor. Todo cuanto es insuficiente aquí, en la tierra, para mi satisfacción com-



pleta, débese a la imperfección de mi conocimiento y de mi amor.

¡Cuán grande es mi destino! El me une inseparablemente a Dios; sólo me es necesario para ser completamente feliz, el amor y la posesión del Ser supremo! ¡Qué vileza la mía y qué degradación, si prostituyo mi amor dirigiéndolo hacia otro objeto ajeno a Dios! ¡Dios me ofrece la felicidad, me la brinda en el goce de sí mismo, y yo, en cambio, la inquiere afanosamente en otra parte! ¡Tan sólo me ha puesto una condición: que le ame; y yo ya sea por negligencia, ya porque me parece muy difícil, jamás la cumplo! ¡Me amenaza con una dicha perdurable, con una pérdida irreparable, con un suplicio eterno, con su eterna maldición si yo no le amo; sin embargo estas amenazas en nada me impresionan, y carecen de la fuerza necesaria para desligarme de las criaturas y conducirme al Creador!

Con todo, tengo la convicción íntima de mi engaño y sé que, seducido por vanas apariencias, persigo una felicidad que jamás podré alcanzar; o más bien, en mis falsos juicios imagino una felicidad que no existe y que de ninguna manera puede existir. La razón, la experiencia, más persuasiva que ésta, lo ha probado sobradamente. ¿No soy, por consiguiente, mi peor enemigo? ¿Cómo no he de aborrecer infinitamente este despreciable amor propio que me aparta del soberano bien, que me abandona en la más lamentable indigencia y me alimen-

ta tan sólo de ilusión? Esta ilusión también me será arrebatada un día, hundiéndome en la horrible desesperación de haber perdido todo irremediablemente.

El desorden en que me precipito al rehusar a Dios el amor que le es debido bajo cualquier aspecto, es tan grande, que me es imposible concebirlo en toda su realidad. Para ello sería necesaria una inteligencia infinita.

Al mismo tiempo me convierto en un ser monstruoso, un horrible objeto, no sólo para Dios, sino también para todas las criaturas amantes de este orden. Por poco que reflexione, no puedo evitar horrorizarme de mí mismo. Además si al salir de este mundo no albergo en el corazón el amor a Dios, me precipitaré espontáneamente en el infierno, único lugar que me corresponde.

¡Reconozco, oh Dios mío!, la justa e indispensable necesidad de amaros ya por ser Vos quien sois como por Vuestros beneficios y promesas. Tan sólo con el amor, dice San Agustín, es posible honraros y servirlos<sup>(4)</sup>. Vos no podéis recompensar ni recompensaréis sino el amor, puesto que ninguna obra buena desprovista de la caridad es merecedora de la felicidad eterna. "Si yo no la poseo, dice el Apóstol, nada soy". "Aun cuando

(4) "Nec colitur ille (Deus) nisi amando" August, De Grat. Nov. Test., seu Epist. CXL, n. 45. Opp., t. II, col. 438, g.

yo distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres y entregase mi cuerpo a las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho de nada me serviría!" (5).

Pero, ¡ay de mí! este amor tan justo, tan necesario, en la práctica me resulta difícil, debido al amor propio que tiende a extinguir en mi corazón la caridad, o al menos a alterar su pureza al infiltrarse en él.

Vos, ¡oh Dios mío! me exigís no obstante esta divina caridad. ¡Ah! "Concededme lo que exigís" (6). Concededme el hábito y el ejercicio; haz que contribuya mediante frecuentes actos, a su conservación y acrecentamiento. Por mi parte no poseo otra cosa que la buena voluntad, que es, asimismo, uno de vuestros dones, y la sinceridad de esta oración que Vos me habéis inspirado.

(5) "Et si distribuero in cibos pauperum omnes facultates meas, et si tradidero corpus meum ita ut ardeam, charitatem autem non habuero, nihil mihi prodest" I. Cor., XIII, 2, 3.

(6) "Da quod jubes" August., confess., Lib. X, cap. XXIX.

## CONSIDERACION

### Sobre los actos del amor de Dios

Las consideraciones de este Retiro han de versar sobre los medios indicados por Dios para la conservación y acrecentamiento de su amor; sobre el empleo que hemos hecho de ellos hasta ahora y sobre aquello que hemos de proponernos realizar en adelante.

Los actos del amor de Dios serán el tema de la primera consideración. El hábito de la caridad ha sido infundido en nuestros corazones, a fin de que nosotros realicemos sus actos. De lo contrario este hábito resultaría estéril y ocioso, contra la voluntad expresa de Dios: lo cual entraña un gran mal y, más aún, nos expone a perderlo definitivamente. Sabemos que hemos recibido este precioso hábito en el Bautismo; pero no tenemos la certeza de haberlo conservado o recobrado luego por la Penitencia.

Sin embargo, Dios nos impide toda inquietud sobre este punto, desde el momento en que la conciencia nada nos reprocha, puesto que al dejarnos en la incertidumbre del mismo nos con-

serva siempre en la humildad; sin embargo nada hay tan consolador como poder testimoniar que se ama verdaderamente a Dios; y uno de los empeños más firmes que pueda tenerse es poder realizar los actos de caridad con la mayor frecuencia posible.

¡Qué beneficio, qué dulzura, qué fuente de paz la del verdadero cristiano que pudiera exclamar sin temeridad como San Agustín: "Dios mío, mi conciencia me atestigua de que os amo" (7).

Pero, para hablar de esta manera es necesario asegurarse de la existencia real de este amor en nuestro corazón; y este juicio sólo puede fundarse en los actos que él produce.

Si estos actos emanan realmente del corazón es señal de que el amor reside en él; si los mismos son frecuentes, es señal de que se halla en la plenitud de su fuerza y vigor; si finalmente se producen de una manera natural y no con premeditación sino de una manera instintiva, ello demuestra que el amor ha arraigado profundamente en el alma y ejerce libremente en ella su dominio. Pero si, por el contrario, estos actos se producen muy raramente y tan sólo emanan de los labios de un modo rutinario y como una simple fórmula, es indicio de que el amor es muy débil y lánguido; y hay

(7) "Non dubia, sed certa conscientia, Domine, amo te". August., Confess., Lib. X, cap. Vi, n. 8.

motivos para creer en su extinción si al transcurrir un tiempo considerable no produce acto alguno.

Sin embargo, es oportuno advertir aquí a las almas simples y timoratas, cuyos actos de amor se reducen a las palabras: "Dios mío, os amo".

Todos los actos por los cuales se alaba a Dios, se le bendice, se le glorifica, se desea que sea conocido, amado y servido, constituyen otros tantos actos de amor. Cuando digo con atención y afecto: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nos tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo" (8), realizo muchos actos de amor, producidos por el motivo más excelente.

Los salmos, las plegarias litúrgicas y otros, encierran en sí actos semejantes. Además, según el juicio de Jesucristo, el practicar el amor de Dios significa observar sus mandamientos y probarle a través de los efectos que se le ama, ya sea mediante las obras o los sufrimientos.

Es imposible seguir una vida verdaderamente cristiana y conforme a la moral del Evangelio, si el amor de Dios no reina en el corazón y no se ejercita continuamente, aunque no exista, cada vez, la intención expresa de producir actos formales.

El cristiano está obligado no sólo a conservar el hábito de la caridad sino también acrecentarlo cada vez más. Se conserva huyendo del mal y se

(8) Mat. VI, 9, 10.

acrecienta con la práctica del bien. Esta obligación es indudable, aun cuando no sea posible fijar con precisión sus límites. Es evidente que todo hábito no se conserva sino por sus actos; es ésta una regla segura, mediante la cual es posible cerciorarse de la debilidad de este hábito o de su completa extinción cuando los actos se producen muy raramente o dejan de producirse después de un tiempo considerable. Esta regla es adaptable a las buenas y a las malas costumbres; a las sobrenaturales y a las naturales. Es cierto, asimismo, que todo hábito aumenta sus fuerzas y acrecienta según la calidad y la frecuencia de sus actos. De donde se deduce que todo cristiano está obligado a producir a menudo los actos de amor a Dios, ya sea solamente con el corazón, ya con los labios, como con las obras. Más aún, resulta imposible determinar el número de veces que han de realizarse estos actos de una manera expresa y formal durante un tiempo determinado; esto en virtud del precepto de la caridad. Por consiguiente, es necesario afirmar que la constante realización de estos actos jamás será excesiva, y no se debe estar contento por las disposiciones al respecto, hasta tanto no exista un justo motivo para presumir que Dios también lo está, luego de un serio examen efectuado en su presencia.

Pues tratándose de un precepto tan grande, es preferible extenderse más allá de la obligación estricta, que no puede ser fijada, que permanecer re-

zagado en su cumplimiento; en ello va no sólo nuestro interés sino también el interés de Dios.

Esto va mucho más lejos de lo que se piensa. Porque Dios no estará contento de nosotros mientras no nos esforcemos en amarle "con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas" <sup>(9)</sup>: palabras cuyo sentido, demasiado extenso para San Agustín, le hizo afirmar que el perfecto cumplimiento del precepto del amor de Dios sólo tendrá lugar en la otra vida <sup>(10)</sup>; y movió a San Bernardo a afirmar que "la medida de amar a Dios es el de amarle sin medida" <sup>(11)</sup>.

Si me preguntaran por qué camino el cristiano puede asegurarse el ejercicio de los actos de amor con la frecuencia que Dios desea, diría helo aquí este camino es simple, fácil y no conozco absolutamente otro. Dios es quien regula la frecuencia de estos actos y no vosotros; asimismo no podréis realizar uno solo sin el auxilio de su gracia. Por consiguiente comenzad por establecerlo como el maestro absoluto de vuestro espíritu, de vuestro cora-

(9) "Ex toto corde tuo, ex tota anima tua, et ex omnibus viribus tuis". (Luc. X, 27).

(10) Agust., "De Perfect. Justit. hom.", n. 19. Opp., T. X, Col. 175, a. — Id., In Ps. 145. Enarrat., n. 12). pp. t. IV, col. 1631, e.

(11) "Modus (diligendi Deum), sine modo diligere". Bern., "De Dilig. Deo", cap. I, n. 1. Opp., t. III, col. 583, c. 590, f. — Sever., "Ad August. Apud August". Epist. CIX. Opp., t. II, col. 316, f.

zón, de todos vuestros actos, mediante una entrega absoluta de vosotros mismos.

Esto es lo que han hecho todos los santos al penetrar en el camino de la perfección cristiana. Suplicadles constantemente cada mañana para que os ayuden a realizar durante el día los actos de amor que El juzgare más oportunos para su gloria y para vuestra santificación. Obrad durante el día con el más íntimo recogimiento, estad atentos a cada una de sus inspiraciones y corresponded fielmente a ellas. Tomad, al menos, una firme resolución. Renovadla cada vez que os veáis apartados de ella y reprochaos con la más completa sinceridad. No pasaréis mucho tiempo usando de este medio sin maravillaros de los progresos alcanzados.

Si vosotros me declaráis que siendo éste un camino seguro, resulta para vosotros muy difícil, yo os respondo que no amáis ni queréis amar del modo que Dios os ordena. ¿Por ventura ha pretendido El dejar a vuestra absoluta disposición el cumplimiento de su precepto? ¿Acaso no es absolutamente necesario que él contribuya en ello como causa primera y principal? ¿Serían factibles para vosotros los actos de amor si él no os los inspirase? ¿Es posible que os inspire con la frecuencia que desea si os ve mal dispuestos a prestar oídos a su gracia y a secundarla? Seguid el método que os propongo y Dios muy pronto os lo facilitará. ¿No constituye una manifiesta contradicción de vuestra parte poner en práctica el precepto del amor divino,

sin que os cueste ninguna sujeción, algún esfuerzo, alguna violencia; sin colocaros, en una palabra, bajo la dependencia de Dios? Pensad por consiguiente que vuestra naturaleza, corrompida por el pecado, repugna en gran manera al amor de Dios. Pensad que vosotros habéis acrecentado esta corrupción y fortificado esta repugnancia, mediante vuestras faltas personales y por vuestra esclavitud voluntaria al amor propio. Pensad en fin, que el mandamiento del amor de Dios tiene por objeto destruir en vosotros la obra del pecado, de elevaros por encima de la naturaleza y de transformar en vosotros al hombre animal y mundano en un hombre espiritual y celestial. ¡Y vosotros queríais rehuir toda dificultad en el ejercicio de este amor! Cuando afirmo que el camino que os propuse es fácil, entiendo que lo es respecto a la buena voluntad; de ninguna manera a la naturaleza humana.

Vosotros deseáis conocer qué efectos producirá este medio usado con valentía y practicado con fidelidad. Desde luego, Dios, deseando vuestra eficaz determinación os ayudará poderosamente. Al sugeriros los frecuentes actos de amor, os concederá una gracia muy grande, que moverá vuestra voluntad a realizarlos. La dulzura y el gusto que hallaréis en este ejercicio os hará concebir un ardiente deseo de multiplicarlos más y más.

Ellos serán cada día más fervientes e íntimos; se convertirán en un hábito; lo realizaréis con tanta facilidad que apenas lo advertiréis; y según la ex-



presión de San Gregorio Nasianceno, ellos terminarán por ser tan naturales y tan continuos como nuestra misma respiración. Este es vuestro deseo, comenzad pues, perseverad y alcanzaréis este estado como lo han alcanzado todos los santos.

## SEGUNDO DIA

### SOBRE EL PRECEPTO DEL AMOR DE DIOS

#### PRIMERA MEDITACION

Sobre las palabras: "Amarás al Señor tu Dios" <sup>(1)</sup>.

PUNTO PRIMERO. — San Agustín se admira con razón, de la necesidad que tuvo el hombre de un formal precepto de amar a Dios, como si este precepto no estuviese grabado en lo más hondo de su naturaleza. Se admira de que haya sido necesario amenazarle con una pena tan grande como la del infierno si no le amaba, como si el dejar de amarle no entrañara en sí una gran pena, la más grande de todas <sup>(2)</sup>. Son estos sentimientos muy dignos de un santo tan eminente en el amor divino. Con todo, ya introducido el pecado en el mundo, este mandamiento y estas amenazas son para nosotros absolutamente necesarias. Este es el motivo que nos debe inclinar hacia la más profunda humilla-

(1) "Diliges Dominum Deum tuum". Luc., X, 27.

(2) August., Confess., lib. I, cap. V, n. 5.

ción, puesto que por él podemos juzgar cuánto nos hemos apartado de nuestra primitiva rectitud, en la cual no hubiéramos tenido dificultad alguna en concentrar todos nuestros afectos en Dios.

Nuestra humillación llega al colmo cuando no obstante este mandamiento y estas amenazas, nosotros no amamos o no nos preocupamos en amar, o amamos con harta debilidad y flaqueza, mientras nuestro corazón entrégase apasionadamente a todo objeto ajeno a Dios. Abochornémonos, confundámonos, e impregnados de estos sentimientos principiemos a meditar las palabras del precepto.

Reflexionemos primeramente acerca de las palabras de Jesucristo: "es el primero y el más grande de los preceptos" (3).

Es el primero; ningún otro puede precederle; está necesariamente a la cabeza de todos los demás. Es el más grande, no sólo por la majestad de su objeto, que es Dios mismo, considerado en su naturaleza y en sus relaciones con nosotros, sino también por la nobleza del sentimiento que prescribe: el amor; por la extensión de su materia que todo lo abarca y con la cual todo se relaciona; por su fin que es la gloria de Dios y la felicidad del hombre; por el carácter de su obligación, de la que en ningún caso, sea cual fuere la razón que mediaré, es legítimo dispensarse, y por el castigo que apor-

(3) "Hoc est maximum et primum mandatum". Matth., XXII, 38.

ta en sí su infracción. La desdicha del hombre comienza en el mismo instante en que viola este precepto, de tal manera que le es imposible estar bien consigo mismo desde el momento en que comienza a estar mal con Dios.

"Amarás". ¿Con qué amor? No con un amor filosófico y puramente racional, tal como el que los falsos sabios y los hipócritas enemigos de Dios han pretendido introducir en el cristianismo para menosprecio de la revelación (4), sino con un amor sobrenatural cuyo hábito ha sido infundido en ti por el Espíritu Santo; con un amor que reconocerás no puede emanar de ti y con el cual honrarás a Dios como el más excelente de todos sus dones; con un amor con el que no podrás glorificarte, sino que te volverá siempre más humilde y que conservarás tan sólo con la humildad. Tu fin es sobrenatural; estás llamado a contemplar a Dios en sí mismo, cara a cara; a participar de su misma dicha. Es necesario que tu amor, que es el medio principal y absolutamente necesario para alcanzar este fin, sea sobrenatural como en él.

"Amarás" con un amor preferente a todo otro objeto incluso a ti mismo. Tu afecto para con Dios ha de aventajar a cualquier otro, puesto que él ha de primar por encima de todos los demás seres. Has de estar dispuesto cuando las circunstancias lo exijan, a sacrificarlo todo, hasta tu propia

(4) Toussaint, "Libro de las Costumbres". I, cap. I.

vida, antes que ofenderlo. Debes temer por encima de todas las cosas, todo cuanto pueda desagradarle y considerar el más leve pecado como un mal infinito, el más grande de todos los males. Debes colocar el beneficio de agradarle por encima de cualquiera otra ventaja, sea cual fuere el precio que ello exija; celoso de conservar su amistad. No solamente su absoluta voluntad ha de ser tu ley y tu regla, sino que has de aspirar a conformarte con aquello que le complazca; para ello debes hollar todo respeto humano, menospreciar toda promesa y amenaza, y superar todos los obstáculos.

Debes amar con amor complaciente, contemplar con gozo las perfecciones infinitas de Dios, admirándolas y deseando ardientemente poseerlas. Debes considerarte dichoso de pertenecer y depender de un ser tan perfecto, pues será de mayor gloria para ti esta dependencia que la posesión del universo entero.

Debes amar con un amor benévolo; y no pudiendo desear para Dios, por razón de su naturaleza algún bien que no posea en toda su plenitud, desearás que los hombres le rindan toda la gloria que El exige y espera de ellos. Debes ser celoso de su honor; has de procurárselo con todos los medios posibles, mediante tus votos y tus plegarias. La propagación de la fe, la adoración de Dios en los pueblos que le desconocían en absoluto; los éxitos de la Religión y de la Iglesia, han de ser para ti motivos de profundo gozo espiritual. Del

mismo modo, las impiedades, los errores, los crímenes, los escándalos que reinan en el mundo, han de servir para afligirte en lo más hondo del corazón; tu celo, semejante al de David "te hará desfallecer de dolor por causa de los pecadores que abandonan la ley divina" (5).

No se amará a Dios debidamente si el alma no se halla habitualmente impregnada de tales sentimientos.

Debes amar con un amor efectivo; sin limitarte a los simples afectos que son la mayoría de las veces, engañosos; nunca has de creer sinceros tus sentimientos mientras éstos no produzcan actos provechosos para tu alma. Debes amar de esta manera: en cuanto a la disposición habitual, siempre y sin interrupción; en cuanto al ejercicio, lo más frecuentemente posible, teniendo siempre presente que la vida se te ha concedido exclusivamente con este fin; y ese momento en que, por tu culpa, no te encuentres en estado de amar a Dios de esa manera, será para El y para ti un momento perdido si no lo empleas en reafirmarte, cuanto antes, en su amistad.

Debes esforzarte en amar cada día más: dirigiendo a este fin todos los acontecimientos, todas tus acciones, todos tus sufrimientos, los diversos sucesos que transcurren en el mundo y todo cuanto llegue a tu conocimiento; teniendo siempre presen-

(5) Ps. CXVIII, 53, 139, 158.

te estas palabras de San Pablo: "todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios" (6).

Sentirás no haberle amado antes, y dirás desde el fondo de tu corazón con San Agustín: "Tarde os amé, Dios mío, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde os amé!" (7). Te reprocharás no amarle lo suficiente y suplirás lo que falte a tu amor uniéndolo al amor de los espíritus bienaventurados, de los santos que están en el cielo, de los que viven en la tierra y sobre todo uniéndolo al amor de Jesucristo, que ofrecerás a Dios como el único verdaderamente digno de El.

SEGUNDO PUNTO. — "Amarás al Señor", el Señor por excelencia, el Señor a quien compete este título de un modo único e incommunicable; el Señor ante quien todos los demás señores se abaten en el polvo, reconociendo o debiendo conocer que no son más que la nada; que todo su poder y autoridad proceden tan sólo de El y que deben usarlos tan sólo en su nombre, siguiendo sus intenciones y para su gloria. El ser que te ordena amarle es el Ser supremo, el único grande, el único perfecto, el único existente por exigencia de su naturaleza, el único infinitamente amable en sí mismo y por sí mismo.

(6) "Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum" (Rom., VIII, 28).

(7) "Sero te amavi, pulchritudo tam antiqua et tam nova!" August. Confess., lib. X, cap. XXVII.

Vil criatura, el pavor debería tenerte anonadado ante su majestad.

El desea que lo ames, que lo trates con confianza, que aspire a su íntima familiaridad, que el amor te convierta de algún modo en su igual y te permita participar igualmente de sus inmensas riquezas y, un día, con El, su eterna felicidad. El descende hasta ti en busca de tu amor para elevarte hasta El, para consumirte y absorberte en su unidad. ¡Qué inefable condescendencia! ¡Qué incomparable favor! El desea que tú le temas, pero quiere que ello se desprenda de un temor puro y filial que sólo el amor inspira. Tanto más le agradará tu homenaje, cuanto más impregnado esté de los sentimientos del corazón. El te ha prevenido y no solicita tu amor sino tan sólo en reciprocidad del suyo, del que tantas y tan incomparables pruebas te ha dado. Significa asimismo para ti un nuevo beneficio, el más grande de todos, al solicitarte de esta manera tu amistad, pues no existe en El necesidad alguna que lo mueva a ello; en cambio tú, si rehuyeses su amistad, te precipitarías en la más completa desdicha.

Amarás por consiguiente al Señor, por todos los motivos que te mueven a amarle; harás de su amor el primero, el más sagrado, el más caro de tus deberes, pondrás toda tu dicha en cumplirlos fielmente, y, creyéndote demasiado pagado de tu amor por tu

amor mismo, dirás con San Bernardo: "Amo porque amo; amo para amar" (8).

PUNTO TERCERO. — "Amarás al Señor tu Dios" — ¿Qué quiere decir "tu Dios"? Quiere decir, que Dios es tu bien, tu soberano, tu único bien. El te ha creado para que lo poseas; El se entrega a ti. Desea que nada te pertenezca tan íntimamente, tan seguramente, tan inseparablemente como El. El está en ti si le amas; y estará siempre sin medida si tú también lo amas sin medida. Aplica por unos instantes tu fe, tu esperanza y tu caridad a estas palabras: "mi Dios", que son tan breves y sin embargo todo lo dicen.

¡Ah! Señor, Vos sois mi Dios en el orden de la naturaleza. Yo soy la obra de vuestras manos. Vos me conserváis en cada instante de mi existencia. Vuestra voluntad todopoderosa, que me ha extraído de la nada, impide que yo vuelva a caer en ella. He recibido de vuestra pura liberalidad los bienes temporales. No puedo esperar de ella sino aquellos que me serán necesarios en el curso de mi vida. Estos bienes no son tanto los productos de mi industria, de mi trabajo, de mis talentos, como de vuestra bondad y de una Providencia celosa de mi bienestar.

El universo pasará, pero Vos permaneceréis; y si Vos permanecéis para mi dicha, no se albergará

(8) "Amo, quia amo; amo, ut amem". Bern., In Cant. Serm. LXXXIII, n. 4. Opp. t. IV, col. 1558 c.

en mí pena alguna por la pérdida de todo lo que sea pasajero. No puedo decir "mi universo", pero sí tengo el derecho de decir mi Dios: Aquel que puede volverme infinitamente más rico que si dispusiera de la naturaleza entera.

Os halláis, Dios mío, en un orden incomparablemente más elevado en el orden de la gracia, así llamado, puesto que no es debido a mi condición natural, por encima de la cual El me eleva.

Vos me habéis colocado en un principio en la persona de mis primeros padres, en un estado que ni por el deseo podía pretender alcanzar con mi mente; ¡tan grandes son los bienes que él encierra! Apartado de este dichoso estado a causa del pecado original, he sido nuevamente restablecido en él mediante la adopción que me habéis procurado en la persona de vuestro único Hijo. Vos me proporcionáis abundantemente todos los socorros necesarios para que yo alcance mi fin; me perdonáis cada vez que vuelvo después de haberos ofendido; y sois Vos quien me solicita y quien da hacia mí los primeros pasos. ¡Cuántos motivos tengo para amar a Aquel que ha sido generosamente el primero en amarme! Vos me habéis amado para que yo, amándoos a mi vez, exclame en un arranque de reconocimiento y gratitud: "Vos sois mi Dios" (9).

Vos queréis serlo eternamente en orden a la gloria; y me habéis destinado a la eterna posesión de

(9) "Deus meus es tu" Ps. XV, 2.



Vos mismo. Tal es la herencia que reserváis a vuestro hijo. Mediante un esfuerzo de vuestra omnipotencia, por un inconcebible exceso de vuestra bondad, capacitaréis mi inteligencia para veros cara a cara y contemplar, sin quedar deslumbrado, el resplandor de vuestra infinita majestad; ensancharéis mi corazón estrecho y limitado hasta hacerlo capaz de recibir y contener los torrentes de santa exaltación que emanan de vuestra esencia. Entonces diré ¡con satisfacción y confianza: “Vos sois mi Dios y lo seréis eternamente”<sup>(10)</sup>.

¡Oh, Alma mía! he ahí Aquel que, habiéndote amado desde toda la eternidad y queriendo amarte eternamente, te ordena que le ames libremente durante el breve espacio de tu vida, para que luego tengas la dichosa necesidad de *amarle eternamente sin poder amar otra cosa que a El y por El*.

¿Qué mandamiento más amable que aquel que me es dictado por el gran amor que Dios me profesa, que no exige de mí otra cosa que amar a mi Dios, y que me asegura como eterna recompensa este mismo amor transformado en amor beatífico? ¿Es suficiente decir que El es soberanamente justo y razonable e infinitamente dulce? No, es necesario añadir que la obligación que El me ha impuesto es la de comenzar mi dicha en la tierra, para luego alcanzar su consumación en el cielo.

<sup>(10)</sup> “Deus cordis mei, et pars mea Deus in aeternum” Id., LXXII, 26.

## SEGUNDA MEDITACION

### Sobre las otras palabras del precepto

PUNTO PRIMERO. — “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón”<sup>(1)</sup>.

¿Debe ser amado acaso, de otro modo? ¿Es excesivo que un corazón de una capacidad finita ame una belleza infinita? ¿Si no lo amo de este modo, puede El estar contento de mí? ¿Puedo estarlo yo mismo? ¡Ay! Aun amándole con todas las fuerzas de mi corazón, mi amor siempre estará por debajo de sus merecimientos y del amor que me profesa; he de rogarle continuamente para que desarrolle y extienda más y más mi facultad de amar.

Jamás amaré a Dios con todo mi corazón mientras no me entregue a El sin reserva alguna; si estoy determinado a extenderme hasta ciertos y determinados límites en las manifestaciones de mi amistad; si rehusó con obstinación el sacrificio de ciertas cosas que él me solicita; si sigo un plan de devoción en el cual esté firmemente resuelto a dete-

<sup>(1)</sup> “Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo” Luc., X, 27.

nerme cada vez que la gracia desee elevarme a un plano más elevado. Para asegurar mi disposición al respecto no es necesario hacer actuar mi imaginación, suponiendo circunstancias extraordinarias donde verosímilmente jamás actuaré, ni, consiguientemente, consultarme y determinarme sobre el modo en que actuaría en circunstancias similares.

Generalmente suelen infiltrarse en estas suposiciones, muchas ilusiones y no pocas presunciones. Jamás hemos de confiar en nosotros mismos ni en nuestros sentimientos presentes, sobre todo cuando no nos hallamos en la ocasión. San Pedro es el testigo. El consideraba su protesta a prueba de todas las tentaciones. La experiencia lo desengaña; ella desengañará a muchísimos otros. No considerarse capaz de sobrellevar ciertas pruebas que Dios podría enviarnos, hará que nos exponamos a caer por pusilanimidad en el desaliento y en una especie de desesperación.

No prevengamos. Todo cuanto creamos poder realizar, quizá en la ocasión nuestra flaqueza nos lo impida; y aquello que juzguemos con razón como imposible a nuestras actuales fuerzas, la gracia lo hará posible en el momento en que Dios nos lo exija. Conformémonos en examinarnos sobre lo presente; examinemos si, efectivamente, otorgamos a Dios todo cuanto desea de nosotros y si existe en nosotros alguna secreta restricción en el ofrecimiento de nosotros mismos. Digámosle con entera sinceridad y humildad: Vos que penetráis hasta los

últimos pliegues de mi corazón, no permitáis que os rehuse el más pequeño deseo, ni oponga resistencia alguna, abierta u oculta, a las solicitudes amorosas de vuestra gracia.

El amor de Dios resiste habitar un corazón dividido. Dios, que es soberanamente celoso, quiere poseerlo enteramente; le causa indignación cualquier otro afecto que le sustraiga la mejor parte de aquello que le es debido, y declara su odio por el latrocinio en el holocausto <sup>(2)</sup>; es decir que Dios no puede sufrir que le sustraigan lo que le pertenece. Por consiguiente, es absolutamente necesario que Dios sea el único objeto de mi amor y que cualquier otro objeto que se me ordene o permita amar, lo ame tan sólo con relación a El. De este modo, todos los afectos de mi corazón se dirigirán a El como a su fin, y se unirán en El como en su centro. "Menos os ama el que, juntamente con Vos, ama alguna otra cosa y no la ama por Vos" <sup>(3)</sup>.

Mediante el precepto de amar a Dios con todo nuestro corazón queda proscrito el amor propio, por el cual se ama sin provecho alguno a Dios, y a los objetos creados tan sólo en beneficio propio.

Juzguemos cuán puro ha de ser el amor de Dios,

(2) "Ego... odio habens rapinam in holocausto" Is., LXI, 8.

(3) "Minus... te amat qui tecum aliquid amat quod non propter te amat" Agust., Confesiones, lib. X, cap. XXIX.

desde el momento en que lo mancilla todo afecto extraño que no proceda de El ni tienda a El. En una palabra, el corazón humano no debe hacer uso de su libertad sino para entregarse de lleno a Dios; las criaturas, con todas sus bondades y atractivos, deben servirle de gradas que lo eleven a Dios y de medios para amarle más y más, puesto que en ellas sólo Dios es el amable; en fin, debe combatir y destruir en sí mismo todo lo que se oponga al amor de Dios. Amplia materia de reflexión y de práctica.

PUNTO SEGUNDO. — “Amarás a Dios con todo tu espíritu” (4). ¿De dónde procede mi espíritu? De Dios. Puedo cultivarlo; pero no he podido dármelo. ¿Con qué fin me lo ha entregado Dios? ¿Acaso para que lo ejerza libremente en el objeto que más me plazca, sea este bueno, indiferente o malo? No es posible. Pero ¿cuáles son los objetos buenos en los cuales Dios quiere que ejerza mi facultad de pensar? El mismo, ciertamente, y por encima de todas las cosas; esto es: la revelación y todos sus deseos, que tienen por objeto su gloria y nuestra salvación. Luego las obras de sus manos, consideradas con relación a El, ya que su solidez y bondad existe tan sólo en esa relación; y si las considero en sí mismas, si me ocupo de ellas por un motivo incapaz de elevarme a Dios, al punto

(4) “Diliges Dominum Deum tuum... ex omni mente tua”. Luc., X, 27.

dejan de ser para mí objetos útiles y buenos; más aún, sirven sólo para satisfacer una vana y peligrosa curiosidad. Lo mismo ha de decirse de las artes, de las ciencias y de cuanto abarque la historia y la política. Si todo ello me aparta del pensamiento de Dios, endurece mi espíritu, me envanece y me expone al error, demuestra que son para mi estudio muy dañosos. Para que sean buenos y agradables a Dios es necesario que me eleven a El, y que mi espíritu pueda en ellos admirarlo y alabarle.

La prueba de que el espíritu humano está hecho para Dios, reside en la imposibilidad de hallar el completo reposo fuera de la contemplación de Dios y la insuficiencia de las criaturas para brindarle la felicidad completa. Cuanto mayor es su sagacidad y solidez, más grande es su conocimiento de las cosas creadas, de todo cuanto nace en el tiempo y desaparece con el tiempo: cuanto más cruelmente experimenta el vacío, el tedio y el veleidoso deseo de pasar de un estudio a otro sin encontrar en ninguno una verdadera satisfacción. La pasión natural, la novedad, el amor propio pueden mantenerlo por algún tiempo en el trabajo que ha emprendido, pero al fin, la reflexión y la experiencia lo convencen de la vanidad de toda ciencia que no tiene a Dios por objeto, o ninguna relación con El. Es la confesión de muchísimos sabios en el ocaso de sus vidas; y es sobre este fundamento que el autor del libro de la Sabiduría ha llamado “vanos a los hom-

bres en quienes no se halla la ciencia de Dios" (5). En efecto, es necesario a nuestro espíritu un alimento real, sólido, que no permita desear otra cosa. No necesita una verdad accidental y pasajera tal como la de los sucesos que sólo enriquecen la memoria; tampoco una verdad abstracta e ideal como la de los nombres y figuras, destinadas tan sólo a aumentar su apetito sin saciarlo jamás; necesita una verdad substancial, existente por sí misma, fija, inmutable, que sólo reside en Dios. Además, todas las ciencias dignas de este nombre tienen como único y absoluto fundamento esta grande y primera verdad. Si yo existiera sólo con Dios, mi espíritu no podría aplicarse sino en El y en mí con relación a El. La obligación de consagrar sólo a El mi espíritu mostraríase en toda su evidencia, y ni siquiera concebiría el deseo de emplearlo en otro objeto. He de ocuparme de El continuamente; y esta ocupación, lejos de serme penosa, será para mí tan dulce, tan necesaria, que no podré privarme de ella sin experimentar una profunda desdicha. ¡Pero qué! ¿Acaso Dios ha perdido el derecho sobre mi espíritu por el hecho de haber creado otras criaturas, que constituyen para mí otros tantos beneficios de su parte, que me hablan de su poder, de su sabiduría, de su bondad y por lo cual puedo y debo contemplarlo con el mayor éxtasis? La vista de

(5) "Vani... sunt homines, in quibus non subest scientia Dei". Sab., XIII, 1.

mis semejantes y el contacto, ya sea por necesidad, ya por utilidad o por placer, que tengo con ellos ¿me autorizan, por ventura, a apartar mi pensamiento de Dios o por el contrario me elevan a El sin descanso? Al crear Dios el mundo y al instituir la sociedad humana ¿pudo acaso querer que todo ello contribuyese a apartarme de El; o que por causa de mis necesidades, de los deberes de mi estado, de mis entretenimientos, de mis estudios y distracciones lo dejara en el más completo olvido?

El espíritu piensa en lo que el corazón ama; y si amo a Dios con todo mi corazón, indudablemente pensaré en El con todo mi espíritu. "De la abundancia del corazón habla la boca" (6) y si mi corazón está lleno de Dios, con qué afecto y alegría hablará de El y tratará al mismo tiempo de hacerlo conocer a todos. Sin descuidar los demás deberes y asuntos que me conciernen, he de procurar, como primer deber, meditar sobre las perfecciones de Dios y sus beneficios, sobre las verdades de la fe y de la moral cristiana y sobre todas las razones mediante las cuales he de temerlo y amarlo.

PUNTO TERCERO. — "Amarás a Dios con todas tus fuerzas" (7). Ello significa, en primer lugar, que, debiendo amar a Dios con todas las fuerzas que me otorga la gracia —tanto habitual como

(6) "Ex abundantia... cordis os loquitur" (Luc. VI, 45).

(7) "Diliges Dominum Deum tuum... ex omnibus viribus tuis". Luc., X, 27.

actual— y aumentando esta gracia continuamente mediante el ejercicio del amor, he de amar también a Dios día a día, más y más: puesto que el amor del Creador no es igual que el amor de las criaturas. El amor de las criaturas es más fuerte, más ardiente en sus comienzos; luego va debilitándose paulatinamente hasta la saciedad y el tedio. El amor divino, por el contrario, ordinariamente débil en sus comienzos, va acrecentándose a medida que se conoce más y más a Dios, al acercarse a El con más frecuencia y con mayor familiaridad y al gozar más íntimamente de su presencia. Y como la fuerza de amar a Dios es en nosotros completamente sobrenatural y nos es infundida como un germen por medio de la gracia santificante, Dios aumenta esta fuerza proporcionalmente al uso que haga el alma de ella; este germen se desarrolla, echa sus raíces, va creciendo, y adquiere por grados un vigor increíble. Su progreso no tiene un límite determinado; y la rapidez de este progreso depende de la fidelidad del alma.

Significa, en segundo lugar, que he de consagrar a Dios todos mis proyectos, mis deseos, todas mis acciones, teniendo siempre en todo el deseo de agradarle; he de emplear mi talento, mis bienes, mi reputación, mi autoridad a fin de procurar que todos le amen; he de poseer un celo ardiente de su gloria, procurándola en cuanto me sea posible, en la medida que mi estado me autorice y me mueva la

gracia, bajo la dirección de sabios y prudentes consejos.

En tercer lugar, significa que es necesario que luche sin cesar, y con todas mis fuerzas, contra los diversos obstáculos que se oponen a mi amor a Dios, por parte de la naturaleza corrompida, del mundo y del demonio; y puesto que mis esfuerzos son débiles o más bien nulos contra tan poderosos enemigos es necesario aun más que recurra continuamente a la oración y a los demás medios que la Religión me ofrece y pone Dios a mi disposición para vencerlos.

Estas palabras del precepto significan finalmente, que he de amar a Dios sufriendo, al principio con resignación y paciencia; luego y paulatinamente con una apacible sumisión, con una entera conformidad a su voluntad y con un cierto placer espiritual, todos los males que El disponga enviarme, ya sean aquellos que afligen y destruyen el cuerpo como los que atormentan el espíritu y mortifican el corazón; ya sean naturales como aquellos que motivan el curso ordinario de la providencia o procedan de los hombres; ya sobrenaturales, como las tentaciones y las vejaciones que proceden del demonio, y las pruebas purificadoras y mortificantes que proceden de Dios.

¿He encuadrado, alguna vez, este precepto del amor de Dios en estos mismos perfiles? ¿Me he formado, alguna vez, esta misma idea? ¿Obré de acuerdo a ella? Con todo, es evidente que no puedo res-



tringirla sin debilitar el sentido de los términos en los cuales se halla concebida y que ya abarca todo en su generalidad y en su simplicidad. ¡Ah Dios mío!, aun no os he amado como es debido; aun no me he reprochado por no haberos amado bastante; jamás me he examinado seriamente sobre el cumplimiento del primero y más grande de los preceptos. Ayudadme finalmente a ponerlo en práctica y a cumplirlo continuamente hasta mi postrer suspiro.

## TERCERA MEDITACION

### Sobre el mismo objeto

PUNTO PRIMERO. — Si el precepto de amar a Dios, consideradas ya las razones que se han expuesto, aún no me parece justo e indispensablemente necesario, es evidente que no conozco a Dios ni sus derechos inalienables sobre mí; más aun, no me conozco a mí mismo ni siquiera mis deberes más esenciales; no pienso en lo que Dios es en sí, en lo que El merece, ni en cuanto ha hecho por mí; no pienso en lo que me promete, en la naturaleza de la felicidad a la cual El me destina, ni en las condiciones a las cuales está sujeta. Olvido que Dios es mi primer principio y mi último fin; y ni siquiera reflexiono en la obligación que estos dos títulos me imponen. Ya me considere como hombre o como cristiano; sea que consulte mi razón o mi fe; ya me concentre en mí mismo o en las cosas externas: todo, absolutamente todo me sugiere que he de amar a Dios en todas las cosas, y por sobre todas las cosas; que no existe obligación tan justa como aquélla, ya que es la fuente de toda justicia,

pues nada sería justo si este precepto no lo fuera: y finalmente, que ninguna obligación debe ser para mí menos gravosa, puesto que ella se adapta a la más íntima y necesaria inclinación de mi corazón y es la única que me hará feliz si cumplo con ella continua y seriamente. Si este precepto me parece incómodo, es por que oigo únicamente a mis pasiones ciegas e insensatas; a mi orgullo, que me inclina hacia la absoluta independencia; y a mi amor propio, que procura concentrar en mí todos mis afectos.

Pero ¿debo consultarlas y tomarlas como jueces al tratarse de los derechos de Dios y de mis obligaciones para con El? Nada prueba mejor la corrupción profunda de mi naturaleza y su alejamiento de esa primera rectitud recibida de su Creador, como esta repugnancia que experimento para amar a Dios, la violencia que he de hacerme para conseguirlo y las miserables razones que aporto, sino para dispensarme completamente de este deber, por lo menos para reducirlo a los límites más estrechos, y persuadirme de que cumplo suficientemente con El siempre que no lo viole abiertamente.

Me lamento porque El reprime mi libertad. Pero, ¿por ventura pudo desear Dios que libremente le prive de mi amor o le ame insuficientemente? ¿Restringe, en efecto, mi libertad al ordenarme que la aplique al uso principal por el cual me ha sido otorgada? ¿Que fije en el amor del soberano bien mi voluntad hecha para amar el bien; que prescri-

ba la subordinación de los otros amores a aquél e impida todo cuanto pueda destruirlo o debilitarlo, ¿acaso significa todo ello poner trabas a mi libertad? No: Dios la regula y la encauza para que sirva a mi perfección y a mi felicidad e impide que se convierta en el instrumento de mi degradación y de mi desdicha.

PUNTO SEGUNDO. — Si existe un precepto que tiende directa y eficazmente a perfeccionar mis facultades, éste es seguramente el de amar a Dios. Los demás preceptos no cooperan aquí hasta tanto no dispongan al alma a cumplir aquél y sean su complemento y consecuencia.

¿En qué estriba la grandeza y la elevación de mi entendimiento? En su capacidad de conocer a Dios, en sí mismo a través de sus obras naturales y sobrenaturales. Y si es capaz de ello, éste es, por consiguiente su destino. Por lo tanto se perfecciona al cumplirla sobre este grande objeto, en el cual descubre incesantemente nuevos motivos de admiración y alabanza. ¡Cuán pequeños e indignos de su atención le parecen las cosas creadas cuando, apartándose de la contemplación del soberano y único bien, dirige su mirada hacia ellos para que descansen sus ojos, deslumbrados y cansados por el resplandor que no pueden sostener por mucho tiempo! ¿Qué ve de bueno en ellos, sino tan sólo un tenue reflejo de los rayos de la suprema bondad? ¡Cuán nobles y sublimes son las ideas que el espí-

ritu humano extrae del seno de la Divinidad! Qué rectitud, qué pureza adquiere! ¡qué profundidad!, ¡qué inmutable firmeza en los principios! ¡qué precisión y qué certeza en las consecuencias!, ¡qué amplitud de miras, qué penetración, qué claridad cuando se sujeta a ver las cosas tal como Dios las ve, al compartir el mismo juicio y al consultar en todo la Razón suprema; verdadera y única luz de los espíritus! ¡Extravagante filosofía aquella que se enceguece hasta negar o dudar de la existencia de Dios, de su providencia o de la necesidad de una religión revelada! ¡En qué espesas tinieblas, en qué monstruosos extravíos y menospreciables envilecimientos se sumerge el género humano! ¡Dios mío! Inspiradme horror hacia esta sabiduría insensata y hacia aquellos que la profesan.

¿En qué se funda igualmente la nobleza del corazón del hombre? En su capacidad de amar al soberano bien; y de elevarse a través de sus deseos hasta esa altura infinita, sin que otro bien pueda darle contento. Por consiguiente está destinado a poseerlo; y sólo podrá alcanzarlo mediante el amor, que convertirá el deseo en goce. No será perfecto ni dichoso mientras no lo posea; por consiguiente al amarlo se perfecciona y dispone para la felicidad.

Si nuestras facultades se elevan o bajan, se ennoblecen o envilecen, se extienden o retraen, según la cualidad de los objetos en los cuales se aplican: ¡cuán grande debe ser, entonces, la nobleza y la amplitud de un corazón cuyos afectos perte-

necen a Dios y desdeña todo lo que sea menor que El! En cambio ¡cuán bajo, vil y pequeño es el corazón que fija sus afectos en las cosas creadas y las concibe como el término de todos sus deseos! ¡Cuán ordenado debe ser el corazón puro y santo prendado de amor por Aquel que es el Orden, la Pureza, la Santidad misma! En cambio ¡cuán desordenado, manchado y criminal es el corazón que, volcado completamente en las criaturas, va sumergiéndose rápidamente en el desorden, en la impureza, en todos los vicios! ¡De un lado, qué paz, qué alegría, qué plenitud! ¡Por el otro, en cambio, qué desazón, qué tristeza, qué vacío! El alma que ama a Dios es necesariamente hermosa y de gran precio. Ella es apreciable a los ojos de Dios, que es el soberano apreciador del mérito. El alma que no le ama, en cambio, es horrible, sin valor y tanto más digna de horror cuanto más grandes son sus cualidades naturales. Tal es el juicio de Dios; y si el mundo piensa de otro modo es porque se detiene ante las engañosas apariencias, y más aún debido a su juicio insano.

PUNTO TERCERO. — Además de estas razones de amar a Dios, tomadas de la perfección de mis facultades, existen otras más fuertes y más apremiantes. Mi felicidad o mi desdicha eterna dependen del cumplimiento del precepto del amor de Dios, en una medida que ignoro y que sólo Dios conoce. Estoy continuamente al borde de la eter-

nidad; de Dios únicamente depende que yo entre en ella en cada instante. Si satisface el precepto de su amor, me salvaré; si por el contrario, lo he cumplido insuficientemente, me condenaré sin remedio.

El Espíritu Santo declara en las Escrituras que "el hombre no sabe si es digno de amor o de odio <sup>(1)</sup> y por consecuencia si posee o no la gracia santificante o la caridad habitual. A fin de tranquilizar mi conciencia sobre un punto de tanta importancia, he de asegurarme, lo más que sea posible, de mi buena voluntad. Y ¿qué otro medio podría asegurármelo mejor que el de consagrar en el presente mi espíritu, mi corazón y mis fuerzas al amor de Dios?

Si en cambio lo difiero ¿quién me asegurará que podré realizar mañana lo que hoy voluntariamente dejo de realizar? ¿Dispondré del tiempo necesario? ¿Podré contar con la misma gracia? ¡Ay de aquellos que difieren de día en día el cumplimiento de este mandamiento y se exponen al gran peligro de morir sin haberlo cumplido!

El grado de amor y de felicidad que alcanzaré en el cielo corresponderá al grado de amor que haya alcanzado en la tierra. Existe allí arriba una prodigiosa diversidad de lugares; y es el amor quien asigna a cada uno el suyo. Hablar como sólo pueden hacerlo los cobardes y los tibios, quienes de

(1) "Nescit homo, utrum amore an odio dignus sit".  
Ecles., IX, 1.

ningún modo aspiran a los primeros puestos sino que se conforman con los últimos, significa poseer un lenguaje insufrible en boca de un cristiano y, más aún, un amor exiguo en su corazón; demuestran poco interés respecto al reino de Dios y corren el riesgo de ser excluidos de él. El que se limita al último puesto y desea atenerse a lo que es absolutamente necesario para conseguirlo ¿no merece, acaso, que Dios le prive de los auxilios necesarios, sin los cuales jamás podrá cumplir sus propósitos?

Otra reflexión. Ningún mérito se adquiere en la otra vida, sólo podremos llevar a ella los méritos adquiridos durante nuestra vida temporal. El cielo sólo está abierto para la caridad, sea cual fuere su grado. Pero primero es necesario que ella se despoje de toda mezcla de amor propio; y si aún no ha sido suficientemente purificada en esta vida, el purgatorio estará destinado a purificarla enteramente. Esta purificación llévase a cabo mediante penas inconcebibles, cuya duración sólo pertenece al conocimiento de Dios, sin que la caridad, por ello, se acreciente en lo más mínimo. ¿En qué momento podrá el cristiano presumir que, amando lo suficientemente a Dios, puede estar ya seguro de su salvación? ¡Oh! ¡Cuán grande es su locura, que le impide trabajar con todas sus fuerzas para purificar aquí, en la tierra, su alma de toda mancha de amor propio, y merecer por sus esfuerzos el acrecentamiento de la caridad; necia presunción la su-

ya, que le impide tomar medida alguna para evitar el purgatorio, o al menos, abreviar el tiempo y aliviar el rigor de las penas impuestas por la justicia divina a las almas, en castigo y expiación de sus faltas!

## CONSIDERACION

### Sobre el ejercicio de la presencia de Dios

Uno de los medios más fáciles, más agradables y más eficaces para conservar en sí el amor de Dios y merecer su acrecentamiento, es el ejercicio de la presencia de Dios. "Camina en mi presencia" dice el Señor a Abraham, "y serás perfecto" <sup>(2)</sup>.

Para usar de este medio, es necesario albergar en el corazón una chispa de amor. El hombre habituado al pecado teme el pensamiento de Dios, ya que en Él sólo ve al temible juez que condena su conducta. El cristiano tibio evita pensar en Dios, que le reprocha su debilidad y sus resistencias continuas a la divina gracia. . . El cristiano disipado, a merced de sus sentidos, de su imaginación y continuamente seducido por los objetos externos, no experimenta el gusto por el pensamiento de Dios, puesto que ello lo obligaría a compenetrarse en sí mismo y desviaría su afecto de las cosas externas. El cristiano que desea verdaderamente pertenecer a Dios y posee un deseo sincero de amarle, lejos de con-

---

(2) "Ambula coram me, et esto perfectus". Gen., XVII, 1.



siderar su presencia como un simple espantajo, no vacila en sujetarse un poco al principio para lograr luego su familiaridad. Sabe perfectamente que si al principio le es necesario sufrir cierta violencia, ello más adelante le será compensado ampliamente. En efecto, en poco tiempo logrará convertir este ejercicio en su más dulce ocupación: y experimentará cada día más lo agradable que es pensar en Aquel a quien se ama, siendo éste un objeto infinitamente amable en quien el corazón encuentra la satisfacción de todos sus anhelos.

Este medio es fácil, pues a quien ama verdaderamente a Dios, todas las cosas le recuerdan a El. Lo ve en todas las criaturas cuya vida, movimiento y existencia sólo dependen de El. El espectáculo de la naturaleza, ya se lo considere de un modo general o se descienda hasta sus más sencillos pormenores, constituye para él una especie de contemplación que lo llena de admiración por las perfecciones divinas allí existentes, y acrecienta su amor al pensar que Dios, que nada necesita de nadie, todo lo ha creado para los hombres y para el tiempo tan breve de la vida presente.

Si el lugar de mi destierro es tan bello, exclama él, si todo cuanto me rodea me encanta e incita a detener y fijar en ello mis deseos: que será entonces mi patria, en la cual veré y poseeré eternamente, no ya bellezas precarias y pasajeras, sino la belleza eterna, inmutable, cuyos infinitos atractivos despiéndense de la necesidad misma de su Ser!

En este pensamiento se abismaban los santos: la contemplación de lo bello, de lo bueno y magnífico de la tierra, elevaba sus corazones al cielo. Encontraban tan fácil ocuparse continuamente de la presencia de Dios, que no podían concebir que se pudiera pensar en otra cosa. ¿Cómo han podido lograrlo? El amor los había aplicado fuertemente al pensamiento de Dios; los había habituado a buscarlo y a descubrirlo en todas partes; y este asiduo ejercicio de la presencia de Dios, al que en un principio se obligaron a sujetarse, fué causa del acrecentamiento gradual e increíble de su amor. Este ejercicio fué luego tan familiar para ellos que lo ejercitaban sin premeditación alguna, sin ningún esfuerzo, naturalmente, y le era tan necesario, que no podían vivir sin él.

La presencia de Dios es aún más fácil para quien se entrega al retiro, para quien permanece en la intimidad de su corazón y se halla siempre atento a las inspiraciones de la gracia.

No necesita de las cosas externas para pensar en Dios: lo halla en sí mismo; lo lleva en todas partes en sí mismo. En efecto, si yo me pregunto: ¿Qué es lo que desea conocer mi espíritu? ¿Cuál es su objeto? La respuesta será: la verdad, y la verdad es el mismo Dios. Si me pregunto, igualmente, ¿cuál es el deseo de mi corazón? la respuesta será: la felicidad; y la felicidad estriba en la posesión de Dios.

Ahora bien, para conocer a Dios mucho mejor

que a través de la criaturas, he de considerarlo en sí mismo, siguiendo las nociones que me otorga mi entendimiento respecto de la naturaleza divina y de sus perfecciones. No tengo más que profundizar la idea del orden, de la sabiduría, de la belleza, de la bondad, de la justicia, de la eternidad, de la inmensidad y otras semejantes, que son las primeras nociones de mi razón; nociones íntimas e indelebles; nociones sobre las cuales fundo mis juicios y mis razonamientos sin temor a equivocarme; nociones en las que he de fundarlo todo si no quiero perderme; entonces veré claramente que estas nociones provienen de Dios y que sólo de El pueden provenir; que existen originariamente en el entendimiento divino y que, despojándolas de toda abstracción, encarnan al mismo Dios. He aquí, por consiguiente, a Dios íntima e inseparablemente unido a mi espíritu. Si dejo de tenerlo presente, se debe a que, por el momento, no escucho ni a mi fe ni a mi razón y me dejo arrastrar por los sentidos, por mi imaginación y mis pasiones.

Todos anhelamos en lo más hondo de nuestra alma la felicidad. Pero anhelar una cosa, significa desear unirse a ella y gozarla. Si Dios, por consiguiente, es real y esencialmente la felicidad, de lo cual no cabe duda alguna, resulta evidente que mi corazón, debido a un innato principio de rectitud, anhela a Dios continua, natural y necesariamente y sólo aspira a unirse y gozar de El. La razón de mi felicidad en el cielo será la absoluta y plena

satisfacción de este íntimo deseo; en el infierno, por el contrario, mi deseo irrevocablemente frustrado será el motivo de mi eterna desdicha.

Ahora bien ¿cómo es posible que aquello que representa en sí el objeto directo y necesario de mis deseos, no pueda tenerlo continuamente presente, si para ello no muevo mi voluntad y no presto mi atención? A tal efecto mis esfuerzos tienden a procurar, únicamente, que estos deseos no se desvíen de su objeto verdadero y busquen sólo en Dios la verdadera felicidad. De este modo y mediante esta frecuente elevación del espíritu y del corazón hacia Dios, el único verdadero objeto de los pensamientos de uno, y de los deseos del otro, cúmplase perfectamente con el ejercicio de su presencia, y se nutre y fortifica en sí su amor. Es el significado profundo que emerge de las bellas palabras de San Agustín: "Dios mío, Vos estabais más dentro de mí que lo "más interior mío": "Interior íntimo meo" (3). "Os buscaba fuera de mí, Dios de mi corazón, y no os hallaba" (4).

Y este medio de amar a Dios, el más dulce y el más fácil, es también el más eficaz, puesto que obra sin interrupción, y nada puede impedir que mi espíritu y mi corazón estén íntimamente unidos a Dios. El obrar incesantemente de este modo, inde-

(3) "Agust., Confes., lib. II, cap. VI, n. II.

(4) "Quaerebam te foris a me, et non inveniebam Deum cordis mei" Id. lib. VI, cap. I.

fectiblemente producirá al fin un efecto considerable. Por otra parte, cuanto más se piensa en un Ser tal como Dios, tanto más será éste susceptible de amor; más se le ama y más se le quiere amar. De esta manera, siendo el ejercicio de la presencia de Dios un ejercicio de amor ¿qué otro puede ser el fruto, sino un acrecentamiento del amor?

Dios, por su parte, viendo que un alma desea tenerlo continuamente presente, que hace todo lo que de ella depende para conseguirlo; que se reprocha la menor disipación voluntaria y retorna nuevamente a El tan pronto se apercibe de su alejamiento: Dios, digo, se complace en su fidelidad; redobla sus gracias; la visita frecuentemente y hace sentir en ella su presencia. El alma no sólo se verá ocupada totalmente por su presencia, sino, más aún, gozará de ella y en ella hallará sus delicias. Dios establece un trato familiar con esta alma y finalmente la une a sí íntimamente. Si se comprendiera perfectamente el profundo significado de esta relación y de esta unión ¿qué no se haría para poder gozar de ellas? Lo que se lee en la vida de los santos y lo que ellos mismos escribieron nada es, en comparación a lo que ellos han experimentado. Considerad particularmente las palabras de San Bernardo, en las que da cuenta a sus religiosos de las visitas que había recibido del Verbo y los medios con que juzgaba su presencia o su ausen-

cia <sup>(5)</sup>. Es sobre este mismo objeto que San Agustín declara: "Si yo hablo a un corazón frío, él no me comprenderá; pero dadme un corazón que ama y sentirá íntimamente lo que diga" <sup>(6)</sup>. Argúyese que esta presencia continua de Dios es imposible. Ello se debe a la incomprensión de su sentido exacto. El corazón que ama considera siempre presente al objeto amado, y su amor siempre subsiste tanto en la realización de los actos como al dar pruebas efectivas en la ocasión. Ahora bien, ¿no le es posible al cristiano testimoniar su amor a Dios, ya sea a través de los actos o por los efectos, según las ocasiones? ¿No dispone de las gracias necesarias para ello? ¿No serán éstas más frecuentes y más fuertes a medida que aumente su fidelidad?

La presencia de espíritu bien entendida no es menos posible. ¿No suele decirse, en el lenguaje ordinario, que un esposo fiel piensa continuamente en su esposa, una madre en su único hijo, un amigo en su amigo? ¿Significa ello la absoluta exclusión de todo otro objeto de su espíritu? Es evidente que no. Significa solamente que al hallarse libre su espíritu, le ofrece el primer pensamiento, que lo evoca frecuentemente, que desea entretenerse

(5) Bernar., "In Cant." Serm. LXXIV. Ob., t. IV, col. 1526.

(6) "Da amantem, et sentit quod dico. Si autem frigidus loquor, nescit quid loquor" Agust., "In Joann", Trat. XXVI, n. 50 b. t. III, col. 495, f.

en él y que ningún otro pensamiento le es tan familiar.

Ahora bien, nos resulta más natural y más fácil pensar lo mismo con respecto a Dios, supuesta siempre la gracia que no nos falta, y tanto más, ya que no podemos ni debemos pensar en las demás cosas sino por razón de El y por relación a El.

Desde el momento que Dios quiere que piense en determinadas cosas, sin que tenga en ello otra intención que la de someterme a su voluntad: ello indica que estoy determinado a pensar en Dios. Asimismo, cuando doy cierto descanso a mi espíritu, al cual le es imposible mantener por mucho tiempo una seria atención, no dejo por ello de pensar en Dios, no interrumpo el ejercicio de su santa presencia siempre que no me desvíe en este intervalo, de sus reglas prescritas.

En cuanto a los pensamientos vagos, inútiles y vanos que afloran a nuestra imaginación, aun en los momentos de oración; y aquellos que surgen de nuestras inquietudes, de nuestra oficiosidad, de nuestros temores, de nuestras prevenciones, nuestra sensibilidad misma y nuestro amor propio; si son enteramente involuntarios y si habitualmente trabajamos y procuramos disminuir sus causas, de ninguna manera pueden apartarnos de la presencia de Dios; por el contrario: el desaprobarnos, el desecharnos y humillarse al mismo tiempo, sufriendo sin impaciencia la importunidad, convierte todos

estos esfuerzos en un gran ejercicio de virtud. Si, en cambio, existe en ello el peligro de un relajamiento espiritual, entonces será necesario atacar el mal en su principio, y apartar poco a poco todo cuanto signifique un obstáculo para el ejercicio de la presencia de Dios.

Los santos lo han logrado después de grandes esfuerzos; nosotros lo lograremos si disponemos para ello del mismo coraje y la misma perseverancia de ellos. Pero, repito, es preciso "querer" amar, es necesario que "queramos" ser santos. Sin esta firme determinación, los motivos de amar a Dios serán tan sólo una impresión rápida y momentánea; no se llevarán a cabo las prácticas que he expuesto o no se tardará mucho en abandonarlas.

## TERCER DIA

### SOBRE ALGUNOS MOTIVOS PARTICULARES

### PARA AMAR A DIOS

### PRIMERA MEDITACION

#### De la Paternidad Divina

PUNTO PRIMERO. — Dios es mi padre. No existe en la naturaleza otro título tan digno de amor como éste. Pero, ¿de qué manera es mi padre? Lo es de un modo que a El sólo le compete. El es el creador de mi alma y de la materia que compone mi cuerpo; ha dado a este cuerpo su forma y su organización; El es el autor de la unión de estas dos substancias. De El he recibido mis facultades y mis cualidades naturales, de tal manera que las poseo y no puedo hacer uso de ellas sin su concurso.

El es mi padre, no de un modo pasajero, sino mediante una influencia continua sobre mi existencia, que El conserva en cada instante. Es mi padre, provee incesantemente a mis necesidades, a



mis comodidades y, también a mis gustos; más aún, no puedo experimentar el más mínimo placer aunque éste viole su prohibición sin que El deje de procurármelo. Al abusar de todas mis facultades y cualidades para ofenderle, Dios podría despojarme instantáneamente de todas ellas; podría aniquilarme; pero no procede de esta manera debido a su inmensidad. ¿Puede, acaso, compararse con los demás padres? Si el amar a sus padres es, por naturaleza, un deber sagrado e indispensable de los hijos, ¡con cuánta razón estoy obligado a amar a Dios!

Pero la fe me enseña que Dios es mi padre bajo un título más excelente que el de la creación. Este lo es en el orden puramente natural, mientras que el otro lo es por encima de la naturaleza. Nuestra razón concibe claramente el primero, pero el segundo constituye un misterio que excede los límites de nuestra inteligencia. Dios es mi padre, puesto que me ha adoptado en Jesucristo, su único Hijo. La cualidad de padre caracteriza a la primera persona de la Adorable Trinidad, por cuanto engendra desde la eternidad al Hijo de igual sustancia que ella y le es perfectamente igual.

No pudiendo engendrarme del mismo modo, puesto que ello repugnaría a su esencia y a la mía mediante un maravilloso recurso de su amor y a fin de extender hasta su paternidad divina tanto como sea posible, el Padre ha unido inseparablemente la naturaleza humana a la persona de su

Hijo y de esta manera nos ha adoptado a todos en este Hijo, al cual pertenecemos en calidad de cristianos. El es, por consiguiente, mi padre por gracia, como lo es de Jesucristo por naturaleza. Me contempla y me ama en Jesucristo con el mismo amor que profesa a este su Hijo bien amado. Me convierto, como su divino Hijo, en el objeto de su complacencia y participo de todos los derechos de Jesucristo que no son absolutamente incommunicables. Esta adopción es un beneficio tan grande, me conduce tan cerca de Dios y me otorga tan grandes privilegios, que logra provocar hasta en los mismos ángeles una santa envidia.

¡Cuán grande debe ser, por consiguiente mi amor a Dios, en reconocimiento por este título de padre, que por mí se ha dignado aceptar! Para comprender hasta qué punto he de amarle, es necesario que conciba el inmenso amor que Dios me ha testimoniado al adoptarme de esta manera. Así como se ha transmitido el amor eterno del Verbo por su Hijo al alma de Jesucristo y se le ha comunicado plenamente en toda su capacidad, del mismo modo comunica Jesucristo este amor a mi alma por la infusión de la gracia santificante. Y así como el alma de Jesucristo no dejó ocioso por un solo instante el amor recibido con la unión hipostática, sino que, por el contrario, dió de él un amplio testimonio: así también —y tanto como lo permita la humana debilidad— la caridad, que ha sido depositada en nuestra alma mediante la

adopción divina <sup>(1)</sup>, debería estar continuamente en acción, produciendo los efectos proporcionados a su acrecentamiento diario.

PUNTO SEGUNDO. — Los derechos que adquiere ante Dios en calidad de hijo adoptivo, constituyen otras tantas razones para amarle. En primer lugar, por la adopción ingreso en la familia de Dios y formo parte de ella. Jesucristo es el primogénito y el jefe; yo estoy allí incorporado como miembro de Jesucristo en calidad de hermano, como El se digna llamarme. Pertenezco a la casa de Dios, no en calidad de siervo sino como hijo.

En cambio no se puede decir, en este mismo sentido, que los ángeles son hijos de Dios. Porque, como lo destaca San Pablo, el Verbo no se ha unido a la naturaleza angélica sino a la naturaleza humana <sup>(2)</sup>. Puedo pretender, por consiguiente, como Jesucristo, la familiaridad de Dios, quien, por su parte, desea que aspire a ella y viva en su mansión a los pies de su querido Hijo. Al respecto, Jesucristo no hace distinción alguna entre El y nosotros. El dice: "mi Dios y vuestro Dios; mi Padre y vuestro padre" <sup>(3)</sup>. Así pues, los sentimientos que experimentaba Jesucristo cuando exclamaba: "mi Dios y mi Padre", deben, en pro-

porción, ser los míos cuando profiero las mismas palabras: ¡Qué grande estímulo para excitar mi amor a Dios!

En segundo lugar, en calidad de hijo tengo derecho a una especial ternura, a las atenciones, a los cuidados, a una solicitud paternal. Todo padre considera a su hijo como parte constitutiva de sí mismo; se interesa por él como por sí mismo; le prodiga su afecto y sus caricias; comparte sus alegrías y sus penas; vive, por así decirlo, en él; no piensa más que en su felicidad, y se puede decir, en cierto sentido, que su felicidad es común. He de comportarme como hijo de Dios, y experimentaré entonces de su parte, una bondad que de ningún modo pueden alcanzar los padres de la tierra. Más aún, por más desobediente, ingrato y depravado que haya sido o pueda aún serlo, si reflexiono seriamente sobre la conducta que Dios ha tenido, o aún sigue teniendo para conmigo, necesariamente habré de experimentar una gran admiración y un profundo reconocimiento por su gran paciencia en soportar todos mis extravíos, o por la bondadosa acogida que me ha dispensado al volver a su lado. El cuadro tan vivo y tan sensible que Jesucristo nos ha trazado de los sentimientos del padre del hijo pródigo <sup>(4)</sup>, constituye tan sólo un débil reflejo de los sentimientos del Padre celestial hacia los pecadores. Si tal es su conducta

<sup>(1)</sup> Rom., V, 5. — Gal., IV, 5, 6.

<sup>(2)</sup> Hebr., II, 16.

<sup>(3)</sup> Juan. XX, 17.

<sup>(4)</sup> Luc., XV, 11, 32.

para aquellos que le ofenden, ¿cómo será, por consiguiente, con aquellos que le obedecen y le son fieles? Sea que me haya recibido en gracia después de haber pecado, o que me haya preservado de toda caída mortal: ¿con qué amor podré corresponder al que él me ha demostrado y que en calidad de padre se ha obligado a profesarme? En tercer lugar, tengo un derecho adquirido y asegurado en la celestial herencia, de la cual nada me privará, a menos que me obstine en desheredarme a mí mismo. La fe me garantiza este derecho con la misma infalibilidad con que me garantiza que Dios es mi padre. Para que yo pueda perderlo de una manera ajena a mi culpabilidad sería necesario que Dios se despojara, con respecto a mí, de su título de padre: lo cual le sería imposible.

Pero, ¿en qué consiste, por consiguiente, esta herencia que tan fundadamente puedo pretender? Consiste nada menos que en la posesión misma de Dios, en el placer tan grande tal como el que Dios experimenta de sí mismo, aunque proporcionado a mi capacidad finita. Recibo su propia felicidad, y para comunicársela, me transformará, me abismará y anonadará en Él. He de gozar de esta herencia eternamente, inmutablemente, con la íntima y más absoluta seguridad de que no me será arrebatada jamás, sin que nadie pueda perturbarla o disputar su posesión. ¿Cómo podrá perdonarse mi ingratitud, si no me esfuerzo en amar con todo mi corazón, en todos los instantes de mi vida, a un

padre que me otorga el derecho sobre todo cuanto posee, sobre El mismo y, más aún, que me une a su gloria y a su felicidad?

PUNTO TERCERO. — Este título de hijo de Dios jamás puede perderse. Sea cual fuere mi conducta con respecto a Dios, cualesquiera sean mis sentimientos hacia Dios, jamás dejará de ser mi padre. En mi indeleble carácter de hijo adoptivo, he de tener siempre presente la indispensable obligación de amar a Dios; leeré en él mi condenación si a pesar de mis obligaciones, no le amo. En el cielo este título será el motivo más grande de mi júbilo. Dios, infinitamente amable en sí mismo, me parecerá, permitidme la expresión, más amable aún, en su calidad de padre, me impulsará a felicitarlo más amorosamente y a felicitarme a mí mismo por sus perfecciones, contemplándolas como un bien común a El y a mí, en virtud de la relación y de la unidad moral que la adopción coloca entre El y yo.

Este mismo título será en el infierno, si tengo la gran desdicha de precipitarme en él, el origen de mis horribles tormentos, la causa de los crueles reproches que me formularé eternamente por haber amado a tal padre, el motivo de la horrible desesperación que experimentaré al no poder amarle por siempre jamás... ¡Oh!, ¡si yo conociese la infinita amabilidad del Padre celestial y todos los derechos que tiene sobre mí con el claro conocimiento

de los cristianos reprobados, con qué violencia me sentiría inclinado a amarle! La desdicha de esos condenados, estriba en la necesidad de rechazar esa poderosa atracción con toda la fuerza de su voluntad; mi crimen está en resistirla libremente. Ellos, forzosamente reconocen a Dios como su padre; no quieren amarlo; por el contrario, le aborrecen con el odio más profundo y, obstinados, no pueden amar ningún otro objeto y mucho menos a sí mismos. ¡Qué estado el de estos pobres seres! Santa Catalina de Genes, se representaba al demonio en este aspecto: "Aquel que no ama ni puede amar"; y este pensamiento la invadía de un horror indescriptible. Si tal pensamiento no nos produce a nosotros una impresión semejante, ello demuestra que nuestro amor carece de la fuerza necesaria requerida por Dios para amarle.

## SEGUNDA MEDITACION

### Sobre la Entrega que nos ha Hecho Dios - Padre de su Propio Hijo

PUNTO PRIMERO. — El Padre celestial no se ha conformado con adoptarme; me ha dado a su propio hijo. Siendo Dios, ¿podía darme un don más grande? Dice S. Pablo: "El que ni a su propio hijo perdonó, sino que le entregó por todos nosotros: ¿cómo después de habérselo dado, dejará de darnos cualquiera otra cosa?" <sup>(1)</sup>. Si hubiese estado a mi disposición solicitar este empeño tan grande de su amor, ¿habría sospechado siquiera que su infinita prodigalidad llegaría hasta este punto? Y aún cuando hubiere aparecido en mi espíritu, ¿habría tenido yo el valor y la osadía de proponérselo? No es necesario insistir más sobre este punto. La razón está oprimida, y jamás podrá creer si la fe no interviene con su auxilio. No existe un lenguaje lo suficientemente rico para expre-

(1) "Qui enim proprio filio suo non pepercit, se pro nobis omnibus tradidit illum: quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?" Rom., VIII, 32,

sar los sentimientos que alberga un corazón beneficiado con un don tan grande. No le queda más que anonadarse delante de Dios. El reconocimiento de nuestra absoluta impotencia para tributarle aquí nuestro amor y la acción de gracias que El merece, constituye la única forma de pagarle. Sin lugar a dudas, hemos de entregarlo todo a Dios y más aún, hemos de darnos nosotros mismos a Dios Padre, como reconocimiento por el más grande de sus dones: la donación de su Hijo único.

Pero, ¿qué puede significar la donación de todo cuanto poseemos, la donación de nosotros mismos, el más generoso amor de que sea capaz una criatura como digno reconocimiento del último esfuerzo del amor de un Dios? ¿Qué es lo que podré añadir a éste, que sobrepasa infinitamente todos los demás?

PUNTO SEGUNDO. — ¿En qué circunstancia Dios Padre me ha dado a su Hijo?

Este es un punto al que es necesario prestarle mucha atención, puesto que se acrecienta muchísimo en él, el precio del beneficio.

¿Es éste la recompensa de mi amor precedente? ¿Se me otorga en vista de mi obediencia y de mi futura felicidad? De ninguna manera. El me lo ha otorgado cuando yo era su enemigo, cuando estaba en su desgracia y era digno de su eterna maldición. Nada existía a mi favor; todo exigía venganza contra mí. Sólo su amor habló en favor mío,

y Dios sólo a él ha escuchado". Pero lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros", dice el Apóstol, "es que entonces mismo, cuando éramos aún pecadores, fué cuando, al tiempo señalado, Cristo murió por nosotros"-(2). Dios veía en mí no sólo la mancha del pecado original, sino también la de tantos otros pecados de los que me hice personalmente culpable, aún después del don y a pesar del don que me ha hecho de su Hijo; pero esta visión, tan propia para encender justamente su cólera, no ha podido detener la efusión de su amor.

¿Con qué fin me ha entregado a su Hijo? Para reponerme, por su mediación, en un grado de amistad que jamás obtuve antes del pecado; para restablecer en mí, con creces, los derechos que había perdido; para contemplarme siempre en este Hijo, el único objeto de su complacencia; para extender hasta mí, el amor infinito que tiene por él. Todo ello es incontestable en los principios de la fe. Yo sostengo esta creencia; pero mi corazón, ¿se halla dispuesto a amarla? ¡Oh Dios mío! ¿cómo puedo sostener en el presente, la enorme contradicción existente entre mi creencia y los sentimientos internos consecuentes a ella? ¿Cómo podré sostenerla cuando aparezca ante vuestra presencia? Sin embar-

(2) "Commendat autem charitatem suam Deus in nobis: quoniam quum adhuc peccatores essemus, secundum tempus Christus pro nobis mortuus est". Rom., V. 8, 9.



go, estas verdades no me han sido propuestas sino para que las crea, y creyéndolas las ame; y cuanto más firmemente las crea, más ardientemente he de amarlas.

PUNTO TERCERO. — ¡Cómo pudo darme, el Padre Eterno, a su Hijo? He aquí el triunfo del amor divino; al sacrificar su Hijo por mí; al elegirlo a él para inmolarlo a su justicia en lugar mío; al descargar todo el peso de su venganza sobre este Hijo bien amado para que yo fuera digno de su misericordia, yo, su enemigo; al tratarlo como un criminal a fin de borrar todos mis crímenes y volverme justo a sus ojos mediante la aplicación de los méritos de su divino Hijo; al considerarlo como un objeto maldito para poder derramar sobre mí sus bendiciones en el tiempo y en la eternidad. Ponderemos cada una de estas palabras y dejemos que claven en nuestro corazón el dardo de amor que llevan consigo. ¡Oh Religión cristiana! ¡cuán hermosa y maravillosa sois a los ojos del fiel que os ama! Pero, cuán terrible seréis un día para aquel que no os ha querido amar, a pesar de los poderosos motivos que le habéis presentado! La orden dada en otro tiempo a Abraham de inmolar a su único y tiernamente amado hijo nos asombra y nos parece cruel. Concebimos sin pena alguna que Dios es el dueño de la vida y de la muerte. Pero, el colocar el cuchillo en la mano del padre para que degüelle a su hijo, subleva igualmen-

te nuestro espíritu y nuestro corazón <sup>(3)</sup>. Este sacrificio de Isaac, que no llegó a consumarse, no es más que la sombra y la figura del sacrificio de Jesucristo consumado sobre el Calvario por mano de su Padre. ¡Cuán duro y cruel habrá sido para el amor infinito del Padre tratar de este modo a su único Hijo! Pero su amor por nosotros le impele a obrar de esta manera. Si este sacrificio, bajo cualquier aspecto, constituye un escándalo para nuestra razón abandonada a sí misma, ello significa que este sacrificio se dirige principalmente a nuestro corazón, obligándolo, por su grandeza incomprensible, a sucumbir al impulso del amor y del reconocimiento. ¡Oh!, ¡si meditáramos nuestros santos misterios, no de un modo rápido y pasajero, sino profunda y extensamente! ¡si aportáramos a esta meditación un corazón puro y recto! ¡si rogáramos a Dios con insistencia para que nos ilumine en las consideraciones de estas elevadas verdades, y depositase en nuestra alma los sentimientos con los cuales hemos de profundizarlas! ¿No es esto lo que Dios desea y, más aún, lo que está siempre dispuesto a hacer? Si por el contrario, Dios se abstiene de intervenir, ¿a quién hemos de atribuirlo? Por ventura, ¿no somos nosotros únicamente quienes inutilizamos y convertimos en nuestra perdición los admirables recursos de su amor, destinados a asegurarnos nuestra salvación?

(3) Gen., XXII

## TERCERA MEDITACION

## Sobre el Mismo Tema

PUNTO PRIMERO. — Debido a que su único Hijo se ha convertido en nuestro hermano, Dios derrama sobre mí, con gran magnanimidad, todas las gracias necesarias para mi santificación, y para mi felicidad presente y futura. Gracias generales y comunes para todos los cristianos; gracias particulares y personales para cada uno de ellos; gracias habituales, gracias actuales; y especialmente, la inmensa gracia de la oración, que está constantemente a mi disposición y mediante la cual —siempre que la emplee debidamente— podré asegurarme la obtención de todas las demás, incluso la gracia de la perseverancia final. Estas gracias están tan íntimamente relacionadas entre sí, que mi fidelidad a ellas permitirá que aumenten cada día más en número y eficacia, de tal manera que la práctica del bien, aún la más perfecta, será para mí fácil, agradable, natural, por así decirlo; y casi moralmente imposible, en cambio, la recaída en el mal, aun siendo éstas, faltas leves cometidas deliberadamente. Gracias que me acompañan en todas partes, que no

desmayan ante mi continua y terca resistencia, que no temen ser inoportunas ni perturbar mi falsa seguridad. Gracias que no abandonan al más grande pecador sino en el postrer momento y cuando su impenitencia se ha consumado. ¿Y qué significan estas gracias en sí mismas? Nada menos que la acción sobrenatural de Dios en mi espíritu y en mi corazón.

Es muy conveniente que me detenga aquí algunos instantes para reflexionar, tanto como pueda, sobre las principales gracias recibidas de Dios luego de transponer los límites de mi infancia. Porque, difícilmente podría recordar todas las gracias recibidas diariamente; y... ¡cuántas gracias me han sido ofrecidas sin que yo prestara a ello la más mínima atención!

¿Existe, por ventura, una sola de ellas que no constituya para mí un apremiante motivo de amor, siendo como son, el precio de la sangre de Jesucristo? ¿Qué sentimientos no han de excitar en mí, si las considero en su conjunto? ¿Y qué decir, si por mi exacta correspondencia, hubiese dado lugar a que se multiplicaran hasta el infinito? Este era el deseo de Dios. Mi falta de fidelidad de ningún modo disminuye su liberalidad, y menos aún debe disminuir mi reconocimiento.

PUNTO SEGUNDO. — Por el sacrificio de su Hijo único, que ofreció su muerte y sus méritos por mí, Dios me ha preservado del infierno tantas ve-

ces cuantas merecí que me precipitaran en él. Como dueño de mi vida, y por otra parte justamente irritado contra mí, Dios podía precipitarme para siempre en el abismo de la desdicha en cada uno de los instantes vividos en pecado mortal. ¿Cuántos he cometido? ¿Cuánto tiempo he perseverado en él?

Los ángeles rebeldes tan sólo una vez han pecado; Dios no les proporcionó el arrepentimiento, ni siquiera les otorgó el tiempo y el medio para ello; castigó, en cambio, su rebelión al instante y sin misericordia alguna. El podía obrar conmigo de la misma manera y con toda justicia. ¿Quién ha detenido su brazo? La sangre de Jesucristo. Es cierto que Dios me ha demostrado una bondad tan grande al preservarme tantas veces del infierno, como la que demostraría a un réprobo o a un demonio al libertarlo de su abismo de desgracia, permitiéndole luego que se expusiera libremente, de nuevo, en el peligro. ¿Cuál sería el amor y el reconocimiento de este demonio o de este réprobo! Por mi parte no le debo menos a Dios por las veces que ha dejado en suspenso el castigo de mi pecado o de mis pecados.

Existe actualmente en el infierno un gran número de condenados cuyos pecados son menos numerosos que los míos. Su eterna perdición únicamente la atribuyen a sí mismos; ellos maldicen la justicia de Dios pero no la acusan. El cielo aún está abierto para mí, y mi suerte está entre mis manos. ¿Cuál sería mi ingratitud si no amara al Se-

ñor que tantas veces me ha salvado de ese terrible destino, y al mismo tiempo, no bendijera incesantemente su misericordia!

Si tengo motivos para creer que he conservado mi inocencia y que jamás he merecido el infierno, mayor será entonces mi deuda para con la divina bondad y mayor obligación de amarla; puesto que considerada mi natural corrupción, mi debilidad, la violencia de las tentaciones, las numerosas ocasiones, mi imprudencia en exponerme a ellas o mi poco cuidado en evitarlas, la seducción de las malas conversaciones o de los malos ejemplos, es evidente que yo me precipitaría en el abismo, y más de una vez, si Dios no velara especialmente sobre mí, si no apartara de mí los peligros o no me sostuviera con su mano todopoderosa.

PUNTO TERCERO. — Dios, por su Hijo único, me ha perdonado tantas veces, cuantas he vuelto a El arrepentido; ha olvidado mis pecados, y "los ha arrojado a lo más profundo del mar" según la expresión del profeta <sup>(1)</sup>; y continuamente se halla dispuesto a perdonármelos y olvidarlos. Ni la enormidad de mis pecados, ni la frecuencia de mis recaídas o mi obstinación en perseverar en ellas, pueden cansar su paciencia o agotar su misericordia, siempre que me arrepienta sinceramente de ha-

(1) "... et projiciet in profundum maris omnia peccata nostra". Mich., VII, 19.

berlo ofendido y me resuelva a no hacerlo jamás. Dios me otorga su gracia y su amistad, aun previendo de mi parte una nueva ofensa tal vez más grave. ¿Existe algún padre que esté en esta misma tierna disposición con respecto a su hijo? Evidentemente se le acusaría por su excesiva indulgencia si tratara bondadosamente a su hijo, luego de perdonarle sus frecuentes faltas, constantemente reiteradas. Diríase con razón que autoriza a su hijo para que le ofenda y abuse continuamente de su bondad. El amor ha colocado a nuestro Padre celestial —por así decirlo— por sobre todas estas acusaciones y reproches que los justos le dirigen, a veces, como lo hiciera el hermano del hijo pródigo. El amor lo ha vuelto insensible ante el abuso que han hecho los pecadores, y yo mismo, de su misericordia, ofendiéndole con audacia, menospreciando y ahogando los más vivos remordimientos, obstinándome en mi pecado, con la absoluta seguridad de obtener el perdón cuando se lo solicitare.

Lo que es más asombroso en la conducta de Dios, es que yo, una vez que le hube abandonado, no puedo retornar a El por mis propios medios.

Es necesario que El me busque, que corra en pos de mí, que me llame nuevamente.

Es necesario que mediante una gracia poderosa me detenga en mi huída y me coloque nuevamente en el buen camino. De lo contrario, mi extravío será irremediable. ¡Cuántas veces he experimentado esta conducta de parte de Dios! ¡Mi corazón será

tan duro que no sienta en lo más mínimo este exceso de bondad paternal? Tres cosas son aquí inconcebibles de parte de Dios: su longanimidad en soportar nuestras ofensas; su facilidad en perdonárnoslas y en restablecernos en su amistad; su celoso cuidado en tendernos su mano para levantarnos de nuestras caídas. Todo nuestro amor, todo nuestro reconocimiento jamás podrán igualarlas.

## CONSIDERACION

### Sobre la Meditación de los Beneficios de Dios

Me siento como obligado a comenzar cada Consideración, afirmando que no existe medio más apropiado para acrecentar en nosotros el amor de Dios como el que indico a continuación. Efectivamente, las cosas más interesantes que la religión coloca ante nuestros ojos, tienen por objeto excitar en nosotros el amor de Dios. ¿No es ello particularmente cierto con respecto a la meditación de sus beneficios? ¿Y si nosotros faltamos al amor, no se debe generalmente a nuestro olvido? Pero, cómo es posible olvidarlo? Los beneficios de Dios nos envuelven por todas partes; son inmensos, continuos e innumerables en la misma naturaleza; ellos pertenecen a un orden incomparablemente más elevado.

Si poseemos un corazón sensible y agradecido, nuestra más dulce ocupación consistirá en ocuparnos de ellos constantemente, en profundizarlos y considerarlos en todos sus aspectos. Esta materia es inagotable; no existe otra más sólida, más instructiva, más consoladora, más tierna y más ca-

paz de sostenernos y alentarnos. Está a nuestro alcance y no exige un gran esfuerzo de espíritu; podemos llegar a ella ayudados por una multitud de excelentes obras compuestas con este objeto. La intención de Dios, claramente determinada en innumerables pasajes de la Escritura, es que pensemos en esta materia frecuentemente y por sobre toda otra cosa, y que su recuerdo esté siempre presente en nosotros. El nos invita a ello, nos insta, nos ordena para su gloria y para nuestra salvación; El ha aplicado a este santo ejercicio las gracias infinitas. Y nosotros, disipados, ingratos, estúpidos, insensibles, gozamos de los beneficios de un Dios creador y de un Dios salvador; y con todo, con qué pena nos dignamos reflexionar en El y le demostramos nuestra gratitud. Oramos muchísimo cuando se trata de pedir, pero es muy raro que el objeto de nuestras oraciones sea el de agradecerle y glorificarle.

¿Será excesivo dedicar cada día media hora, o al menos un cuarto de hora para meditar los inefables beneficios de Dios, para rendirle gracias y excitar en nosotros los sentimientos que ellos merecen? ¡Oh! cuántos y cuán saludables frutos proporcionaría a nuestra alma el cumplimiento constante de esta práctica! ¡Con qué fuerza contribuiría a alejarnos de todo pecado, a alentarnos hacia la virtud, a conservar en nosotros el espíritu de fe y de piedad; y sobre todo, con qué rapidez se acrecentaría en nuestra alma el fuego del amor divino!



No hay por qué reprochar a aquellos pobres que, obligados por su condición a un trabajo asiduo y diario, no disponen del tiempo necesario para la práctica de este ejercicio. Todo lo que Dios les pide es que recuerden sus beneficios en los breves intervalos de su trabajo y le dediquen los días a El consagrados. Es por eso que ellos deben dedicar este tiempo de descanso que Dios ha reservado para su culto. Pero los ricos, que disponen con más libertad de su tiempo, los ricos que poseen un espíritu más cultivado, que han recibido educación mejor, que no carecen de los libros necesarios, pudiendo procurárselos fácilmente, ¿no son acaso inexcusables si no emplean una parte de las muchas horas —en las que no saben qué hacer— en alguna meditación o en alguna lectura que mantenga en ellos el recuerdo de los beneficios de Dios? Las riquezas suelen ser inconvenientes y peligrosas, pero también entrañan ciertas ventajas relacionadas a la salvación y a la santidad; una de las más grandes, sin duda, es que procuran una mayor comodidad para ocuparse de las verdades de la religión, y que, por lo ordinario, aquellos que nacieron en una condición holgada, poseen el espíritu y el corazón más desarrollados por una buena educación.

Ellos, ciertamente, deberán rendir cuentas a Dios de estas ventajas y facilidades, que deben exclusivamente a su providencia. ¿Por qué, preguntará Dios, no habéis considerado mis beneficios? ¿Por qué no habéis tenido presente en vuestro pensa-

miento los misterios de mi religión? ¿Por qué no habéis reflexionado sobre las gracias personales recibidas? No os ha faltado el tiempo; yo mismo os lo he procurado con este fin. Vosotros habéis preferido dedicarlo a las visitas, al juego, a los espectáculos, a los entretenimientos frívolos. Poseáis un espíritu penetrante y culto; estabais en condición de comprender y meditar los buenos libros. Habéis preferido emplearlo en las ciencias y en las artes profanas y, muchas veces, en objetos pueriles y peligrosos. ¿Qué responderán a todo esto? ¿Qué responderé yo mismo? Porque yo, en mayor o menor cantidad, merezco estos reproches. ¿Cuántas horas perdidas, en las que, no sabiendo qué hacer, recurrí a cualquier medio para engañar mi tedio, más bien que dedicarme a este objeto para mí tan interesante! Perdonad el pasado, ¡oh Dios mío, y afianzadme en mi resolución de ocuparme, en el resto de mi vida, en la meditación de vuestros beneficios y en el acrecentamiento de vuestro santo amor.

## CUARTO DIA

### SOBRE LAS VENTAJAS DEL CAMINO DEL AMOR

#### PRIMERA MEDITACION

#### Sobre los Caminos: del Temor, de la Esperanza y del Amor

PUNTO PRIMERO. — "El temor, dice San Bernardo, es el principio de la sabiduría; la esperanza es su progreso; pero su perfeccionamiento pertenece a la caridad" <sup>(1)</sup>.

Este breve texto contiene la base de todo lo que he de decir en las tres siguientes meditaciones. Supongo ante todo (lo cual es esencial que se observe a fin de comprender claramente mi pensamiento) supongo, digo, que el cristiano, para quien escribo esto, está en estado de gracia y conserva en su co-

---

(1) "Timor... initium... sapientiae; spes, profectus; nam consumationem sibi charitas vindicat." Bern., In Cant. Serm. Vi, n, 8 Opp., t. IV, col. 1279, e.

razón el grado de gracia que debe tener por encima de todas las demás virtudes. Considerado esto, él dispone de tres caminos por los cuales puede caminar en el servicio de Dios: primero, el del temor; segundo, el de la esperanza; tercero, el del amor. Se les nombra de este modo, puesto que son los que más influyen en la conducta de aquellos que recorren cada uno de estos caminos. Los primeros temen principalmente la justicia de Dios y sus terribles juicios. Los segundos están más alentados ante la visión de la recompensa. Los terceros, en cambio, proceden principalmente impresionados por los motivos que nos mueven a tributarle todo nuestro amor.

No es cierto, sin embargo, que el motivo propio de cada camino actúa de tal manera que excluya los motivos pertenecientes a los otros dos caminos. Ello no cabe en la suposición que he hecho: de lo contrario los dos primeros caminos no serían buenos, ya que el ejercicio de la caridad está ausente de ellos; y el tercer camino sería contrario a los principios de la fe y a nuestra presente condición de peregrinos, al menos, respecto a la exclusión de los actos de esperanza. Porque es posible que aquellas palabras de San Juan: "La perfecta caridad excluye el temor" <sup>(2)</sup> se cumplan en la tierra en los más grandes santos y en ciertas almas puras e

<sup>(2)</sup> "Perfecta charitas foras mittit timorem" I. Juan., IV, 18.

inocentes a quienes el Señor ha colmado con sus más preciadas bendiciones desde sus primeros años, y los cuales han querido o quieren morir en la más completa seguridad de su destino eterno. Sea como fuere, lo cierto es que en el primer camino el motivo del temor es el que actúa continuamente e impresiona con más fuerza; en el segundo, actúa el motivo de la recompensa; y en el tercero, finalmente, gravitan principalmente las diversas razones por las cuales nos inclinamos a amar a Dios.

La gracia comienza ordinariamente por la impresión del temor; él atrae seguidamente al corazón por el incentivo de las futuras promesas; y finalmente, logra dominarlo por completo mediante los atractivos de la caridad. Pero en el progreso de la vida cristiana, Dios quiere que el amor lleve la caridad a nuestro corazón y la infunda a los otros dos sentimientos: quiere que el modere poco a poco el temor y lo disminuya, y si es posible lo deseche completamente; desea que él ennoblezca igualmente y purifique el concepto de la recompensa de todos los errores y falsedades que el amor propio trae consigo, contra la voluntad expresa de Dios. El alma fiel penetra sucesivamente en los designios de la gracia, que procura hacerla avanzar en el cumplimiento del gran precepto del amor; y cuanto más se aplica ella a secundar sus operaciones, tanto mayor es la fuerza y el imperio del amor sobre sus afectos. Me refiero aquí, solamente, al camino que sigue comúnmente la gracia, pues existen almas

privilegiadas, incluso los mismos pecadores convertidos, tales como la pecadora del Evangelio, María de Egipto, S. Agustín y muchos otros, a los cuales Dios introduce repentinamente en el camino del amor.

PUNTO SEGUNDO. — Dios se sirve del temor para detener, principalmente en la juventud, el ímpetu de las pasiones, para equilibrar el atractivo seductor de dos objetos sensibles, para mantener al alma siempre en guardia contra las ocasiones y los peligros que le acechan; y para que le sirva de freno en las tentaciones violentas, sean éstas internas como externas. Mediante esto, logra impresionar vivamente la imaginación a través de la severidad de sus juicios, del rigor inflexible de su justicia, de la eternidad de las penas del infierno, y de la consideración de las otras terribles verdades de la religión. El temor siempre es útil y a veces, también necesario, ya para preservarnos del mal como para apartarnos de él; para impedir que contraigamos malos hábitos o para despojarnos de ellos; para apartarnos del estado de tibieza y despertarnos de un sopor que podría sernos funesto. Pero acontece con frecuencia que ciertas almas, por otra parte buenas y piadosas, actúan influenciadas por un excesivo temor; se entretienen en él con cierta complacencia y meditan o leen todo aquello que es apropiado para arraigarlo y fortificarlo, creyendo continuamente que su temor es insuficiente; y más

aún, existe el peligro de que estas almas permanezcan definitivamente en este camino, creyendo seriamente que así deben de hacerlo, de tal manera que resulte muy difícil alejarlas de él, aunque Dios lo pida y sea visible el daño que ocasionan a su progreso espiritual: He aquí, sin duda, un gran inconveniente. Consideremos si hemos caído o si nos hemos expuesto a caer en él, al abandonarnos a nuestro carácter y a nuestra imaginación y al seguir demasiado el amor propio y nuestro propio juicio.

El efecto del temor es más bien el de alejarnos del mal que el de acercarnos al bien; sin embargo es muy necesario para el cristiano la abstención del primero y el cumplimiento del segundo. Si el temor es la causa determinante de la práctica del bien se debe ordinariamente a que no podemos omitirlo sin temer el peligro de una eterna condenación. El temor raramente va más lejos; su misma naturaleza se lo impide, puesto que reduce los límites del corazón, le oculta la amabilidad de la virtud, y es incapaz de proporcionarle un motivo capaz de hacerle superar todas las dificultades. Con el temor, es decir, obrando habitualmente bajo su influencia, el cristiano puede salvarse; es suficiente, para ello, que conserve el hábito de la caridad: pero jamás podrá ser un santo, quiero decir, un hombre verdaderamente consagrado a Dios, que procure agradarle en todo, que trabaje sin descanso, en su perfección, y que sea capaz, en el momento oportuno, de los más heroicos actos de virtud. Otro inconveniente

niente considerable del temor, al obrar de un modo casi exclusivo, se debe a que raramente cede el lugar a los motivos de un orden superior. Por mi parte, debo examinar si él ha producido este efecto en mí y si ha demorado hasta ahora mi progreso en la virtud. El temor en nada alivia el yugo del Señor; él deja a la carga de la ley cristiana todo su peso. A ello se debe que induzca al alma a que sobrelleve solamente aquello que sea de una obligación indispensable. Los sentimientos que inspira, estando exentos de toda elevación y generosidad, y siendo muy débiles las fuerzas que él comunica para obrar el bien, hacen que el alma suprima de sus deberes todo cuanto cree posible suprimir; que dispute con Dios, considerando como excesivas sus demandas y otorgándole únicamente aquello que el interés de nuestra salvación no le permite rehusar. Para un alma tal, es imposible que exista alguna dulzura, algún consuelo y estímulo en el servicio de Dios; ella sólo ve en Él a su amo y a su juez, pero muy pocas veces a su padre. Es temerosa de su justicia, pero su bondad no le conforta; el gozo del Espíritu Santo le es desconocido; está triste, disgustada, inquieta, fatigada, y continuamente expuesta a abandonarlo todo, sin hablar de los escrúpulos que ordinariamente la acometen con cruel violencia. Tercer inconveniente del temor inmoderado, el cual, ya enorme por sí mismo, puede acarrear las más lastimosas consecuencias. ¿No lo he experimentado yo al abandonarme demasiado a este temor?

Finalmente, el temor, aun siendo inspirado por el Espíritu Santo, no es siempre lo suficientemente eficaz contra las impresiones del amor propio, que tiene sobre nosotros un extraño poder, y nos impide considerar las grandes verdades de la religión bajo otro aspecto que no sea el relacionado al peligro de nuestra condenación. El temor de Dios, aunque sobrenatural en su principio, degenera, por nuestra culpa, en una disposición bajamente servil e incompatible con la caridad, y en la que el temor de la pena constituye el único motivo que nos aparta del pecado; de tal manera que siempre se halla latente la afección del pecado, y aún se le cometería sin titubear si no estuviera pendiente el consiguiente castigo. Tal es el principio en el que caen algunas veces los pecadores, cuando el amor propio logra corromper la santidad del motivo del temor. Quiera Dios preservarnos de este inconveniente más terrible que los demás.

PUNTO TERCERO. — La esperanza cristiana posee grandes ventajas sobre el temor. El concepto de la recompensa inspira al alma cierto vigor; la excita a la práctica de la virtud; la alienta a vencer todas las dificultades, la anima a perseverar y la determina y predispone para sufrir grandes cosas, a fin de asegurar y embellecer la corona que le ha sido prometida. Todo lo cual es muy bueno, sin duda alguna. La esperanza es santa en sí misma, muy necesaria a todo cristiano, aun al más per-



fecto; y no existe un estado tan elevado en el cual estemos dispensados de realizar actos. "El mismo amor, dice San Bernardo, se debilitaría, si considerara que su efecto sería infructuoso. Pero, añade el mismo, la esperanza, por su parte, se haría mercenaria, si no estuviera acompañada del amor <sup>(3)</sup>. Lo sería, en efecto, supuesta esta ausencia, no por sí misma sino por el vicio del amor propio, en las almas que hacen demasiado hincapié en el motivo de la recompensa, que fijan en él toda su atención, restando importancia, por consiguiente, al motivo más excelente del amor.

Estas almas, si no toman el conveniente cuidado, piensan más en acumular méritos que en agradar a Dios con sus buenas obras y cumplir su santa voluntad; cuentan con Él, por así decirlo, y ponen a precio sus servicios.

Parecería que estas almas hacen valer de algún modo a Dios, su generosidad y su fidelidad. Ellas presumen que, después de todo lo que han hecho y sufrido, la recompensa es para ellos, más bien un salario que una gracia, y no piensan que la deben exclusivamente y por encima de todo merecimiento, a la bondad gratuita de Dios y a los méritos de Jesucristo. Además, el amor propio, que se introduce en todas partes, hasta en las cosas más santas,

(3) "Ne spes mercenaria sit, si amor non comitetur; aut tutescat, si infructuosus putetur". Bern., In Cant. Serm. XI, n. 3 Opp., t. IV, col. 1295, f.

es causa de que ellas se apropien y atribuyan a sí mismas la posesión de Dios, poco más o menos como si se tratara de cualquier otro bien. En esta posesión, estas almas tienen más en cuenta su propio goce y la gloria que alcanzarán, que la gloria de Dios y el cumplimiento de su voluntad. En una palabra, lo que más les conmueve en la felicidad celestial, es su contento, y su satisfacción personal. En verdad, la caridad no es esencialmente agraviada a través de esta manera de considerar la dicha; es indudable, sin embargo, que su pureza sufre, y que existe cierta imperfección al proponerse de esta manera la recompensa del cielo, con un espíritu de propiedad, como si ella se asemejara a una de las tantas recompensas de la tierra. Ciertamente, las puertas del cielo no están cerradas para aquel que muera en una disposición semejante, pero, antes de entrar en él, será necesario que esta alma esté purificada por el fuego del purgatorio.

He de examinarme aquí, en presencia de Dios, si he de reprocharme las muchas imperfecciones que acabo yo de exponer; y si tengo que esforzarme en apartar mi esperanza de esas miras que no son suficientemente puras. Esto lo podré lograr inclinándome del lado del amor, conforme el consejo de San Bernardo, para que así, unida a la esperanza, la preserve de todo mercantilismo.

## SEGUNDA MEDITACION

## El camino del amor

PUNTO PRIMERO. — El amor, habitualmente, no conoce otro temor que el temor casto y filial, es decir, el temor de disgustar a Dios, puesto que le ama en calidad de padre. Este temor, siendo hijo del amor, posee una atención y una delicadeza que no tiene el temor de la justicia divina y de sus castigos. Tiende a evitar las más ligeras faltas, las más leves imperfecciones voluntarias, las más pequeñas infidelidades a la gracia. En lugar de aislar y enfriar el corazón, por el contrario lo ensancha y lo enardece. No motiva ninguna turbación ni inquietud alguna, y al deslizársele furtivamente alguna falta, conduce dulcemente el alma a Dios a través de un arrepentimiento tan apacible como sincero. Trata de apaciguarla y resarcir, prontamente y con creces, el disgusto que haya podido causarle. Por lo demás, no se inquieta ni permite que se debilite su confianza.

El amor purifica la esperanza de todas las miras interesadas que el espíritu del amor propio ha introducido en ella. Desconoce esas tristes miras de

contar con Dios, y realizar las buenas obras, principalmente con la intención de acumular méritos; es por este noble desinterés que adquiere grandes ventajas. Olvidando todo lo que ya ha hecho por Dios y considerándolo como poca cosa, no piensa en otra cosa que hacer más y más. De ninguna cosa se alaba y jamás se apoya en sí mismo. El amor contempla sin duda la dicha celestial, y la anhela ardientemente, pero la considera más como una seguridad de amar a Dios y ser amado por toda la eternidad, que como una recompensa prometida. En ello, procura más el agrado de Dios y su glorificación, que su satisfacción personal.

La más pura caridad no excluye ni puede excluir en la tierra, el ejercicio de la esperanza, ni su motivo, ni su objeto. El alma que ama a Dios y que aún no lo posee, ¿cómo no habría de desear poseerle totalmente y estarle inseparablemente unido, lo que sólo será posible en el cielo? Creo, por el contrario, que, cuanto más grande es el amor, cuanto más grande es su deseo, más firme es la esperanza. Todo lo que puede hacer el amor en su más alto exponente de perfección, es poner la voluntad de Dios por encima del goce mismo de Dios, y disponer el alma a que sacrifique su propia dicha al beneplácito de Dios, en caso de que El exigiese tal sacrificio.

No existe razón para considerar esta suposición como una vana sutileza y pura quimera, con el pretexto de que, de hecho, jamás llega a plantearse

tal situación, y más aún, es imposible que Dios quiera que un alma sacrifique realmente su felicidad. Dios no quería que Abraham inmolará realmente a su hijo, sino que, por obediencia y por amor, tomara la resolución de inmolarle y comprendiese claramente el deber de ejecutarla <sup>(1)</sup>. Lo mismo ocurre aquí. Por la extrema violencia de la tentación o de la prueba, el alma se siente inclinada a pensar, sin poder razonar ni reflexionar, que Dios exige de ella el sacrificio de su felicidad, y por la fuerza de su amor ella cumple con este sacrificio en pro del beneplácito divino al que prefiere por encima de todas las cosas. Muchos santos, con suma frecuencia han pasado por esta gran prueba del amor; otros, sin embargo, la han ignorado.

Tal es, igualmente, la disposición de todos los moradores del cielo; ellos ponen el beneplácito divino por encima de su propia felicidad. Pero, siendo imposible adquirir esta disposición en el cielo, es necesario que la gracia, unida a nuestra cooperación, nos introduzca en ella aquí, en la tierra, o que la alcancemos en el purgatorio mediante la destrucción total del amor propio. ¿Dudaríamos, acaso, en escoger en esta elección? No teniendo el camino del amor otra ventaja que la de apartar al alma de las penas del purgatorio o abreviar considerablemente su duración, vacilaríamos en abrazar este camino?

(1) Gen., XXII.

¿Es posible, me preguntaréis, alcanzar aquí, en la tierra, esta pureza de amor? Es necesario que así sea, puesto que el deseo de Dios es que no tengamos, a través de este camino, ninguna necesidad de pasar por el purgatorio a fin de poder gozar de su santa presencia. Es necesario que sea posible, puesto que Jesucristo, en la oración que nos ha enseñado, nos manda pedir a Dios que se cumpla su voluntad aquí en la tierra, así como se cumple en el cielo <sup>(2)</sup>, y por consiguiente que estemos, con respecto a su voluntad, en la misma disposición que los ángeles y bienaventurados.

Si vosotros me preguntáis qué es lo que debéis hacer para lograrlo, yo os respondo: resolvéos a amar con todo vuestro corazón, con todo vuestro espíritu, con todas vuestras fuerzas. El motivo por el cual Dios se ve obligado a retener gran parte de sus elegidos durante mayor o menor tiempo en el purgatorio, débese principalmente a que son muy pocos los cristianos que sinceramente desean amar de esta manera y procuran los medios necesarios para ello.

PUNTO SEGUNDO. — Servir a Dios por amor es el camino más simple, puesto que todo lo reduce a una intención dominante, en la que todas las demás se hallan eminentemente comprendidas. Si amo a Dios, le temo habitualmente con un temor,

(2) Mat., VI, 10.

el más glorioso y el más lisonjero para El, y para mí el más dulce y el más útil, sin excluir, sin embargo, el temor de sus juicios, que ha de actuar en las ocasiones en que el Espíritu Santo inspire su urgente necesidad. Si amo a Dios, espero en sus promesas con una confianza proporcionada a mi amor, y me aseguro el efecto de estas promesas, tanto como sea posible en la tierra, sin descuidar tampoco en las contrariedades, el ejercicio de la esperanza por el motivo que le es propio. Si amo a Dios, ya no tengo necesidad de adquirir cada virtud en particular; el ejercicio del amor a todas las abarca; y por este motivo, practico estas virtudes de un modo más elevado y más perfecto que si las ejerciera por los motivos que les son propios. No es que no se las practique algunas veces de esta manera o que no exista un verdadero deseo de adquirirlas. Pero, lo más frecuente es que este deseo y este motivo sean absorbidos por el deseo y por el motivo del amor. De este modo se verifican las palabras de San Pablo: "El amor es el cumplimiento de la ley" <sup>(3)</sup>, y también el elogio que él hace de la caridad, a la cual atribuye la mayor parte de las virtudes <sup>(4)</sup>.

<sup>(3)</sup> "Plenitudo... legis est dilectio. Rom., XIII, 10.

<sup>(4)</sup> "La caridad es sufrida, es dulce y bienhechora: la caridad no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se complace de la injusticia, complácese, sí, en la verdad: a todo se acomoda, cree todo "el bien del prójimo", todo lo espera, y lo soporta todo". I, Cor., XIII, 4-7.

de las que es la reina. El amor me dispensa de todos estos métodos y prácticas, las que gran parte de los cristianos emplean con solícita actividad, variándolas continuamente, empleando hoy este determinado método, mañana ese otro, sea por inconstancia o por fastidio; todo lo cual motiva indudablemente en ellas la molestia, la turbación y un atraso considerable en el camino de la santidad.

Para el alma que ama, sólo existe un método, a saber: ha de seguir con fidelidad el impulso de la gracia, que la lleva a testimoniar su amor por medio de sus sentimientos y de sus obras; no tiene más que una práctica, esto es: amar en cualquier tiempo, en cualquier lugar y en cualquiera situación. Su disposición general, que ella aplica a las circunstancias particulares, equivale a las múltiples disposiciones que se suceden en las almas activas, y que tienen cada una su preparación.

¿Existe algo que sea más simple? ¿Existe algún medio de perfección que no esté incluido en esta sencillez? ¿Existe acaso, un acto de contrición, un buen propósito, una acción de gracias y tantos otros actos incluidos en los libros de piedad, que no se halle expresado en el acto de amor? La simplicidad de este camino aproxima al alma al estado de los bienaventurados, que quieren a Dios solamente para alabarle y amarle; teniendo siempre presente, sin embargo, que en él se ejercita continuamente la fe y la esperanza, puesto que aun no se le ve, ni se le posee. ¿Qué más he de agregar?

Esta simplicidad aproxima al alma, tanto como es posible en esta vida, al estado del mismo Dios, que no se conoce sino para amarse, y en quien el amor se halla dentro del término de las divinas emanaciones y fuera del principio y del fin de todas sus obras.

PUNTO TERCERO. — Servir a Dios por amor es el camino más dulce. Por el corazón Dios nos recibe y nos conduce, y el corazón está hecho para amar; todas las pasiones no son otra cosa que el amor, considerado bajo diferentes puntos de vista. El amor inclina dulcemente, pero muy eficazmente a la voluntad, hacia aquello que Dios desea. Posee violencia, aún extrema, mediante la cual aparta todo cuanto se le opone; somete aquello que no tolera, y, destruye y consume todo aquello que le es nocivo.

¿Pero, qué hay más dulce, que la violencia efectuada por un exceso de amor?

El amor extiende el gozo al corazón, haciéndolo reposar en Dios, su único objeto, tanto como sea posible; lo que ningún otro sentimiento es capaz de conseguir. "El temor, dice San Juan, está impregnado de pena" (5). La esperanza, aunque consoladora, no deja de tener en sí, cierto resabio de inquietud. El amor aparta los tormentos del temor y suprime las inquietudes que la esperanza sola no

(5) "Timor poenam habet" I. Juan, IV, 18.

dísipa. El amor inspira la alegría que San Pablo estima como el segundo fruto del Espíritu Santo, y como el primero, la caridad (6), ¿qué alegría? Una alegría pura, sólida, íntima, inalterable; una alegría que se refleja en el rostro y mantiene la serenidad del espíritu; una alegría que es el goce anticipado del de los bienaventurados.

El amor conserva al alma en la paz que el Apóstol, en el mismo pasaje, coloca inmediatamente después de la alegría. El amor divino jamás turba. La turbación del alma débese únicamente a tres motivos: o a la mala conciencia, o al amor propio, o al demonio. El amor de Dios mantiene la conciencia en el mejor estado; se preocupa incesantemente en destruir el amor propio; desprecia las negras sugerencias del espíritu de las tinieblas, lo combate y lo vence. Dios es la paz misma, y como no la posee sino sólo por amor, el amor es también el único medio de gozar de esta paz "que sobrepuja todo sentimiento" (7).

Este camino es también el más fácil, pese a los obstáculos que en él se encuentran. En el fondo, éstos provienen de nosotros mismos y de nuestra oculta corrupción, que sólo será consumada radicalmente por el fuego del santo amor o por el fuego del purgatorio. El amor, sin lugar a dudas, es la única disposición que tiende a facilitar la práctica

(6) Galat., V, 22.

(7) Filip., IV, 7.



de las virtudes cristianas. El amor es por su misma naturaleza, noble, fuerte, generoso, emprendedor y osado: nada le es dificultoso, cuando se trata de agradar al objeto que ama; más aún, está determinado a sufrirlo todo antes que desagradarle. Si el amor que surge de la misma naturaleza, e inspira la pasión, hace al hombre capaz de los más grandes sacrificios, ¡qué se ha de esperar, entonces, del amor sobrenatural, cuyo objeto es un ser infinitamente amable; de un amor encendido en el corazón por el mismo Dios, fortificado con todo el poder de su gracia y animado por la presencia de los más apremiantes motivos!

El amor jamás actúa por temor o por interés, sino por afecto. Cierra los ojos ante las dificultades, las hace desaparecer, o las allana; lucha contra las repugnancias, sobrepasa los obstáculos, se arroja a través del peligro; lleva al sacrificio, aún con alegría lo que le es más querido, hasta olvidarse de sí mismo y sacrificarse por aquello que exige o desea. "El amor, dice San Agustín, no experimenta pena alguna, y si la siente, es para él un placer" <sup>(8)</sup>, comprendiendo que en ninguna parte se evidencia más el amor como en las más penosas ocasiones y en los grandes sacrificios. Al amor, en fin, todo le es posible, y efectivamente es capaz de todo.

(8) "In eo quod amatur, aut non laboratur, aut et labor amatur". Agust., De bono viduit., n. 26. Opp., t. VI, col. 384, f.

Yo he amado, ¡oh, Dios mío! pero, ¡cuán lejos estabais de ser el objeto de este amor! Me he dado cuenta de que, por el impulso del amor, he realizado fácil y voluntariamente aquello que, sin duda no hubiera hecho sin su ayuda. ¿Por qué, pues, he de atemorizarme y retroceder cuando me proponéis que proceda del mismo modo con respecto a Vos? ¿Vuestro amor, por ventura, tiene menos poder sobre mí que el de una vil criatura? ¿Acaso tenéis menos méritos y menos atractivos que ella? Y, puesto que Vos queréis que no olvide mi propio interés, ¿puedo encontrar la felicidad en otra parte que no sea en vuestro amor?

### TERCERA MEDITACION

#### Sobre el mismo objeto

PUNTO PRIMERO. — El amor, mediante la generosa determinación que tiende a evitar todo mal y a practicar todo bien, coloca al espíritu y al corazón en una perfecta libertad. Para la mayoría de los cristianos resulta increíble y una paradoja insostenible creer que, para ser perfectamente libre, es necesario dejarse cautivar por el santo amor, y no conocer otra regla de conducta que el beneplácito de Dios. Nada es más verdadero, sin embargo, y sin apelar a la experiencia que lo prueba sobradamente, consultemos un poco la fe y la razón.

Dios, por ventura, ¿no es soberanamente libre? Sin embargo odia necesariamente toda especie de mal y ama necesariamente toda especie de bien. Esta necesidad es la mayor de todas, puesto que proviene del fondo mismo de su naturaleza, y dejaría de ser Dios si no estuviere sujeto a ella. Por consiguiente, cuanto más me aproxime el amor a esa misma disposición que Dios tiene respecto al bien y al mal, tanto más lograré alcanzar su misma li-

bertad, amando lo que El ama, odiando lo que El odia, no teniendo, en una palabra, otra voluntad que la suya. Y cuanto menos me aparte de esta regla, menor será mi esclavitud. ¿Esclavo de quién? Del demonio, del mundo, de la carne, de mi orgullo, de mi amor propio, de mis pasiones, de mis sentidos, de mi imaginación, de mis prejuicios, de mis viciosas costumbres. He aquí las cadenas y esclavitudes de que me libera repentinamente el amor divino al entregarme totalmente a El, independiente de todo lo demás, y verdadero dueño de mí mismo, tanto como puedo y debo serlo. Además, uno de los primeros sentimientos que se elevan del corazón, tan pronto éste se entrega totalmente a Dios por amor, se cifra en las mismas palabras del profeta: "Oh Señor, Vos habéis roto mis cadenas, yo os ofreceré un sacrificio de alabanza" <sup>(1)</sup>. ¿De dónde provienen las inquietudes de la conciencia, en la mayor parte de los cristianos? Ello se debe principalmente a que, no amando suficientemente a Dios, le niegan, al menos en parte, aquello que El exige de ellos; y más aún, instados por la gracia y frenados por la naturaleza, temen prometer y enredarse al tomar resoluciones que no podrán cumplir. Ellos por consiguiente, no saben penetrar en sí mismos sin escuchar una voz secreta que los condena, sin experimentar vivos reproches que los

(1) "Dirupisti vincula mea: tibi sacrificabo hostiam laudis". Sal. CXV, 16, 17.

persiguen por doquiera. Se ven forzados a huir de sí mismos, y por ello, experimentan la necesidad de entregarse a la disipación. No hallando un verdadero descanso en sí mismos, buscan en cualquiera otra parte una paz falsa, que no es más que aturdimiento y embriaguez. ¡Cuán grandes son las dudas, las dificultades y perplejidades de aquellas almas que pretenden conciliar la gracia con la naturaleza, y el amor divino con el amor propio!

¡Acuerdo impracticable, estado violento en el cual es imposible mantenerse! Para salir de él, sólo existen dos resoluciones extremas: la primera, abandonar el cuidado de su perfección, librarse a los objetos exteriores y privarse de toda reflexión seria sobre sus íntimas disposiciones; la segunda, consagrarse incondicionalmente al amor de Dios e imponerse la ley de una inviolable fidelidad a la gracia. ¿Cuál de estas dos resoluciones establece al corazón en una verdadera libertad? Que respondan los que lo han experimentado. Existe un hecho constante, esto es, desde el momento en que el amor nos gobierna, cesan todas las dudas, las ansiedades se desvanecen, los escrúpulos bien fundados desaparecen por completo, puesto que se ha quitado su causa: en una palabra, todas las trabas caen por tierra y el alma vuelve a gozar de la más deliciosa calma.

El amor posee aún la virtud de tranquilizar a las almas piadosas y timoratas, con respecto a su estado interior. Les enseña que eviten la curiosidad de conocer sus progresos y saber si están en buenas

relaciones con Dios y si El está contento de ellas: curiosidad casi siempre sugerida por el amor propio y que las expone a caer en la más perniciosa fantasía si se lisonjean, o en el amargo desaliento si se juzgan con excesivo rigor. El amor persuade a estas almas a que se abandonen sinceramente a Dios, a agradarle en todas las cosas, a no pensar en sí mismas sino lo necesario para humillarse, para corregirse, para adelantar, pero de ningún modo para satisfacer el amor propio, todo lo cual las establece en una paz admirable.

PUNTO SEGUNDO. — El amor de Dios, o nos exime de las más terribles y más peligrosas tentaciones que miran hacia nuestra suerte futura, o nos otorga las fuerzas necesarias para superarlas. ¡Cuántas almas, especialmente aquellas que están inclinadas a la melancolía, se afligen, se desconsuelan, se desesperan, al entregarse a esta horrible duda: ¿pertenezco al número de los predestinados o estoy apartado de ellos? Yo he pecado, estoy cierto, he merecido el infierno. ¿Me habrá perdonado Dios? ¿He recobrado su amistad? Lo ignoro. Puedo morir en cualquier momento; si muriera en este instante, ¿adónde iría? No lo sé. Terrible incertidumbre que consterna, que hiela de espanto a las personas de imaginación viva y sombría, y que a veces logra perturbarles hasta el juicio. Más inclinadas a temer que a esperar, creen que el cielo está cerrado para ellas, y que el infier-

no está abierto bajo sus pies. Preocupadas por esta triste idea, de la que jamás se apartan, en vano el confesor trata de tranquilizarlas de las razones más sólidas, extraídas de la base misma de la religión. En vano les declara que Dios nos mantiene en esta ignorancia, respecto a nuestro futuro destino, a fin de preservarnos de la presunción y mantenernos en la humildad, que es nuestra salvaguardia; que ha querido quitarnos todo apoyo en nosotros mismos, para que pongamos toda nuestra confianza en El; que nuestra salvación está infinitamente más segura en sus manos que en las nuestras; que no es de El de quien hemos de desconfiar y temer, sino de nosotros mismos; que es imposible que perezca el alma que se abandona a El y descansa en su bondad, siempre que, por su parte, haga todo lo que de ella dependa para salvarse; estas razones y otras semejantes, no producen ninguna impresión a su espíritu enfermo. El principio del mal está en un excesivo amor propio, que desea una certeza en aquello que Dios no quiere ni debe otorgarle. ¿Qué es lo que se necesitaría para aplicar a este mal el remedio oportuno y extirparlo de raíz? Nada más que de trasladarla nuevamente en el camino del amor de Dios y hacerle comprender bien que, si verdaderamente es celosa de los intereses de Dios, ha de tener también un cuidado particular de los suyos; que si ella prefiere la voluntad de Dios en todas las cosas, su más grande anhelo ha de ser el cumplirlas y que este anhelo no entraña

ningún peligro para su salvación; que si ella vive en la caridad, es moralmente seguro que morirá en la caridad y, en fin, que llevará siempre el paraíso con ella doquiera lleve el amor de Dios.

En verdad, es muy difícil hacer que penetren estas reflexiones en un espíritu enfermo, y hacer gustar estos sentimientos a un corazón esclavo del interés y vivamente sobrecogido por el temor de perderse. Pero, en fin, si el mal no se ha arraigado, si el enfermo no es terco, el gran remedio para esta tentación es el amor, que es, a su vez, su mejor preservativo. Porque, o la tentación proviene de nosotros —y si el amor no la previene continuamente, al menos ataja los efectos, debilitando poco a poco la causa—, o, por designio divino, ella proviene del demonio, y entonces Dios, que proporciona el auxilio en la agresión, vuelve al alma victoriosa mediante la pureza y la fuerza del amor. Se trata, pues, más de una tentación que de una prueba (lo cual es fácil juzgar por los estados que han precedido a ésta) y Dios no envía esta suerte de pruebas sino a aquellas almas que ya ha preparado para que las sostengan, elevándose por encima de ellas por la generosidad de sus sentimientos.

PUNTO TERCERO. — El camino del amor aporta a Dios la más grande gloria, y es por esta razón que San Pablo lo califica como "El camino más excelente" <sup>(2)</sup>. Un alma que recorre valien-

<sup>(2)</sup> I. Cor., XII, 31.

temente este camino, glorifica más a Dios ella sola, que muchas otras que rehuyen hacerlo. Además, ella merece y obtiene de El las más especiales gracias: gracias preservativas, gracias de protección, gracias de predilección, gracias extraordinarias, en las cuales incluyo los favores celestiales, que son, por así decirlo, concomitantes a este camino; gracias que la ayudan a avanzar a grandes pasos por el camino de la perfección y que la conducen más allá de los límites ordinarios: gracias, en fin, no solamente para ella, sino también para las almas en las cuales ella se interesa. ¡Oh, cuán ventajoso es tener alguna unión espiritual con estas personas que no desean otra cosa que vuestro más grande bien, que conocen vuestras verdaderas necesidades y no en vano ruegan por vosotros, puesto que es el mismo Dios quien las mueve a orar!

Las almas comunes, piadosas y fieles no pueden comprender las disposiciones internas de un alma que tiende a la pureza del amor, ni la eminente santidad a la cual El la eleva. He aquí el motivo por el cual —dicho sea de paso— es necesario ser muy prudente en los juicios que se emiten sobre aquello que los santos han revelado de sus sentimientos respecto de Dios, o de las gracias particulares que han recibido, por temor de que hablemos mal y de una manera inexacta —como ha ocurrido en otros— acerca de aquello que francamente ignoramos. Esto conviene especialmente a ciertos ministros del Señor, quienes, faltos de humildad, y no

teniendo, por lo común, sino un conocimiento muy superficial de los caminos de Dios, se creen en el derecho de pronunciarse sobre todo aquello que pertenece a las cosas de piedad y se exponen a contrariar y condenar las operaciones del Espíritu Santo en las almas que están bajo su dirección, o sobre las cuales se le consulta. Santa Teresa no ha sido la única que ha sobrellevado esta dura prueba. Dios trata como padre a aquellos que le profesan un amor filial y se aplican en servirle por amor. Siendo El quien infunde en ellos el amor y estando en ellos el mérito de corresponderle fielmente, ¡qué placer no experimentará al acrecentarlo en proporción a su fidelidad! No puede sufrir que pierdan un solo instante; alimenta continuamente el fuego que ha encendido en ellos, y continúa acrecentándolo hasta formar un gran incendio que consume en sus corazones las más pequeñas impurezas. Con esto les demuestra hasta qué punto los ama y hasta qué punto extiende sobre ellos su benevolencia y sus paternales atenciones. Porque la prueba más evidente de que un alma es muy amada por Dios se evidencia desde el momento en que El le solicita continuamente nuevas mortificaciones, nuevos sacrificios, no dándole descanso hasta tanto no le entregue todo cuanto ella puede entregarle, o, hasta que ella le haya autorizado a tomar aquello que no sabría entregarle por sí misma. Esta alma no se engaña, ella reconoce el amor que Dios le profesa por sus celos inexorables; mucho le pesaría



que la compadeciera y escuchara los gritos y las quejas de la naturaleza, a la cual es ella la primera en desaprobarnos, queriendo en cambio que la despoje de todo, a fin de pertenecerle única y exclusivamente. El camino del amor es el único que nos introduce en la vida interior, que nos otorga el don de la oración, que establece un trato familiar entre Dios y nosotros, el único que nos permite gustar aquí en la tierra la dulzura de su amistad, y que nos une a El y nos transforma en El de una manera inefable. No me refiero precisamente a los favores pasajeros, tales como las visiones, los éxtasis, los arrobamientos, sino a una mudanza estable y permanente de ideas y de sentimientos, que nos convierte en hombres verdaderamente sobrenaturales. De todos los favores éste es el más grande.

Amemos, no pensemos más que en amar, y dejemos a Dios el cuidado de todo lo demás. Todo cuanto haga por nosotros, aun en esta vida, superará nuestros pensamientos, nuestras esperanzas y nuestros deseos. Cuanto mayor sea nuestro desinterés en nuestras miras, tanto más nos colmará Dios de sus bondades.

## CONSIDERACION

### Acercas del pensamiento del cielo

El pensamiento del cielo, que es propio de la esperanza, es muy apropiado para excitar en nosotros el amor, siempre que lo concibamos en su verdadero sentido. ¿En qué consistirá, en el cielo, mi gloria y mi felicidad? En amar. ¿Qué haré durante toda la eternidad? Aquello que hace el mismo Dios: amar. La fe ya no tendrá razón de ser, puesto que veré a Dios. La esperanza dejará de subsistir, puesto que lo poseeré eternamente. Sólo subsistirá la caridad que me llenará y me absorberá totalmente. Todos mis demás sentimientos se reducirán a uno solo: el del amor. ¿De qué amor? De un amor enteramente puro, absolutamente desinteresado, libre por completo de las reflexiones y consideraciones sobre mí mismo de un amor que de tal modo fijará en Dios mis pensamientos y mis afectos, que ni siquiera podré amar a los compañeros de mi dicha, ni a mí mismo sino en Dios y por Dios, puesto que "en todas las cosas todo será de Dios", se-

gún la admirable expresión de San Pablo <sup>(3)</sup>; de un amor, en fin, que me permitirá adueñarme muy poco de la dicha que él provocará en mí, puesto que, a la menor señal de Dios estaré siempre dispuesto a realizar el sacrificio de este gozo inefable. ¿Poseo yo la idea de tal amor? Por consiguiente, estoy llamado a ejercerlo durante la eternidad. Tal es el fuego que abrasará a los bienaventurados moradores del cielo, del mismo modo que el fuego del infierno abrasará a los réprobos.

El cielo es la mansión del amor, como el infierno es el lugar en el cual el amor está eternamente excluido. Es imposible formarse un concepto más justo de uno y otro, y me atrevo a afirmar que es la misma noción que tiene Dios. Dios reina en el cielo a través de la efusión de su amor, que comunica a todos los que descansan en su corazón y le retribuyen fielmente sin retener nada para sí. Es un continuo movimiento retributivo; el amor emana de la adorable Trinidad como de su fuente, y vuelve a ella continuamente. Dios reina en el infierno de un modo horrible, privando para siempre a los réprobos, de su amor. Odia y es odiado; maldice y es maldecido por ellos. Ellos han rehusado amarle en el tiempo; éste ha sido su crimen; no lo amarán por toda la eternidad: éste será su más grande tormento.

Si me acostumbro a considerar el cielo y el in-

(3) "Ut sit Deus omnia in omnibus". Cor. I. XV, 28.

fierno desde este punto de vista, ¡qué grandes y poderosos motivos hallaré en esas consideraciones para amar a Dios! ¡qué es lo que no haría, qué no sufriría con tal de asegurarme la dicha de amarle eternamente y no caer en el espantoso mal de no amarle jamás! Si esta desdicha no me parece tal en el presente, ello significa que mi corazón se halla volcado enteramente en el amor de las criaturas y fuertemente sujeto al amor propio. Pero en el infierno no es posible amarse a sí mismo, ni a ninguna criatura: nada hay en él tan trascendental como la pérdida de Dios.

El único modo de alcanzar esta felicidad y huir de esa gran desgracia, es amar a Dios durante toda mi vida con todas mis fuerzas. El grado de amor que tenga en el momento de la muerte, será el mismo que poseeré en el cielo. En él, sólo el amor señala los rangos y los grados de felicidad; no existe ninguna otra distinción entre los elegidos, sino aquella que señala la caridad. Pero el trance de la muerte, esa muerte tan incierta y continuamente sobre nosotros, no es ciertamente el momento oportuno para hacer una provisión de caridad; es durante el curso de nuestra vida que debemos procurar adquirirla. Yo sólo dispongo del momento presente; comencemos pues desde este instante. Si hoy lo difiero, también lo diferiré mañana, lo diferiré hasta que me sorprenda la muerte; y entonces será muy tarde para comenzar. ¿Desearé, en este instante crítico, lo que jamás he deseado hasta entonces?

¿Lo desearé sincera y eficazmente? Esto por lo menos, resulta muy dudoso.

¡Oh! ¡Cuán noble es la ambición —la ambición soberanamente agradable a Dios y altamente satisfactoria para un cristiano— de aspirar por amor a los sitios más eminentes en el cielo, a fin de amar a Dios más y más!

¡Oh Dios mío; haced que mi corazón no albergue más ambición que ésta; haced que el amor lo sea todo para mí, que lo vea por todas partes y lo busque en todo; haced que trabaje para merecer el cielo únicamente con miras al amor que en él reina; que tema el infierno y me esfuerce en evitarlo tan sólo por que vuestro amor se halla desterrado de él. Nosotros admiramos tales sentimientos en los santos. ¿Por qué no han de ser los nuestros? Porque nosotros carecemos de las mismas gracias, diremos tal vez. ¿Por ventura, depende de Dios o de nosotros el que los tengamos? Aprovechemos bien las gracias presentes, como hicieron los santos, y Dios recompensará con gracias más abundantes nuestra fidelidad del mismo modo que ha obrado en ellos. El amor, como la santidad posee sus grados, y no es posible experimentar repentinamente los sentimientos, ni realizar súbitamente los actos más heroicos.

## QUINTO DIA

### JESUCRISTO MODELO DEL AMOR DIVINO

#### PRIMERA MEDITACION

PUNTO PRIMERO. — La encarnación del Verbo, con sus consecuencias, es, sin duda, el más grande prodigio que Dios ha producido o puede producir fuera de sí mismo. Ninguno de sus actos es equiparable a éste. Mas, al elevar —en la persona de Jesucristo— un hombre a la más elevada e íntima unión con la Divinidad, ¿cuál era el fin principal que Dios se había propuesto? El de ser amado como El se merece. Ahora bien. El no podía ser amado de esta manera sino únicamente por un Hombre-Dios. Ninguna pura criatura, por más perfecta y santa que se la suponga, es capaz de amar a Dios con un amor que sea verdaderamente digno de El. Para amarle de esta manera, sería necesario amarle desmesuradamente, con un amor que no sea susceptible de ninguna especie de aumento; es necesario, además, que la persona que ama, comunique por su dignidad algo de infinito a su amor —por otra parte finito en sí mismo, por comparación al amor

absolutamente infinito de Dios. Tal ha sido el amor de Jesucristo.

Por la unión hipostática, este amor ha sido infundido en su alma, con toda su plenitud. El lo ha ejercido continuamente en la tierra, y lo ejercerá eternamente en el cielo conforme a esta plenitud, de tal manera que la unión de todos los grados de amor distribuidos entre todas las criaturas existentes y posibles, jamás llegarán a compararse al inmenso amor encerrado en el corazón de Jesús. De esta manera, El ama a Dios de un modo que los ángeles ni todos los hombres reunidos jamás sabrían ni podrían amarle. Juzguemos por ello, cuán glorioso es para Dios el plan de la Encarnación y su ejecución, ya que ello le permite ser amado con un amor eminente, único, al cual ningún otro amor puede igualar, por ser él de un orden completamente distinto.

PUNTO SEGUNDO. — Consideremos detenidamente los efectos que la unión hipostática ha producido en el alma de Jesucristo. En primer lugar, su entendimiento ha sido enriquecido con los más sublimes, los más amplios, los más variados y los más claros conocimientos tocantes a la naturaleza divina, y sus perfecciones infinitas, bajo todos sus aspectos: tocante al número, a la calidad y a la fuerza de los motivos que le impulsan a amarle. El ha conocido, por consiguiente, su infinita amabilidad, de una manera incomparablemente superior

a toda otra inteligencia, e inferior solamente al conocimiento que Dios posee de sí mismo. En segundo lugar, siendo el conocimiento el fundamento del amor, y respondiendo plenamente —en Jesucristo—, la disposición de la voluntad a las luces del entendimiento, su corazón ha amado a Dios tanto como su espíritu lo ha conocido amable.

Todo se ha dicho en esta sola palabra. Mas, ¿quién puede comprenderla? Pretender exponer la grandeza y la pureza de este amor, significaría un vano tormento: ningún pensamiento, ninguna expresión sería capaz de lograrlo. Es necesario creer, adorar y callar. En tercer lugar, la consagración que Jesucristo ha hecho de todo su ser a Dios, ha igualado su conocimiento y su amor. Esta consagración ha sido tan entera, tan plenamente deseada, tan irrevocable, tan perfecta en sí misma y en sus efectos como sólo podía serlo de parte de un Hombre-Dios. Su espíritu se ha presentado como un homenaje indispensable, debido a la excelencia infinita de la naturaleza divina. Su corazón, completamente abrasado de amor, no veía otro recurso que éste para testimoniar a Dios los sentimientos que su soberana amabilidad excitaba en él, y el reconocimiento sin límites que merecía el inigualable favor de la unión hipostática. Y su voluntad perfectamente libre se vió impulsada a consagrarse y sacrificarse sin reserva al beneplácito de Dios, cuyos designios conocía. El no ha diferido esta decisión: conocer a Dios, amarle, consagrarse a El, estos tres

actos siguiéronse sin interrupción, y El los ha producido "al entrar en el mundo", dice San Pablo, en el mismo instante de su concepción en el seno de María <sup>(1)</sup>.

PUNTO TERCERO. — Jesucristo es nuestro jefe y nuestro modelo. El ha sido enviado para demostrarnos de una manera sensible, mediante su doctrina y su ejemplo, hasta qué punto Dios merece ser amado, y cómo quiere ser amado por nosotros. Por consiguiente, El ha amado a Dios, no solamente en su nombre sino también en el nuestro. Ha cumplido esta primera y soberana obligación, en primer lugar por sí mismo y luego como jefe y modelo, por todo el género humano, que también debe cumplir esta obligación, y que no lo puede hacer dignamente sino por El, entrando, con la conveniente proporción, en las mismas disposiciones.

Además, Dios ha querido, en primer lugar, que formáramos parte, en calidad de cristianos, del tesoro de la ciencia divina y de la caridad que El ha depositado en Jesucristo. En segundo lugar, ha querido que usáramos, como Jesucristo, del conocimiento que poseemos de Dios y de la caridad habitual infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo <sup>(2)</sup>, consagrándonos a Dios y

(1) Hebr., X, 5-7.

(2) Rom., V, 5.

amándolo, a semejanza de El, con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas. En tercer lugar, a fin de imitar más y más a Jesucristo, Dios ha querido que estudiáramos profundamente los sentimientos que El tiene con respecto a su Padre, relacionando todos los pasos de su vida al amor, que ha sido, efectivamente, el gran móvil de todos sus actos.

Tengo la dicha de pertenecer a Jesucristo; tengo cierta participación en las luces sobrenaturales que El ha tenido con respecto a Dios a la obligación y a los motivos de amarle; y puedo obtener muchas más, mediante la oración y la seria reflexión de las grandes verdades de la religión. Igualmente, y siempre que mi conciencia no me reproche gravemente, tengo motivo para creer que existe en mí el hábito de la caridad. En fin, no puedo ignorar que debo aprender a amar a Dios, a través de Jesucristo, de sus lecciones y de sus ejemplos. Todo ello ¿de qué me ha servido hasta el presente? ¿Cuál ha sido mi progreso en el amor de Dios y cuáles son las resoluciones que me propongo tomar para el porvenir?



## SEGUNDA MEDITACION

PUNTO PRIMERO. — El amor ha tenido continua y exclusivamente ocupado a Jesucristo en los intereses de su Padre. Considerad bien estas dos palabras: "continua y exclusivamente". En su vida no existe un sólo instante en el cual no haya honrado a su Padre, ya sea a través de sus sentimientos internos, ya a través de sus actos o sus sufrimientos. Esta vida ha sido muy breve, pero sin ningún vacío, enteramente impregnada de amor. Jamás ha perseguido otras miras "no buscó su propia satisfacción", dice San Pablo <sup>(1)</sup>. El amor lo mantuvo constantemente fuera de sí mismo, y no solamente no ha buscado como hombre alguna ventaja, ya sea por el tiempo o para la eternidad, sino que ni siquiera pudo ocuparse de sí mismo. "Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria, (diréis) no vale nada; pero es mi Padre el que me glorifica, aquel que decís vosotros que es vuestro Dios" <sup>(2)</sup>. "El celo de la gloria de su Padre le consume" <sup>(3)</sup>:

(1) "Christus non sibi placuit". Rom., XV, 3.

(2) "Si ego glorifico meipsum, gloria mea nihil est: est pater meus, qui glorificat me". Joan., VIII, 54.

(3) "Zelus domus tuae comedit me". Id., II, 17.

"su comida es hacer la voluntad del que le ha enviado" <sup>(4)</sup>; "y hace siempre lo que es de su agrado" <sup>(5)</sup>.

Es propio del amor divino producir los mismos efectos, aunque en grado inferior, en las almas que están verdadera y profundamente impregnadas de él. No tengo más que considerar la vida de los santos acerca de los cuales aún no tenemos un conocimiento profundo. Al respecto he de advertir que, desde el instante en que ellos se han entregado por completo a Dios, su principal ocupación ha sido amarle y glorificarle; sus intenciones, sus conversaciones, sus proyectos, todas sus acciones dirigíanse exclusivamente a este fin; y poco a poco fueron obligándose a no pensar más que en Él. Mi espíritu y mi corazón, ¿se han elevado habitualmente del mismo modo hacia Dios? ¿Constituye su amor el alma de mis pensamientos, de mis sensamientos, de mis deseos, de toda mi conducta? Si así no ocurre, si existen en mi vida muchos vacíos carentes de amor, ello evidencia claramente la debilidad de mi amor y mi alejamiento del divino modelo.

Pero, ¿es posible ocuparse "continua y exclusivamente" de Dios? Sin duda podemos hacerlo, siempre que entendamos esto en el sentido que he ex-

(4) "Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus, qui misit me". Id., IV, 34.

(5) "Ego, quae placita sunt ei, facio semper". Id., VIII, 29.

plicado al hablar de la continuidad de la presencia de Dios. El alma que ama verdaderamente, jamás se plantea una cuestión semejante. Ella más bien se preguntaría: ¿es posible ocuparse voluntariamente de otra cosa, fuera de Dios? Amad, y comenzaréis por desear que Dios sea vuestra única y constante ocupación; luego os aplicaréis con el auxilio de la gracia, en ocuparos constantemente de El; finalmente, lo lograréis por la bendición que Dios une a vuestra perseverancia. ¿No se dice continuamente que la pasión ha perdido su libertad, que se halla cautiva y encadenada, y que no le es posible pensar en otra cosa sino en el objeto del que se halla prendado? ¿Por qué el amor de Dios no ha de producir el mismo efecto y no ha de emplear el mismo lenguaje? Para el alma que jamás ha sido herida por el fuego del amor de Dios, este lenguaje parecerá propio de locos.

¡Cómo lo compadecerán las almas que han experimentado sus alcances!

PUNTO SEGUNDO. — El amor ha conservado constantemente a Jesucristo en una entera dependencia de su Padre. Dependencia del espíritu. Jesucristo jamás ha tenido ni quiso tener algún pensamiento que no le fuera inspirado por su Padre. Dependencia del corazón, cuyos movimientos, aunque libres, eran ordenados, aplicados y regulados por su Padre. Dependencia en las palabras. Por sí mismo, jamás ha pronunciado palabra alguna que

no le fuera depositada en su boca por su Padre; lo declara expresamente en el Evangelio <sup>(6)</sup>. Dependencia en las diversas etapas de su vida. A ninguno de éstos ha elegido por voluntad propia, aunque a todos los ha aceptado libremente; todo, aun la más pequeña circunstancia estaba determinada y dispuesta por su Padre; El se ha conformado con este orden, sin omitir ni cambiar nada en él. Dependencia en sus obras. Ninguna ha realizado por su propia voluntad. Hasta cerca de los treinta años, estuvo continuamente sujeto a sus progenitores, que representaban a su mismo Padre. Durante el curso de su vida pública, no hubo ningún viaje, ninguna predicación, ningún milagro que pudiera atribuirse a su propia voluntad, ni que no fuera decretado y ordenado por su Padre. Lo mismo ha de decirse con respecto a la vida privada con sus discípulos, de sus oraciones, del tiempo que le dedicaba, de las disposiciones interiores en las cuales El se encontraba; de todo cuanto ha debido sufrir por parte de sus enemigos durante toda su vida, y en su ignominiosa y dolorosa muerte. En un sentido verdadero, Jesucristo estuvo continuamente en estado pasivo, siempre en manos de su Padre; jamás usó de su libertad, sino para responder a la impresión que de El recibía y a fin de cooperar en sus designios.

Esta dependencia de Jesucristo, la más universal

(6) Juan., XIV, 10.

y la más absoluta que haya existido y que pueda existir, la considero incómoda hasta el exceso, y a duras penas puedo pensar en ella sin espantarme. La naturaleza se subleva; ella más bien se acomodaría a una dependencia limitada únicamente a aquello que está ordenado o vedado rigurosamente que le permitiera, por otra parte, disponer a gusto de sus pensamientos, de sus afectos, de su conducta.

¡Oh, qué insoportable esclavitud sería el estar al margen de toda elección, el no poder dar un paso por sí mismo, y el estar obligado a consultar en todo el beneplácito de Dios y conformarse humildemente a El!

Cuando pienso, cuando hablo de esta manera, demuestro claramente que desconozco el amor divino y la amplitud de sus derechos; que conozco menos aún cuán dulce es depender de El y cuán lejos están, aquellos que viven bajo su ley, de querer librarse de El. San Agustín decía: "Amad y haced lo que queráis" (7), puesto que, amando, jamás desearéis nada que sea contrario al amor. Pero no podrá decirse igualmente: "Amad, a fin de hacer siempre lo que queráis": puesto que el amor os hará desear todo cuanto él exige de vosotros. De esta manera, al obedecer los dictados del corazón se realiza continuamente su voluntad, y al mismo tiempo se experimenta la alegría de sacrificarse por

(7) "Dilige, et quod vis fac". Agust. In Epist. Joann., cap. IV. Tract. VII, n. 8. Opp., t. III, p. II, col. 875, e.

El. Si no lo he experimentado, significa que no he amado; si estas pruebas han sido muy raras en mí, se debe a que raramente he obrado por el motivo del amor. En verdad, Dios tendría muy poco poder y muy pocos atractivos si no poseyera el secreto de hacer amar su voluntad a sus hijos hasta el punto de hacerles sacrificar, voluntariamente, su propia voluntad.

Repitamos aun aquí con San Bernardo. "El lenguaje del amor es extraño para aquel que no ama" (8).

PUNTO TERCERO. — El amor movió a Jesucristo a inmolarse con alegría a la más rigurosa voluntad de su Padre. Al venir al mundo ofrecióse en sacrificio; toda su vida no ha sido más que el camino hacia este sacrificio, del cual, su muerte sobre el Calvario ha sido la consumación (9).

Considerando esto en su aspecto externo, atemorizaría, sin duda, aún a las almas más valientes. Pero si lo consideramos en su aspecto interno, veríamos que las penas que Jesucristo ha aceptado y sufrido, han sido incomparablemente más grandes. El dolor que ha recibido por todos los pecados de los hombres ha sido tan inmenso, que nadie —salvo un Hombre-Dios— podría haber sobrellevado.

¿Cómo ha realizado este sacrificio? Con una vo-

(8) "Lingua ambris ei qui non amat, barbara erit" Bern., In Cant. Serm. LXXIX, n. 1.

(9) Hebr., X, 5-9.

luntad plena, generosa, pronta, sin estimar el exceso de las humillaciones y de los sufrimientos donde estos eran necesarios. Todo le fué indicado claramente desde el primer instante de su vida; se empeñaba en todo por amor; y con tal de complacer a su Padre, se hubiera sometido con agrado a las penas más grandes si éstas le hubiesen sido impuestas. ¿Cómo lo ha cumplido? En el sentido más estricto, sin desperdiciar la más mínima circunstancia. Bebió del cáliz de la amargura hasta la última gota, y no rindió su espíritu sino en el momento en que todo quedó consumado", como El mismo lo afirmara <sup>(10)</sup>. Es así como el más grande amor que jamás existiese ha honrado a Dios con el más grande de los sacrificios. He aquí mi modelo: he de amarlo proporcionalmente de esta manera. Amar, no significa experimentar los sentimientos dulces y agradables, sino los estériles; no está en formular muy bellas promesas, pero sin efecto alguno; no significa proponerse, en principio, los más grandes sacrificios que jamás se realizarán. Nada cuesta amar de esta manera; más aún, amar sin que ello implique algún sacrificio, no es amar. Amar significa dar al objeto amado todo cuanto él solicita, y a medida que lo solicita, con prontitud, sin pena alguna, con alegría; es desear que él pida siempre más y más y no conformarse con lo que se le ha otorgado cuando aun puede

(10) "Consummatum est". Juan, XIX, 30.

dársele mucho más. No admite restricción alguna con respecto a Dios. Amar a Dios, es sufrir todo aquello que más repugna a la naturaleza: las penas del corazón y del espíritu, los dolores corporales; es sufrir del modo que a El más le plazca, prefiriendo a toda otra cruz, aquellas que El me señalaré, sobrellevándolas, si así lo desearé, sin alivio alguno, sin ningún consuelo; durante todo el tiempo que El juzgare necesario, sin lamentarse por su duración ni desear tampoco su término.

Esto es demasiado perfecto, diréis. Es cierto, pero también es cierto que el amor es lo más perfecto en una religión que obliga al cristiano a tender hacia la perfección. ¿Quién será capaz de lograrlo? Aquel que lo desee sinceramente. ¿Jesucristo no ha amado, por ventura, de esta manera? ¿No es en el amor que he de procurar asemejarme a El?

¡Oh Dios mío!, no estoy en condiciones de tomar aquí la generosa resolución de seguir al amor doquiera él quiera llevarme. Pero os ofrezco mi corazón; haced que se decida, mediante vuestra gracia, a querer hacer y sufrirlo todo por Vos. Después, exigidme todo lo que queráis y enviadme todas las pruebas que os plazca.

### TERCERA MEDITACION

PUNTO PRIMERO. — Si al examinar mis disposiciones internas advierto la insuficiencia del amor que me inclina a ocuparme continuamente y por encima de todas las cosas, de los intereses de Dios; que me procura el celo de su gloria, que me haga desear que El sea conocido, adorado, amado y servido por todas las criaturas; que me vuelva sensible al honor que El recibe de los unos y a los ultrajes que le hacen los otros; y mucho más en los que me atañen personalmente, si esta insuficiencia me impide vivir en una entera dependencia de su gracia y realizar con agrado y voluntariamente todos los sacrificios que El me exigiere, ella no es motivo para que me turbe ni me desaliente; y menos aún he de culpar a Dios por ello, como si exclusivamente de El dependiese la deficiencia de mi amor. Por mi parte he de humillarme, he de reconocer mi culpabilidad, he de depositar en Dios toda mi confianza y he de rogarle, insistente e incansablemente, que me otorgue su santo amor. ¿Cómo podrá negármelo, si El mismo me ordena pedirselo, más aún, me lo ofrece y me urge para

que le abra mi corazón, si todo me lo ha dado desde un principio al entregarme a su propio Hijo? El corazón de Jesucristo posee la plenitud del amor y este amor está continuamente a mi disposición. El está siempre abierto, siempre accesible y siempre dispuesto a recibirme. Puedo llegarle a él y beber abundantemente el amor en su misma fuente todas las veces que quiera, sin temor a que se agote y permanezcan insatisfechos mis deseos. Puedo estar seguro de que seré bien acogido. Cuanto más frecuentemente me presente, tanto más se dilatará para mí este corazón adorable y me comunicará sus sentimientos. Según eso, ¡cuánto he de reprocharme si me hallo continuamente frío e insensible, pudiendo, por otra parte, acercarme en todo momento a esta hoguera y establecer junto a ella mi morada, y más aún, estando invitado a acercarme y permanecer en ella para siempre!

Cuando Dios me ordena que le ame, ¿pretende, por ventura, que extraiga este amor de mí mismo? Indudablemente que no, puesto que el amor procede de El y sólo de El. Pero como consecuencia de la entrega que me ha hecho de su Hijo, El ha infundido en mí el hábito de la caridad y me ofrece continuamente las gracias necesarias para que yo lo ponga en práctica.

Por consiguiente, he de humillarme aquí y he de reprocharme, porque, teniendo a mi disposición todo el amor depositado en Cristo, yo no he querido aprovechar una ventaja tan grande. Pero no



me desalentaré por ello. Me presentaré a Jesucristo con humildad y avergonzado, pero con confianza. Le suplicaré que perdone mi negligencia y mi tibieza pasada, y me permita enriquecer mi corazón en el inagotable tesoro de su amor. Puedo estar seguro de que, obrando de esta manera, esto es, rogándole, urgiéndole e importunándole (si es que verdaderamente tal súplica puede serle importuna). El accederá a todos mis ruegos de un modo tal, que excederá a mi propia esperanza.

PUNTO SEGUNDO. — Siéndome propuesto Jesucristo por modelo, estoy indispensablemente obligado a imitarle. ¿Pero en qué he de imitarle sino en su amor? Es por ello que debo comenzar a grabar en mí todos sus rasgos, prometiendo realizarlo durante toda mi vida, a fin de imitarle con más perfección en la dichosa eternidad. Porque toda la imitación de Jesucristo se reduce al amor. El amor ha sido el principio y el fin de todas sus virtudes. Si para lograr imitarle con más éxito, me aplico desde un principio a estudiarle detenidamente, habré logrado, sin duda alguna, un método breve y fácil para conocerle tanto como me sea posible.

He de colocar al amor como base de sus pensamientos, de sus sentimientos, de todos sus actos y he de atribuir al amor cada misterio y cada rasgo de su vida.

He de obrar del mismo modo con respecto a su

imagen, que deseo y debo trazar en mí. Por consiguiente, debo colocar al amor como fundamento del edificio de mi perfección, pero teniendo en cuenta que debo darle a este fundamento toda la profundidad y la solidez que exige. El amor no admite límites, es sólido en sí mismo y a prueba de todo ataque. Es preciso que sea fuerte como la muerte, a quien nadie resiste, y que su celo sea duro y cruel como el infierno; es necesario que las aguas de las tribulaciones no puedan extinguir sus llamas y que el raudal de las tentaciones no sea capaz de sumergirlas <sup>(1)</sup>. Tal es el amor que Jesucristo está dispuesto a depositar en mi corazón, siempre que se lo pida con un verdadero deseo de obtenerlo y de ponerlo en práctica.

Una vez cimentado este fundamento, me será fácil edificar encima el edificio de las virtudes que deberán asentarse en el amor, o ser perfeccionadas por el amor. Este edificio, en efecto, no podrá elevarse bien alto, ni tendrá ninguna solidez y será conmovido y derribado al menor choque, si no descansa firmemente sobre la base de la caridad. ¿Pero, hasta dónde ha de elevarse? Hasta el cielo, responde San Agustín; su techo ha de alcanzarlo <sup>(2)</sup>. Sólo Dios conoce el grado de su alcance, no nos co-

(1) Cant., VIII, 6, 7.

(2) "Quod est fastigium construendae fabricae, quam molimur? Quo perventurum est cacumen aedificii? Cito dico, usque ad conspectum Dei". S. August., De Verb. Evang. Matth. XI, Serm. LXIX, n. 3, Opp., t.V, col. 380. g.

responde a nosotros determinarlo a voluntad, y si así lo hiciéramos, nuestro edificio sería imperfecto.

¿Comprendes bien esto, oh alma mía? ¿Conoces que la perfección que Dios espera de todo cristiano, debe ser un edificio construido sobre el amor, un edificio que encierre todas las virtudes y las eleve hasta lo más alto del cielo? Tal es el objeto de tu trabajo: es preciso que lo realices, o, al menos, que lo desees y que mueras arrepentido sinceramente por no haberlo cumplido, rogando a Dios que, por su misericordia, se digne suplir todo lo que aún resta por realizar. Si tú no vives ni mueres en esta disposición, ciertamente no mereces el título de discípulo de Jesucristo; entre tú y El, existe una disconformidad esencial. Es preciso, por consiguiente, trabajar siempre, aumentar y perfeccionar continuamente; sólo a Dios le corresponde dar término a esta obra, con la muerte.

PUNTO TERCERO. — ¿Pero, tendré el suficiente coraje para emprender una obra tal y la constancia necesaria para llevarla a término? El amor me facilitará lo uno y lo otro. Nada de reflexión ni de razonamiento; es preciso impedir ambas cosas desde el momento en que se ha propuesto amar. Lo que ha costado a Jesucristo elevar su edificio a la altura infinita que su Padre esperaba de El, sobrepasa ampliamente todo cuanto pueda costarme a mí mismo. ¿Ha razonado, acaso? ¿Ha calculado

todo lo que habría de sufrir? ¿Asombróse, por ventura, de la magnitud y crueldad de las penas y del peso inmenso que su Padre le encomendaría? ¿Vaciló o deliberó un solo instante? No: el ardor de su amor todo lo ha devorado y —para aplicarle aquello que la Santa Escritura dice de Jacob respecto de Raquel <sup>(3)</sup>— esta espantosa vida de sufrimientos nada significaba para El, que perseguía en todo el agrado de su Padre. Si de El hubiese dependido el sufrir aún con más fuerzas, no hubiera vacilado en ofrecerse, y puede asegurarse que el amor que le alivió sus otros tormentos, fué para El, el tormento más violento. Pero el tormento causado por el amor posee siempre dulzura, por áspera que sea, forma parte del amor mismo, del cual no podría separarse sin destruirlo completamente.

Además Jesucristo ha sido apacible, contento, dichoso en las penas motivadas por el amor y que jamás quiso cambiar por la celestial beatitud. “En vista del gozo que le estaba preparado (en la gloria) sufrió la Cruz, sin hacer caso de la ignominia” <sup>(4)</sup>.

Este ha sido también, proporcionalmente, el proceder de los santos, y también será el mío si amo sincera y profundamente. El amor me comunicará una fuerza superior ante los trabajos y las penas,

(3) “Proposito sibi gaudio, sustinuit crucem, confusione contempta”. Hebr., XII, 2.

(4) Gen., XXIX, 20.

los obstáculos y las dificultades. Cuanto más frecuente sea su intervención, tanto más se fortalecerá mi coraje y me animará a superarlas. Nada hay más verdadero. Las primeras cruces, que son las más pequeñas, parecen las más duras. Cuando el amor, aun débil en sus comienzos, ha tomado fuerzas a través de sus combates y sus victorias, todas las cruces, aún las más pesadas y duras, se transforman para él en la más suaves y dulces. En lugar de lamentarse y anhelar librarse de ellas, El desea, por el contrario, más y más y nunca logra satisfacer su gran deseo de sufrir. De esta manera el fuego que se enciende lentamente y a duras penas, una vez que toma su incremento, apodérase y consume en un instante todas las materias que más resisten a su actividad.

Por consiguiente, ¿qué importa que aumente el número de las cruces, si el amor que las sostiene aumenta con ellas y aún en mayor proporción que ella? Jesucristo asegura que "su yugo es suave y su carga ligera" <sup>(5)</sup>. Esta palabra se verifica en toda su extensión, con respecto a aquellos que mantienen este yugo y sostienen esta carga, no por temor o interés, sino por amor. ¿No es extraño, pues, que sea tan temido el amar, siendo el amor la disposición más capaz de aligerar y suavizar los trabajos y las penas inseparables de la vida cristiana? Te-

<sup>(5)</sup> "Jugum meum suave est, et onus meum leve". Matth. IX, 30.

nemos la prueba irrefutable de cuanto hemos dicho aquí, en los santos a quienes el amor condujo tras las huellas de Jesucristo. Los primeros pasos dados en este sentido, han sido para ellos los más penosos. A medida que avanzaban, marchaban con alegría, corrían, volaban; el mismo amor los transportaba hasta la meta con la rapidez de un dardo. "Corrí gozoso por el camino de tus mandamientos, cuando tú ensanchaste mi corazón", dice David <sup>(6)</sup>. Mientras tanto sus pruebas aumentan con sus progresos. Sólo la experiencia puede persuadirme de esto. ¿Por qué no he de realizarlo?

<sup>(6)</sup> "Viam mandatorum tuorum cucurri, quam dilatasti cor meum".

## CONSIDERACION

### Sobre el uso de la comunión frecuente

El santo y frecuente uso de la comunión, es un medio muy eficaz para acrecentar en nosotros el amor de Dios; ésta es una verdad que nadie puede negar. Si toda gracia tiende por sí mismo a disponernos para el amor, o para mantenerlo o acrecentarlo, con más razón el autor mismo de la gracia, que se da a nosotros a través de la Eucaristía, acrecentará en nosotros la caridad, puesto que para recibirla dignamente es preciso que tengamos desde ya el hábito. La Eucaristía es, por excelencia, el sacramento del amor; es el más admirable producto del amor. Jesucristo, a través de ella, se une e incorpora a nosotros; penetra en nosotros a fin de que nosotros podamos penetrar en El. ¿Y qué es lo que recibimos en la Sagrada Eucaristía? El amor desde su misma fuente, el amor en toda su plenitud, el amor ardiente, deseoso de comunicárenos y de abrazar nuestros corazones, según la disposición que encuentre en ellos. Dice el Salvador: "Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí

mora, y yo en él" (7). Quiere decir, en otros términos, que El mora en el amor, y que el amor mora en El. Pero observad sobre todo que, según el pensamiento de Jesucristo, no se trata aquí de un sentimiento pasajero, sino de un estado fijo y permanente por sí mismo, expresado por la palabra "morar". Porque Jesucristo, una vez establecido en un corazón, fija en él su morada, siempre que este corazón, por su parte, se disponga a morar para siempre en El.

¿Queréis que la comunión produzca en vosotros el admirable y gran efecto para el cual ha sido instituida? Además de las otras preparaciones requeridas, de las cuales aquí no hablo, en la recepción del cuerpo de Jesucristo, no debéis ver otra cosa que el amor; buscad sólo el amor en él y allí lo hallaréis. Sea el amor vuestro atavío nupcial; entrad con él al gran festín; que él os acompañe a la sagrada mesa y que no os abandone cuando salgáis.

Vosotros recurrís a innumerables métodos para comulgar con fruto. Tan sólo uno hallaréis que, en su simplicidad, a todos los encierra y los supera por su misma excelencia; ninguno de los otros podrá reemplazarlo sino muy imperfectamente. Reconoced, con verdad y humildad, vuestra incapacidad en pagar una acción tan santa, a pesar de

(7) "Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo". Joann. VI, 57.

todos vuestros esfuerzos. Luego, rogad a Dios que os disponga a ella, recomendads a El y libradle vuestro corazón. Ocupaos, sencilla, suave y apaciblemente del amor inefable, cuya prenda os da Jesucristo en su propia carne, y del amor que El espera obtener de vosotros como retribución. Decidle que queréis amarle y que deszáis recibirle con la sola intención de amarle cada vez más. Vosotros buscáis el amor en los libros; pero éste no se oculta en ellos. Lo hallaréis en vuestro corazón, que no tiene necesidad alguna de pedir prestadas fórmulas para expresarlo.

Es necesario ser muy perfecto, diréis vosotros, para llevar a cabo este método. De ninguna manera; es suficiente que dessemos serlo sinceramente, y que trabajemos en lograrlo, de acuerdo a la medida de la gracia presente. Si vosotros podéis contar con esta buena voluntad, aunque débil aún, y con vuestra fidelidad en secundar la gracia, aunque halléis en vosotros muchas negligencias que reprocharos, yo os aseguro que nada podréis hacer mejor, que presentaros a la mesa de Jesucristo, como un hijo a la mesa de su padre, como un hermano, como un amigo a la de su hermano y de su amigo, como una esposa, en fin, que todo lo comparte con su esposo. ¿Jesucristo no posee acaso, todos estos títulos con respecto al alma fiel? ¿En qué ocasión se le autoriza a usar de los derechos que éstos mismos títulos le otorgan, si no es en el momento en

que ella se convierte en una misma cosa con El, mediante la suncción de su carne adorable?

Pero cuidaos, en primer lugar, de no buscar en la comunión únicamente la dulzura de los sentimientos del amor. Debéis anhelar la fuerza del amor, su generosidad, su desinterés y no dar pábulo a la sensualidad del amor propio, en un momento en que Jesucristo se propone asestarle golpes mortales. Considerad qué extraño abuso haríamos de este manjar divino, si alimentáramos el amor propio con el gusto sensible de que Dios se complace, a veces, en acompañarle.

Además, no creáis que el ejercicio del amor deba limitarse solamente a los momentos de la comunión. Por el contrario, es preciso que al retiraros de ese sagrado banquete, retornéis a vuestras casas impregnados de un amor más amplio y más profundo: por consiguiente, con la firme determinación de estar más recogidos, más unidos a Dios, más atentos y más fieles a la gracia, más vigilantes sobre vosotros mismos, más dispuestos a mortificaros, más caritativos con vuestro prójimo, más dulces y pacientes en soportar los defectos, más solícitos en cumplir los deberes de vuestro estado, más generosos en entregaros a Dios, más fuertes en soportar todo género de cruces que sobrevendrán cada día. Pues todo ello no es otra cosa que el amor puesto en práctica. Es para cumplir más acabadamente con esas diversas obligaciones de la vida — que debiera ser una vida de amor — que acudís,



con mayor o menor frecuencia, a la Eucaristía como a la fuente del amor, alimentándolo en vosotros, fortaleciéndolo y acrecentándolo, por así decirlo, con el uso de este celestial alimento.

Comulgando de este modo y extrayendo de la comunión los frutos que acabo de mencionar, los santos han logrado alcanzar la perfección del amor. Vosotros también podréis lograrlo, siguiendo en todos sus puntos el método que os propuse. Pero, a fin de practicarlo con éxito, es preciso, ante todo, que os entreguéis a Jesucristo, del mismo modo que El se ha entregado a vosotros totalmente y sin reservas; es preciso que estéis resueltos a no rehusarle nada y que os abstengáis de cometer voluntariamente la más leve ofensa. De lo contrario, ello significará para vosotros un estado puramente ilusorio, que vuestro corazón se encargará de desmentir en el momento en que pretendáis uniros a Jesucristo por amor, sin tener otro motivo ni otro fin al recibirle.

Digamos algunas palabras sobre la asistencia a la Santa Misa y las visitas al Santísimo Sacramento. ¿Qué es la Santa Misa? Es la memoria, la renovación, la continuación del sacrificio cruento del Calvario, de ese grande y sublime sacrificio del amor, mediante el cual Jesucristo ofrecióse por nosotros a su Padre en calidad de sacerdote y fué consumado como víctima. Lo mismo ocurre sobre nuestros altares, pero de un modo incruento. Jesucristo allí es realmente el sacerdote y la víctima;

en él, ofrécese a su Padre en su nombre y en el nuestro con igual amor. ¿Que mejor modo de escuchar la Santa Misa que el de ocuparse en ella de este amor incomprensible, más por sentimiento que por reflexión, abandonándose a la gracia y ofreciéndose con Jesucristo y por Jesucristo a Dios en holocausto, para ser así consumido por el fuego de su amor? Al presentarle de esta manera nuestro corazón con rectitud y simplicidad, experimentaremos más de una vez, que una llama divina, desprendida del santo altar, abrasará nuestro corazón de un modo sensible. Además, ¿qué visitas pueden ser más agradables a Jesucristo, oculto en nuestros santos tabernáculos, que aquellas realizadas por amor, con deseos de conversar familiarmente con El y de estrechar los lazos de amistad que nos unen a El? La vida mística de Jesucristo es una entera vida de amor. En ese estado sacramental, donde su presencia tan sólo nos es conocida por la fe, ¿cuál es su obra? El adora, ama, se sacrifica por la gloria de su Padre y luego se ocupa de nuestros intereses. Reconozcamos, por consiguiente, este exceso de amor; contemplémosle en un gran silencio de admiración, y roguémosle que nos mantenga anonadados en su presencia, del mismo modo que El se anonada ante la presencia de su Padre. Nuestras visitas a Jesucristo suelen ser interesadas; nos entretenemos en ellas exponiéndole sólo nuestras necesidades. Lejos estoy de desaprobárlas. Mas, ¿cuál es nuestra más grande necesidad, sino la de amar a

Dios y amarle siempre más y más? Sin descuidar las demás, conozcamos y consideremos ésta tan vivamente como se merece, y Jesucristo acogerá y satisfará con mayor agrado todos nuestros deseos.

## SEXTO DIA

### SOBRE LAS CUALIDADES, LOS EFECTOS Y LAS SEÑALES DEL AMOR DIVINO

#### PRIMERA MEDITACION

PUNTO PRIMERO. — El amor de Dios posee tres cualidades principales: la amplitud, la fuerza, el desinterés. En lo que a la amplitud se refiere, por la naturaleza del corazón humano, cuyos deseos elévanse continuamente hacia el infinito, el amor no conoce límites, lo mismo que las demás pasiones que de él proceden. Si tiene límites, ellos no emanan del corazón, sino de la razón, de la fe, o del predominio de un objeto sobre otro, según nuestra manera de juzgar o de sentir. Pero ni la razón, ni la fe, ni el predominio de un objeto sobre otro sabrían poner límites legítimos a nuestro amor a Dios; por el contrario, tanto la razón como la fe convienen en apartar toda limitación. En cuanto a los demás objetos, no teniendo ningún valor en sí mismos, desprovistos, en el fondo, de

toda amabilidad, y siendo amados tan sólo por relación a Dios, ellos en ningún sentido pueden autorizarnos a limitar el amor que le es debido. De esta manera, en lo que a Dios respecta, el amor, que de por sí tiende a igualar la amabilidad de su objeto, puede y debe crecer infinitamente: de tal manera que su medida, tal cual le hemos oído decir a San Bernardo, debe ser ilimitada <sup>(1)</sup>; y si algún límite existe en él, éste débese tan sólo a la capacidad finita de la criatura. Esta clase de infinidad, aseméjase a la infinidad del número y de la extensión, los cuales, permaneciendo continuamente finitos en sí mismos, son susceptibles de un aumento infinito.

De parte del ser que ama, el amor divino no aspira sino a acrecentarse cada vez más; jamás se fija o propone un término. Un corazón verdaderamente impregnado de este santo amor no podría decir: "me conformo en amar hasta un determinado punto, no quiero que mi amor exceda sus límites. El amor todo lo da a Dios, nada se reserva. El desconoce la contemplación y la prudencia humana: no razona, no prevé, ni teme las consecuencias. Así nos lo describe San Bernardo cuando dice: "que arrastrado por su impetuosidad, (el amor) no se modera por el consejo, no le detiene

(1) "Modus (diligendi Deum), sine modo diligere", Bern. De Dilig. Deo, cap. I, n. 1 Opp., t. III, col. 583, c. 590, f.

el pudor, ni se somete a la razón" <sup>(2)</sup>. Guiada por un instinto superior, que parece ciego y que es en efecto muy esclarecido, el alma que ama le sigue fielmente, sin examinar demasiado el objetivo hacia el que El lo empuja. La más alta sabiduría del amor divino está en alcanzar una santa locura.

¿Por ventura Jesucristo no ha amado a su Padre hasta la "locura de la Cruz", como se expresa el Apóstol? <sup>(3)</sup>. Un Dios que se hace hombre, que se somete a todas las debilidades de esa época, que obedece a sus criaturas, que gana su vida mediante el trabajo y no por limosna, que se deja menospreciar, calumniar, perseguir, ultrajar, y oprimir por los tormentos y oprobios, que muere finalmente en un infame suplicio, a fin de testimoniar a su Padre y a los hombres hasta qué punto los ama, todo ello, ¿qué es lo que significa en el sentido humano sino un inconfundible exceso de locura que sublevó el orgullo del judío, a los presuntos sabios de la gentilidad, y que subleva aún en nuestros días el espíritu de los soberbios? Pero en el sentido divino, ello constituye la más alta sabiduría: un Hombre-Dios no podía amar menos.

Cuando un hombre apasionado sacrifica sin vacilar su reposo, sus bienes, su santidad, su reputa-

(2) "Praeceptis amor nec iudicium praestolatur, nec consilio temperatur; nec pudore fraenatur, nec rationi subijcitur" Bern., In Cant. Sermon IX, n. 2. Opp., t. IV, col. 1288, d.

(3) I. Cor., I, 23.

ción, su misma vida en favor del objeto de su amor, suele decirse que este hombre está loco, y es cierto, puesto que el objeto de ninguna manera merece tales sacrificios. Pero cuando el hombre renuncia por Dios al mundo, a sus riquezas, a sus honores, a sus placeres, mortifica su carne con todo género de austeridades, hace a Dios —si El lo quiere— el sacrificio de su santidad, de su reputación de su vida y más aún llega a exclamar como San Francisco de Sales: "Si yo he de estar privado de vuestro amor durante toda la eternidad, que os ame al menos en todos los instantes de mi vida", esto ya no es una locura, sino una sabiduría sobrenatural, más o menos aproximada a la de Jesucristo. ¿Por qué? Porque Dios merece todos estos sacrificios, porque le son debidos cuando el amor los pide, porque es imposible toda pérdida al entregarse totalmente a Dios.

PUNTO SEGUNDO. — La segunda cualidad del amor divino es la fuerza. ¿Qué fuerza? Una fuerza a la cual nada puede resistir, que arroja bajo sus pies al mundo con sus atractivos y sus terrores y al demonio con sus sugerencias, que triunfa de la molición de la carne y de la corrupción de la naturaleza, una fuerza que doma las más violentas pasiones, que supera los hábitos más arraigados, que somete y humilla al propio espíritu, que debilita y reduce a la nada el imperio del amor propio, una fuerza que lucha, en cierto modo, contra el mismo Dios,

como Jacob (<sup>4</sup>), y contra las pruebas a través de las cuales Dios ejercita al alma.

Contemplad en los mártires la fuerza invencible del amor. No podríamos sostener la mirada, y apenas mantenemos la lectura de los suplicios que ellos han sufrido con paciencia y alegría. Contempladlo en los anacoretas, los religiosos de uno y otro sexo, que han abrazado y recorrido hasta la extrema vez una vida de austeridad. Contempladlo en aquellos ilustres penitentes, cuyas mortificaciones espantan a la imaginación y pasan por encima de la debilidad humana. Contempladlo en aquellos apóstoles y en aquellos misioneros, quienes, ardiendo por el ansia de anunciar a Jesucristo a las naciones idólatras, bárbaras y salvajes, lograron superar todos los obstáculos, todas las fatigas, todos los peligros y, finalmente, como premio de sus inmensos trabajos, sólo anhelaron derramar su sangre por el nombre de su maestro. Contempladlo, en fin, en las almas interiores que el amor ha conducido a través de los más rudos senderos de la cruz, y que han sido sus víctimas voluntarias, sufriendo penas extremas que sólo Dios conoce y que el espíritu humano jamás será capaz de apreciar.

El amor, realmente no es tal si no es fuerte y valiente. Si El se desconcierta, si se desanima, si retrocede ante la perspectiva de lo que necesariamente ha de hacer o sufrir, demuestra claramente su debi-

(<sup>4</sup>) Gen., XXXII, 24-28.

lidad. Yo sé que la fuerza no la adquiere sino por grados, y faltárase a la verdad si se dijera que un alma no ama, o ama muy poco, por la sola razón de que aún no es capaz de ciertos esfuerzos de coraje y de paciencia. Un niño, de acuerdo a su edad, puede ser muy fuerte, aunque sea débil en comparación con un hombre maduro. Pero como Dios, que es infinitamente sabio, proporciona a nuestras actuales fuerzas aquello que El exige de nosotros, nuestro amor es ciertamente débil cuando cede en las luchas cotidianas y deja de secundar las inspiraciones del Espíritu Santo; es débil si no es fiel en las pequeñas cosas que se presentan a cada instante; es débil si carece de la debida consistencia y si pasa continuamente del fervor al relajamiento; es débil si sucumbe ante la menor dificultad y le es imposible franquear el más ligero obstáculo; es débil en fin, y muy débil, si Dios le solicita alguna cosa que él está determinado a no otorgársela.

PUNTO TERCERO. — El desinterés es la tercera cualidad del amor divino. Es lo que San Bernardo llama amor casto, cuando dice: "que amar con un amor casto, es pretender a aquel que se ama y no cualquier otra cosa que proceda de él" <sup>(5)</sup>; como ser los bienes temporales o también las dulzuras y los consuelos espirituales. Este desinterés, por consi-

(5) "Amat profecto caste, quae ipsum quem amat, quaerit; non aliud quicquam ipsius". Bern., In Cant. Serm. VII, n. 3. Opp., t. IV. col. 1283, a.

guiente, no llega ni puede llegar al extremo de que el alma se muestre indiferente acerca de la posesión eterna de Dios, cuyo deseo le es ordenado por El y a la cual debe tender como a su último fin. Cuando se excluye el interés del amor, no se le considera como el interés esencial al que no nos es lícito renunciar, sino como a cualquier otro interés acesorio al cual no está ligada ni nuestra felicidad presente ni nuestra felicidad futura.

Así como la fe nos enseña que la gloria de Dios es su fin primero, y debe también ser el nuestro, el amor enseña a las almas dóciles a sus lecciones, a poner la voluntad de Dios por encima de su propia felicidad, de tal manera que, en el momento preciso, ellas no vacilarían en preferir el interés de Dios al propio, si es que estos dos intereses pueden oponerse. Pero el preferir el interés de Dios no significa la exclusión del propio, sino solamente su subordinación. Unicamente en el caso de las grandes pruebas el amor nos mueve a sacrificarlo, no en absoluto, sino condicionalmente y de acuerdo al beneplácito de Dios.

Tal es el desinterés, tal es la santa indiferencia que el amor enseña a practicar. "El beneplácito de Dios, dice San Francisco de Sales, es el soberano objeto del alma indiferente, de tal manera que ella amaría más el infierno con la voluntad de Dios que el cielo sin su voluntad soberana; más aún, ella preferiría el infierno al cielo, si supiese que en aquél se encuentra en mayor grado el beneplácito divino



que en éste" (6). Se comprende, como lo declara este santo en el mismo pasaje, que tales suposiciones pertenecen a una "hipótesis imposible". Pero estas suposiciones son necesarias para explicar la disposición en que un alma se coloca por amor; y en las pruebas, el alma, fuertemente preocupada, no piensa en esta imposibilidad, por más real que ella sea en sí. Si ella lo considera de esta manera, su sacrificio ya no sería una cosa tan difícil, aun en el caso de que efectivamente lo fuere: en ello no hubiera tenido mayor mérito que Abraham, si hubiese sabido de antemano que Dios iba a detener su brazo en el momento mismo en que él lo levantara para inmolar a su hijo (7).

Por lo demás, es evidente que este perfecto y absoluto desinterés, no es el que Dios nos pide ordinariamente. No depende de nosotros el ponernos en las grandes pruebas, como asimismo no dependía de Abraham ponerse en la circunstancia en que se encontraba con respecto a su hijo. Conformémonos, por consiguiente, con las miras que la gracia se dignará otorgarnos, en purificar nuestro amor a Dios de toda pretensión, del interés del amor propio. Si no ponemos cuidado en ello, el amor propio desviará nuestras miradas del bienhechor, del Consolador, del Remunerador, y las fijará sobre los

(6) "San Francisco de Sales, "Trat. del amor de Dios", lib. IX, cap. IV.

(7) Gen., XXII, 1-14.

beneficios, los consuelos y la recompensa. El nos mueve a apegarnos a ellos de una manera desmesurada, a buscarlos y gozar de ellos con espíritu de apropiación, puesto que allí hallamos nuestro bienestar. Hay que convenir que esos afectos del amor propio no serán impuros mientras no destruyan la esencia de la caridad, que tiende y termina en Dios como su único fin.

Con la gracia común, nosotros podemos merecer que Dios eleve nuestro amor al grado de pureza suficiente para alcanzar el cielo después de nuestra muerte. Nuestra misma incertidumbre, con respecto a nuestro eterno destino, constituye una razón para que no abandonemos, en este punto, la voluntad de Dios, y consintamos, por amor, a todo cuanto a El le plazca ordenarnos, conservando siempre la esperanza y el deseo de la salvación y trabajando con todas nuestras fuerzas para lograrlo.

Yo lo he dicho ya, y jamás lo repetiré demasiado: para que un alma entre, en el instante de la muerte, en posesión de la dicha celestial, es absolutamente necesario que su amor a Dios esté completamente exento de todo amor propio: y aun cuando no fuere culpable de ninguna falta venial, cuya deuda llevaría consigo, sólo sería suficiente que el amor propio no esté desarraigado de su corazón para que sea condenada a pasar por el purgatorio. Pues, el amor propio no tiene cabida en el cielo; en él queda desterrado toda pretensión y todo espíritu de propiedad, sólo es sensible en él, el interés

de Dios, su gloria y su beneplácito. Si en El se piensa en sí mismo, tan sólo es por relación a Dios, que es "todo en todas las cosas" <sup>(8)</sup>. Esto exige de nosotros una seria reflexión.

## SEGUNDA MEDITACION

### Sobre los efectos del amor de Dios

PUNTO PRIMERO. — Tres cosas dependen de mí, de las que puedo disponer rectamente con el auxilio de la gracia: mis pensamientos y mis intenciones, mis deseos y mis afectos, mis proyectos y mis actos. He aquí el efecto que el amor de Dios producirá con respecto a estas tres cosas: no me eleva repentinamente a la perfección, sino que me encamina a ella poco a poco y con tanta mayor rapidez, cuanto más grande sea este amor y más fiel mi correspondencia.

Si yo amo sinceramente a Dios, los pensamientos y las intenciones de mi espíritu tendrán principalmente por objeto a Dios y todo cuanto a El concierne. Me ocuparé gustosamente de El, hablaré o escucharé hablar de El con gran contento y con todo el interés que El se merece. Conservaré cuidadosamente en mí su santa presencia, considerándola como la fuente de todos los bienes espirituales. Evitaré todo pensamiento inútil, teniendo por tales aquellos que me disipan y me apartan de Dios.

<sup>(8)</sup> "Omnia in omnibus", Cor., XV, 28.

Si amo sinceramente a Dios, consagraré a El mis afectos y mis pensamientos. No sufriré nada que pueda dividir mi corazón. No me ligaré a nada que sea contrario al beneplácito de Dios, que debilite o que mantenga ocioso en mí el hábito de la caridad, que no contribuya a afirmarlo o acrecentarlo. Observad estos tres grados. El primero me inspira la aversión hacia el apego malo o peligroso, el segundo me aparta de todo apego frívolo e inútil, el tercero me eleva hasta convertir en algo sobrenatural y santificar por el amor, toda inclinación legítima o permitida.

Si amo sinceramente a Dios, no haré ningún proyecto que no tienda directa o indirectamente a su gloria. Me abstendré de toda acción que pueda disgustarle, más aún, procuraré no realizar nada que no sea de su agrado. ¿cómo puede estar en mí el amor de Dios en el grado de perfección que debo procurar alcanzar, si El no se convierte en mi dueño absoluto, si en mí no lo regula y gobierna todo, si no procede todo de El como de su principio y no termina en El como en su fin?

Para amar sinceramente a Dios, no pretendo que se ha de poseer el hábito de la caridad, disposición próxima para amar que sólo Dios nos otorga. El niño la obtiene mediante el Bautismo, pero con todo, no ama. Yo entiendo el ejercicio de este hábito, cuya obligación es más o menos frecuente para el cristiano, que sólo la obtiene mediante su uso. Si vosotros no lo ejercitáis tampoco amaréis;

si lo ejercitáis poco, también amaréis poco; cuando comencéis a ejercitarlo continuamente, deseando, al mismo tiempo, progresar en este ejercicio, entonces muy grande será vuestro amor; y si continuáis de esta manera, lograréis amar cada día más y más.

PUNTO SEGUNDO. — Yo dependo de Dios en tres cosas, en las cuales he de probarle mi amor. En primer lugar, en todo cuanto pertenece al orden natural de la providencia. Si mi amor a Dios es sincero, aprobaré todos sus deseos, y sus disposiciones con respecto a mí y a todo aquello que me concierne; consentiré en ello y me someteré de buen grado, me cuidaré bien de no murmurar, de lamentarme, de realizar algún esfuerzo para evitarlo. Este es un grande y continuo ejercicio de amor, sobre todo para los cristianos que viven en el mundo. ¿De dónde provienen tantas luchas interiores, tantos lamentos de parte de los ricos como de los pobres, de los grandes como de los pequeños, de los sanos como de los enfermos, tantos obstáculos, tantas desgracias y reveses a los cuales cada condición está sujeta? ¿De dónde procede esta contradicción, que aparece casi siempre entre aquello que desea y aquello que realmente experimentan, y ese descontento casi general de su situación presente? Si se remontasen a la fuente, comprenderían que ello es motivado por la falta de amor. Comprenderán que, amando a Dios, ellos lo alabarán, lo bendecirán, le darán gracias, como Jacob, tanto en la

adversidad como en la prosperidad <sup>(1)</sup>; recibirán igualmente de su mano los bienes y los males, y su voluntad, siempre sometida de antemano a la voluntad divina, no se verá más expuesta a ser contrariada. A lo sumo se verá sorprendida y un poco alterada en los acontecimientos molestos e inesperados, mas sabrá reponerse prontamente. ¿Ha producido el amor este efecto en mí? ¿Me ha procurado una santa indiferencia ante los diversos sucesos temporales? Consideremos nuestro estado al respecto.

En segundo lugar, yo dependo de Dios en todo lo que se refiere a su providencia sobrenatural, como ser los medios externos de santificación y salvación, los cuales, según los lugares y los tiempos, son más abundantes o más escasos, más o menos a mi alcance, y me han sido ora acordados, ora rehusados, siguiendo las disposiciones que dependen únicamente de Dios y en las que mi participación es nula; las gracias interiores —cuya dispensación es para mí un secreto que el Espíritu Santo distribuye del modo y en la medida que le agrada; las distintas tentaciones, más o menos prolongadas y violentas que me asaltan cuando Dios lo permite, y de que solamente El puede preservarme o librarme; las cruces espirituales de las que está completamente sembrada la vida cristiana, que no provienen de mi elección y que tienen por objeto el ani-

(1) Job, I, 21.

quilamiento de mí mismo; los consuelos celestiales que no vienen cuando yo los espero y cuando creo tener la más grande necesidad, y que se retiran rápidamente cuando aun desearía retenerlos; en fin, los diversos estados y las vicisitudes que forman el tejido de la vida interior.

Es aquí principalmente donde el amor de Dios produce los más maravillosos efectos. En lo que a mi santificación respecta, él me enseña a contemplar por encima de todo, la gloria de Dios, que es el fin principal que se ha propuesto; me enseña a que considere que, siendo infinitamente sabio, El elige los medios que más me convienen y los más apropiados a mis presentes necesidades; que deseando mi salvación más ardientemente y más eficazmente que mi propio deseo, El lo logrará infaliblemente, si yo me apoyo en El en todo lo que de El depende, y si me limito a cooperar fielmente en sus designios: me hace comprender que, siendo infinitamente justo y bueno, El puede y desea suplir por sí mismo los medios de los que juzga necesario privarme, y que ciertamente suplirá, si yo confío en El y si le permito obrar libremente, sin interrumpir su plan con mi natural actividad. En una palabra, lo que el amor tiene de ventajoso para mí, es que, al mismo tiempo que me santifica, me hace dichoso, al mantenerme tranquilo, firme e invariable bajo el cuidado de Dios.

PUNTO TERCERO. — Mi perseverancia final y el estado en el que me sorprenderá la muerte, de-

penden absoluta y únicamente de la providencia sobrenatural. En ello está mi mayor interés, y sólo el amor puede proporcionarme el perfecto reposo sobre este objeto decisivo. Desde luego él me tranquiliza de la incertidumbre de mi actual situación; esto es: saber si estoy o no en gracia de Dios. El me proporciona la dulce satisfacción de exclamar con San Agustín: "Mi conciencia, oh Dios mío, me responde, sin duda alguna que os amo" <sup>(2)</sup>. Si estoy moralmente seguro de amar a Dios, ¿por qué no he de responderme, respecto de su amistad, con la misma seguridad? Porque la duda no tendría lugar, sino con respecto a mi disposición; yo no lo amaría si no fuese amado, y como dice el mismo santo: "Aquel a quien Dios ama, ama a Dios" <sup>(3)</sup>.

Cuando Dios retira por algún tiempo esta seguridad moral, ya que ella podría degenerar en presunción y motivar así mi negligencia, y también para que yo le sirva con mayor pureza y desinterés; el amor no sufre en mí ninguna turbación o inquietud por el porvenir; El me impide toda vanidad y peligrosa curiosidad acerca de los profundos secretos de Dios; me pide una humilde y firme confianza; condena y rechaza decididamente la peligrosa reaparición del amor propio en mi presente estado y en mi suerte futura; me aparta de

<sup>(2)</sup> "Non dubia sed certa conscientia, Domine, amo te". Agust., Confessiones., lib. X, cap. VI, n. 8.

<sup>(3)</sup> "Ille placet Deo, cui placet Deus" Agust., In Psalm. XXII. Enarrat. I, nl. Opp., t. IV, col. 188, b.

mí mismo y me defiende severamente de todo cuanto no me sea inspirado por la gracia; me conduce hacia un generoso abandono, estableciéndome en la persuasión íntima y bien fundada de que, sea cual fuere mi suerte en la otra vida, es imposible que sea desdichado, pues siempre conservaré el amor. Ahora bien, nada ni nadie puede arrebatarme ese precioso tesoro, mientras yo no consienta en ello con entera libertad. Las tentaciones y las pruebas, una vez que las hayamos superado con toda felicidad constituirán para nosotros una garantía casi segura de que jamás nos sobrevendrá esa desdicha.

Por consiguiente, nada impide entonces que exclamemos con San Pablo: "Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni todo lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni ninguna otra criatura, podrá separarme del amor de Dios que se funda en Jesucristo Nuestro Señor" <sup>(4)</sup>. Tal es el lenguaje que emplean, al menos con sus íntimos confidentes y sobre todo en el lecho de la muerte, las almas a quienes el amor ha purificado a través de un prolongado martirio. ¡Cuándo lograré alcanzar el grado de amor suficiente que me permita hablar de esa manera, con tanta verdad y confianza!

<sup>(4)</sup> Certus sum... quia neque mors, neque vita, neque angeli... neque instantia, neque futura... neque creatura alia poterit nos separare a charitate Dei". Rom., VIII, 38-39.



### TERCERA MEDITACION

#### De las señales del amor divino

PUNTO PRIMERO. — Lo que acabamos de considerar acerca de los efectos del amor divino, constituye otras tantas señales que podremos reconocer en nosotros mismos, no para glorificarnos, sino para rendir gracias a Dios.

He aquí las principales:

El amor que se limita a los actos externos de la religión y no produce ningún sentimiento en el corazón, no merece llamarse amor. Si no obstante tal disposición, consérvese, con todo, el hábito de la caridad, éste sólo es un hábito que subsiste sin ejercicio alguno, siempre dispuesto a desaparecer. ¡Cuán numerosos son los cristianos que, sea que lean, sea que reciten de memoria algunas oraciones vocales, sólo rezan con los labios, sin atención, con frialdad e insensibilidad, que asisten a Misa, que se acercan al sagrado tribunal de la penitencia y a la sagrada mesa desprovistos de toda devoción, que, por lo demás, no piensan casi nunca ni en Dios ni en Jesucristo! ¿Pueden ellos gloriarse de satisfacer el precepto del amor de Dios? Además, ¿cómo es

posible que no se inquieten sus espíritus acerca de un punto tan importante, teniendo tantos motivos para dudar? Antes de perder el temor al pecado mortal, ellos siempre están tranquilos, teniendo no obstante, muy poca razón para estarlo; y a veces lo han perdido, en efecto, sin que, por su parte, hicieran alguna reflexión en ello.

Si otras veces he vivido en este estado ¡cuánto he de agradecerle a Dios por haberme librado de él! y, ¡cuántas precauciones he de tomar para evitar que vuelva a ese estado tan triste y tan peligroso! Ese infortunio llega insensiblemente a las almas, aún las más piadosas, sobre todo en la juventud, si ellas se descuidan y no ponen cuidado en mantener y reanimar su fervor. El peso de la naturaleza nos arrastra hacia la tibieza y el relajamiento: es preciso luchar continuamente contra ella, pues si cedemos una vez, corremos el riesgo de ser arrastrados. Por otra parte, el fuego del amor, falto de alimento, va disminuyendo hasta apagarse completamente. Preservadme. ¡oh Dios mío! de todo aquello que han experimentado tantísimas almas que habían logrado, en vuestro santo servicio, un progreso mucho mayor que el mío. Haced que esté atento al menor indicio de relajamiento: todo debe alarmarme, tratándose de una materia de tan peligrosas consecuencias.

PUNTO SEGUNDO. — El amor que se limita a los sentimientos y a las protestas y no se manifiesta con los hechos, es puramente ilusorio. Tal

es la devoción que sólo se alimenta de la sensibilidad, que realiza esfuerzos para lograrla, y la solicita continuamente a Dios; que se complace en ella; por amor propio cuando la posee, y se lamenta cuando se ve privada de ella; que abandona por despecho todas sus prácticas, desde el momento que se prolonga esa privación. Almas sensuales, vosotros saboreáis con placer el sentimiento del amor, puesto que él es dulce; jamás lleváis a la práctica sus obligaciones, puesto que éstas son muy penosas; teméis las pruebas porque sabéis que están impregnadas de amargura. Cuando se pretende continuamente recibirlo todo de El, sin querer darle nada, ni sufrir nada por El, ¿cómo es posible llamar a esto: amor a Dios? Juzgadlo vosotros mismos: ¿qué pensaríais de aquel que os amara de esta manera?

Tengamos también en cuenta la participación del demonio, quien suele confundirse continuamente en esta especie de falsa devoción. El imita o desfigura las operaciones de la gracia, inspira los movimientos de ternura, los impulsos afectuosos que proceden más de una imaginación exaltada que de un corazón sinceramente enamorado; él prodiga a estas almas ávidas e interesadas los más engañosos deleites, conservando su sensualidad y la secreta estima de sí mismas. Ellas además, están sujetas a engañarse a sí mismas, al estimar como efectos sobrenaturales, aquello que tan sólo proviene de esfuerzos indiscretos, de una disposición afectuosa

forzada, por así decirlo, a fin de recabar alguna lágrima o algún sentimiento tierno.

El amor sensible es bueno en sí; Dios lo comunica y se sirve de él, con objeto de atraernos hacia El y apartarnos, al mismo tiempo, de las cosas creadas; para mantenernos en los principios de la vida espiritual, en la que somos tan débiles, para ayudarnos a desarraigar nuestros malos hábitos y a contraer los buenos. Pero como Dios jamás otorga, aquí en la tierra, esta clase de dulzuras con el único deseo de gozarlas, es preciso no apegarse a ellas y mucho menos excederse en ello; más aún, es preciso evitar hacer de ellas, la regla y la medida de nuestro amor para con Dios, como si ese amor no fuese real, sino en la medida en que obra sobre la parte sensible del alma, lo cual es absolutamente falso. Por otra parte, el sentimiento no depende de nosotros sino de Dios que lo da y lo retira según su agrado y sólo puede sernos nocivo, cuando no lo recibamos con el suficiente desinterés.

PUNTO TERCERO. — El verdadero amor es aquel que se da a Dios generosamente, con alegría, sin pena alguna, cueste lo que costare a la naturaleza; que aspira a entregarle continuamente más y más, que estima como poca cosa todo lo que ha dado, comparado con aquello que Dios verdaderamente merece. El verdadero amor es capaz de los más grandes esfuerzos para despojarse de aquello que le es más querido; sólo le basta que Dios haya atestiguado su deseo; y no descansará hasta haberlo

satisfecho. Si llega, algunas veces, a vacilar un poco, a no otorgar sino una parte de aquello que le es solicitado, él se reprocha por esta falta de generosidad y no logra calmarse hasta no haberlo dado todo perfecta y agradablemente todo. Entonces se aplaude y se felicita por la gran victoria que obtuvo. El que ama verdaderamente a Dios, sufre gustosamente por Dios, ya sea por parte de los hombres o de los demonios, por parte del mismo Dios, a ejemplo de Jesucristo. Sufre en sus bienes, en su honor, en su cuerpo y en su alma. Se deja despojar de todo, por amor, hasta tal punto que, reducido en la cruz hasta la extrema desnudez, pueda exclamar con San Francisco: "Vos sois mi Dios, y en Vos descansan todos mis deseos".

El amor es un fuego que devora, que destruye y consume todo lo que pertenece a la naturaleza corrompida y al espíritu de propiedad; los continuos sacrificios son su alimento; sólo desea a las víctimas voluntarias, y no sufre que se substraiga algo al holocausto. El amor es dulce en su nacimiento, fuerte y vehemente en su progreso, violento y tiránico, por así decirlo, en su consumación. Comienza por insinuarse en la voluntad solicitándola y granjeándosela mediante sus atractivos. Luego le exige con imperio todo lo que ella pueda darle. Finalmente le arranca, en cierto modo de viva fuerza, aquello que no sabría cederle sino dejándoselo tomar con un consentimiento total, pero tan delicado y tan profundo que apenas lo vislumbra, y que,

por el contrario, le parece que acontece a pesar suyo, por causa de la extrema repugnancia de la naturaleza en sacrificar la fibra más profunda del amor propio.

No se trata aquí de examinar si poseo esta señal del amor divino en toda su perfección, sino solamente si poseo los primeros rasgos y si he comenzado a sacrificar alguna parte de ese miserable "YO" humano, que Dios quiere que se le inmole, y cuyo total aniquilamiento persiste sin misericordia alguna.

No he de proyectar la realización de grandes sacrificios, adelantándome al deseo de Dios, pero es preciso que, mediante su gracia, tome la resolución de no rehusarle ninguno.

## CONSIDERACION

### Sobre la pureza de intención

Nadie ignora que la intención decide la bondad moral de nuestras acciones y que si la intención es recta y pura, la acción será tanto más agradable a Dios cuanto mayor sea su rectitud y su pureza. Jesucristo nos lo hizo conocer cuando dijo: "Vuestros ojos son la antorcha de vuestros cuerpos", es decir, vuestra intención es la luz que ilumina y dirige vuestra conducta. "Si vuestros ojos fueren sencillos (o estuvieren sanos), todo vuestro cuerpo estará iluminado; pero si vuestros ojos estuvieren enfermos, todo vuestro cuerpo estará obscurecido" <sup>(1)</sup>.

Así como el amor aplica al alma a purificar sus intenciones, así también la fidelidad, al alejar de nuestras intenciones todo cuanto manche o agrave en lo más mínimo su pureza, contribuye infi-

(1) "Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex: totum corpus tuum lucidum erit. Si autem oculus tuus fuerit nequam: totum corpus tuum tenebrosum erit". Matth., VI, 22, 23.

nitamente a acrecentar y purificar el amor. Y es éste el motivo por el cual, las almas verdaderamente prendadas del amor divino, examínanse con tanto cuidado y rigor sobre el motivo de sus actos.

La intención es recta, cuando tiene a Dios por objeto y tiende a El directamente y sin rodeos. Ella no lo es, cuando en lugar de elevarse a Dios, desviase hacia las criaturas. La intención es pura, ya sea que ella la considere por encima de la voluntad de Dios y de su beneplácito, o, aún cuando se propone alguna otra mira, por ejemplo la de la recompensa, sin abandonar, no obstante, su obra, aun cuando Dios no haya establecido en ello algún premio. La intención no es pura, si predomina en ella el motivo de la recompensa. Con más razón ella es impura cuando encierra en sí algún motivo grosero del amor propio, como ser: un interés temporal, la vanagloria, el secreto deseo de agradar a los hombres o el temor de desagradarles.

Estos motivos groseros del amor propio, muchas veces forman parte de los actos, por otra parte buenos en sí mismos, de los cristianos imperfectos que aman débilmente a Dios y a quienes gusta muchísimo el buscarse a sí mismos. Es raro que su intención sea recta y que su único objeto sea Dios. Muy pocos son los actos que ellos realizan por un motivo sobrenatural y ninguna recompensa pueden esperar de Dios, mientras dirijan sus miras a cualquier otro objeto ajeno a El. Es más raro aún que su intención sea enteramente pura, y que no se des-

lice en ella nada que la empañe o disminuya en mucho su mérito.

Ello ocurre continuamente cuando se posee una intención recta y pura al comenzar un acto, y en el momento en que sobrevienen ciertas miras extrañas, cierto resurgimiento del amor propio, alguna vana complacencia en sí mismo, cierto deseo de atraer la estima de los demás, o cierta alegría de haberla obtenido. Los más grandes santos no siempre están excluidos de estos sentimientos imperfectos, pero, con todo, siempre se hallan dispuestos a combatirlos; los desaprueban en el mismo instante en que se aperciben, y se reprochan, en cuanto a ello, la más ligera negligencia. Ellos han aprendido dos cosas en la escuela del amor: la primera, no proponerse, en todo lo que realicen, otras cosas que no sean las miras puras y dignas de Dios; la segunda a no permitir que ningún motivo humano, bajo, interesado, imperfecto, mancille su pureza. Estas dos cosas, cuya práctica es diaria y continua, constituyen la materia del examen que realizan continuamente, acerca de sus disposiciones y sus sentimientos interiores. Ellas no son otra cosa que el amor puesto en práctica, y por tal motivo es tal su acrecentamiento, que se puede decir que el grado de amor en un alma responde al grado de su pureza de intención, y que entre los santos, los que poseen un mayor grado de amor son aquellos cuyas intenciones han sido las más puras. Mirad con cuanta severidad se examina San Agustín sobre es-

te punto en sus "confesiones" (2). Pero, donde le importa más purificar su intención, es en aquello que respecta directamente a Dios y a su servicio. En los ejercicios de piedad, en la práctica de las virtudes cristianas, en las buenas obras, y en las penas del cuerpo o del espíritu que se han de sufrir, es preciso proponerse, antes que todo, la gloria de Dios, la santificación de su nombre, el establecimiento de su reino en nosotros y en los demás, el cumplimiento de su santa voluntad. Esto es lo que Jesucristo nos enseña en la oración que nos ha dictado, y que nosotros recitamos continuamente sin prestarle la debida atención. Sin excluir los motivos del temor y de la esperanza, que encuentran su lugar en la ocasión y que no causan ningún perjuicio al amor desde el momento en que ellos le están subordinados, hemos de esforzarnos en dar un lugar de privilegio al amor en nuestras intenciones, de tal manera que suprima el temor de nuestro corazón y libere a la esperanza de toda mira interesada en procura de la dicha celestial, mira a la cual está sujeta, dice San Bernardo, cuando el amor no la acompaña (3).

Que mi intención sea pues, en adelante, la de huir de todo mal, principalmente por entrañar el pecado una ofensa a Dios y porque El lo aborrece

(2) August. Confess., lib. X. XXXVII.

(3) Bern., In Cant. Sermon. LXXXIII, n. 3, 4 et 5. Opp., t. IV, col. 1558. (Considerad las palabras de San Bernardo, al final del prefacio del autor).



soberanamente. Es éste el motivo que la Iglesia me sugiere en el acto de contrición que me propone. He de poseer el temor filial, es ese "temor casto", como lo llama David <sup>(4)</sup>, y mayor ha de ser en mí el temor de irritar al Padre celestial, que el de experimentar los efectos de su cólera.

En la práctica del bien, mi primera intención ha de ser la de realizarlo, ya porque él me lo ordene o lo desee por serle agradable, ya sea para lograr una mayor santificación o una unión más estrecha con El.

En mis oraciones, en mis comuniones, en mis actos de piedad y en mis prácticas de mortificación interna y externa, yo no he de considerar mi santificación sino después de la gloria de Dios y por relación a esa gloria, en la cual se encuentran mis intereses espirituales y eternos: de tal manera que, perdiéndome de vista poco a poco a mí mismo, sea todo de Dios, y Dios se entregue totalmente a mí. Esto es lo que Jesucristo enseñaba a Santa Catalina de Siena a través de este vocablo que encierra tantas cosas: "Piensa en mí, y yo pensaré en ti". ¿Pretendía El que ella fuese indiferente a sus intereses? No; sólo deseaba que los depositara en El y prefiriese los suyos.

<sup>(4)</sup> "Timor Domini sanctus (LXX, castus). Sal. XVIII, 10.

## SEPTIMO DIA

### SOBRE LA PRACTICA DEL AMOR DE DIOS

#### PRIMERA MEDITACION

PUNTO PRIMERO. — El que tiene la sincera voluntad de amar a Dios de todo corazón (como ciertamente todo cristiano debe tenerla), luego de haberla agradecido con la misma buena voluntad, debe comenzar por entregarse completamente a El, sin poner ninguna restricción ni reserva a esta entrega de sí mismo. Entregarse de esta manera a Dios, significa renunciar absolutamente a sí mismo para colocarse entre sus manos; significa desear no pertenecerse ni disponer de sí, sino librarse a la gracia divina para seguir todas sus inspiraciones, a la providencia divina para conformarse con su beneplácito.

Esta completa donación de sí mismo es un gran acto de amor, y para producirlo en toda su perfección, es necesaria una gracia especial. Dios está dispuesto a acordarla a quien se la solicite con un sincero deseo de obtenerla. Pero la mayor parte de los cristianos, aun aquellos que hacen una franca pro-

fesión de piedad, no lo desean real y eficazmente. Ellos desean entregarse sin renunciar enteramente a sí mismos; quieren ser de Dios sin dejar de pertenecerse; pretenden seguir la gracia sin renunciar completamente a la naturaleza. He aquí el motivo por el cual son tan raros los santos.

Sin embargo, antes de haber hecho a Dios una consagración de sí mismo, entera, absoluta, irrevocable, es evidente que no puede entrar en el ejercicio del santo amor, sino por breves intervalos, y más aún, estará muy lejos de amar a Dios con todo su espíritu, con todo su corazón y con toda su fuerza. Porque es imposible comenzar a amarle de este modo, desde el momento en que no se ha entregado totalmente a El. Medítense y pondérense las palabras del precepto y se verá cómo ellas invitan al cristiano a seguir el camino del amor: si es cierto sobre todo, como lo declara San Bernardo <sup>(1)</sup>, que no existe en él otra medida de amar a Dios que la de amarle sin medida", y si "el amor, una vez que se ha apoderado del corazón, traslada a sí y cautiva todos los demás afectos <sup>(2)</sup>".

Pero, ¿a qué aspiramos aquí en la tierra si no aspiramos a seguir este camino de amor? ¿No es és-

(1) "Modus (diligendi Deum) sine modo diligere". Bern., De Dilig. Deo, cap. I, n. 1 Opp., t. III, col. 583, c. 59o, f.

(2) "Amor ubi venerit, caeteros in se omnes traducit et captivat affectus". Id., In Cant. Serm. LXXXIII, n. 3. Opp. t. IV, col. 1558, a.

te el camino al que he sido destinado en el cielo? Este camino —que logrará mi dicha— ¿no es por ventura el primer objeto de mis deseos? Por consiguiente, ¿por qué no he de comenzar ahora, ya que no amaré en el cielo sino en la medida en que haya amado aquí en la tierra? ¡Oh Dios mío, no permitáis que salga de este retiro sin haberme consagrado a Vos total e incondicionalmente, como Vos lo deseáis y como debo desearlo yo mismo por vuestra gloria y mi propia felicidad!

PUNTO SEGUNDO. — La razón principal por la cual es preciso consagrarse a Dios de esta manera, si se desea ser introducido en el camino del amor, es que la fuente del amor está en Dios y sólo la recibimos a través del canal de su gracia; y que sólo a El le corresponde inspirar la práctica, presentar las ocasiones, hacer posible y fácil el ejercicio mediante sus actuales auxilios, y colocarnos en una situación conveniente para santificar por el amor, todos nuestros pensamientos, todos nuestros afectos, todos nuestros actos. Pues en todo ello, nada podemos hacer por nosotros mismos; además, antes de que el hábito de la caridad haya sido infundido en nosotros, es necesario que Dios nos provenga acerca del ejercicio de este hábito; es preciso que El obre primero, que nos ayude a cooperar, que realice con nosotros y más que nosotros, nuestra cooperación.

Ahora bien, para que Dios permita que le ame-

mos tanto como El lo desea y según nuestra capacidad, es necesario que El disponga libremente de nuestro corazón; por consiguiente, es preciso que este corazón le pertenezca, mediante una entera donación de nuestra parte, y que lo convirtamos en dueño absoluto de nuestra libertad. De lo contrario lo reprimíamos, y pondríamos obstáculos en la ejecución de sus designios; El querrá una cosa y nosotros otra, lo cual le moverá a abstenerse, ni más ni menos, de toda acción ulterior, por más que, en lo que a nuestra libertad se refiere, El "nos gobierna siempre con suma moderación" como afirma la Sagrada Escritura <sup>(3)</sup>. ¿No nos ha ocurrido esto hasta ahora? ¿No es ésta la única causa no sólo de nuestros pecados, sino también de nuestra imperfección y de nuestro escaso progreso en el camino del amor? ¿Qué le hemos opuesto a Dios? Nuestra propia voluntad. ¿Por qué motivo hemos obrado de esta manera? Ello se debe a que no nos hemos entregado a El como es debido. Siempre hemos establecido excepciones y restricciones; nuestro empeño ha sido limitado hasta un cierto punto, más allá del cual siempre hemos pretendido conservar nuestra libertad. En una palabra, hemos permitido a Dios que ocupe el ramaje, del "yo", pero hemos conservado para nosotros el tronco y las raíces. He ahí lo que ha puesto trabas a la obra de nuestra santificación.

(3) "Cum magna reverentia disponit nos". Sab., XII, 18.

Dios desea que nos consagremos totalmente a El, de modo que pueda obrar libremente en nosotros. Su plan está perfectamente establecido y lo ejecutará, siempre que no exista una oposición de nuestra parte; y nada se opondrá a él, si nuestra voluntad se halla enteramente a su disposición, si todo lo hemos consagrado a El, sin reservarnos algún derecho sobre nosotros mismos. Nada es más claro ni más cierto.

PUNTO TERCERO. — Para entregarse a Dios de esta manera, es preciso, indudablemente, ser extremadamente generoso. Pero no es menor el valor y la fidelidad necesarios para no retraerse. Pues, en general, es fácil consagrarse de este modo, ya que más bien constituye una promesa que una donación. Pero cuando es necesario ir a los efectos particulares, y desprenderse realmente de cada cosa a medida que Dios lo solicita, es entonces cuando se experimenta realmente la dificultad del sacrificio. La naturaleza querrá, entonces, recuperar sus derechos y volverá a considerar, con mucha aflicción, el objeto de esa donación; y, si a pesar de sus esfuerzos no logra reivindicarlo todo, procurará, al menos, retener alguna parte.

No es tarea fácil el perseverar en la oración a pesar de la tibieza, de las tentaciones, de las distracciones inoportunas, de las desolaciones interiores, del aparente abandono de Dios; no es fácil continuar sirviéndole en este estado con la más grande

exactitud; rechazar toda dulzura procedente de las creaturas; practicar sin desfallecer toda clase de mortificaciones: la de los sentidos mediante las privaciones y las mortificaciones; la de la imaginación, regulándola y dominándola; la de las pasiones, luchando contra ellas a fin de reducirlas a sus justos límites; la del propio espíritu, impidiéndole todo razonamiento, toda reflexión que proceda del sentido humano y que la gracia desapruébe, sufriendo que Dios la mantenga durante muchos años, en un estado sombrío y de forzada inanición: la mortificación de la propia voluntad, contrariándola en sus inclinaciones y en sus aversiones naturales; no permitiéndole jamás que se adelante a la voluntad divina, ni tampoco que la resista y se aparte de ella.

No es nada fácil acumular cada día sacrificios sobre sacrificios, desde el momento en que Dios aparenta no prestar en ello atención alguna, y que, por el contrario, redobla sus rigores, conforme se le demuestra un amor más grande: volcando su celo despiadado contra el amor propio, a quien El persigue hasta extirparlo totalmente. ¡Ah! ¡Cuánto coraje se necesitará entonces para no retroceder, para no detenerse y para avanzar continuamente a través de un sendero tan espinoso y tan escarpado!

En efecto, Dios usa sin contemplación alguna de los derechos que el alma ha depositado sobre sí, y que, en el fondo, le pertenecen. Tan lejos los lleva, que ella se ve sorprendida en sí misma por

haberle dado más de lo que ella pensaba, y siente entonces la tentación de detener su marcha. Pero ya no hay tiempo, y Dios no permite que ella caiga en este indigno arrepentimiento, después de haber hecho considerables adelantos durante un cierto número de años. Ella se ha sometido a su dominio; El lo ejerce paulatinamente y en la intensidad que juzgue conveniente; ella le ha entregado su libertad, y El, sin reprimirla (lo cual repugna a la naturaleza del libre arbitrio) la persuade mediante la fuerza invencible de su gracia, a que acepte todo cuanto El desea, aun las cosas más duras y mortificantes. El conserva bajo su imperio la voluntad de su criatura y no permite que se substraiga de El pese a los esfuerzos de la naturaleza reprimida. Jesucristo quiso experimentar en el Jardín de los Olivos este terrible combate entre la naturaleza y la gracia, a fin de proporcionar un consuelo a las almas probadas, y la instrucción a sus directores.

Tal es la tiranía del amor que acabo de considerar: tiranía, cuya dureza y violencia sólo la experiencia permite conocer; tiranía que, en el fondo, no proviene del amor mismo, sino de la resistencia que ofrece la naturaleza ante su postrer despojo. Pero no obstante esa resistencia, de la cual la voluntad superior no forma parte, el alma se disgustaría si el amor no la despojara de todo; más aún, ella no cesaría de rogarle a través de los combates y los gritos de la naturaleza: Arrancad, oh divino amor, destruid, abrasadlo todo en mí, no me per-

donéis nada, conservaos únicamente Vos en ella. ¿Por qué el alma no ha de consentir aquí en la tierra en esta purificación del divino amor, ya que en la otra vida aquellas que se hallan detenidas en el purgatorio, no oponen ninguna resistencia a la purificación, aún más terrible, de la justicia divina?

## SEGUNDA MEDITACION

PUNTO PRIMERO. — El alma que se ha entregado a Dios, ya no debe disponer de sí misma en cosa alguna. Es a El a quien le corresponde gobernarla en todo, sea en lo interior como en lo exterior. Ella conserva continuamente en el corazón y en la boca, la bella oración que la Iglesia ordena recitar a sus ministros cada día en el oficio de "prima" <sup>(1)</sup>. Ella no hará ningún proyecto ni emprenderá alguna cosa sin consultar antes a Dios y sin asegurarse, tanto como le sea posible, de su voluntad. Es que ella está convencida de que sólo es preciso un paso, a menudo de poca trascendencia, en sí, para interrumpir el orden de los designios que Dios tiene sobre ella. Un cambio de morada, un viaje, una persona admitida en casa o desechada de ella, la formación o el rompimiento de una relación contra el deseo de Dios: ello sería ya suficien-

(1) "Dirigere et sanctificare, regere et gubernare dignare, Domine Deus, Rex coeli et terrae, hodie corda et corpora nostra, sensus, sermones et actus nostros in lege tua, et in operibus mandatorum tuorum, ut hic et in aeternum, te auxiliante, salvi et liberi esse mereamur, Salvator mundi; qui vivis et regnas in saecula saeculorum. Amen."



te para apartarla del plan de la providencia, con las más nefastas consecuencias para su perfección y a veces, para su salvación. Puede observarse, en efecto, en la vida de innumerables santos, que su perfecta conversión, su santificación, han dependido de ciertas circunstancias exteriores dispuestas por la providencia, y que por otra parte parecían indiferentes en sí mismas. ¿Y cuál es el cristiano que no puede efectuar, poco más o menos, la misma observación respecto de su propia conducta?

Con mucha más razón, es preciso que esta alma dependa interiormente de la gracia y permita a Dios que la trate de la manera que más le agrade. No nos corresponde a nosotros santificarnos, pues en ello nada conocemos, y echamos a perder la obra de Dios, puesto que mezclamos en ella nuestro propio espíritu y nuestra propia voluntad. Pues Dios, el único santo, es también el único santificador.

Una vez establecidos entre sus manos, con este objeto, sólo hemos de secundar sus inspiraciones y evitar reprimir y perturbar sus operaciones. Para tal efecto, distingamos cuidadosamente en la obra de nuestra santificación, aquello que es puramente de Dios y lo que en ello hemos de poner de nuestra parte. Pertenecen a Dios, nuestro estado de oración, que no es para todos el mismo, y que cambia en cada alma, conforme al progreso que ha alcanzado; provienen de El, los consuelos, las arideces, las tentaciones, las diversas pruebas interiores. En todo ello es preciso dejar obrar a Dios, mantenién-

dose en sus manos, en un estado pasivo; es necesario conformarse en la situación en que El nos coloca; no debemos desear su fin, si ella es penosa, ni su prolongación, si es agradable; sobre todo, no debemos aspirar a un estado más elevado, pero si hemos de preferir continuamente el que más nos humille. Por nuestra parte debemos cooperar con la gracia, mediante las mortificaciones, especialmente las interiores; mediante la práctica de las virtudes, según las circunstancias; mediante el cuidado en conservar la paz del corazón, desechando todo cuanto pudiera perturbarla. Para ser fieles en todos estos puntos y en otros semejantes, hemos de realizar grandes esfuerzos y librar numerosos y feroces combates.

PUNTO SEGUNDO. — Desde el momento en que Dios ha establecido los ministros de su Iglesia para la dirección de las almas, otorgándoles, con este objeto, sus gracias y sus luces, y deseando asimismo que las almas sean dirigidas por éstos, sin que pretendan dirigirse a sí mismas —lo que entrañaría una perniciosa ilusión—, desde el instante en que se han entregado a El, con deseos de recorrer el camino del amor santo, es necesario que ellas le soliciten un guía apropiado a su corazón, un guía sabio y celoso, un hombre de vida interior, el cual, dirigido él mismo por el Espíritu de Dios, sea apto y sabio para gobernar a los demás siguiendo este mismo espíritu.

Por desgracia, estos directores son muy raros en la Iglesia, pero existe en ella, y es a nosotros a quienes corresponde rogar a Dios, a fin de que nos procure uno de ellos. Cuidémonos bien de pretender realizar por nosotros mismos un asunto tan delicado y tan importante. Nosotros no somos capaces: si así lo hiciéramos, nos veríamos expuestos a equivocarnos y permanecer en un estado de continua fluctuación, como tantísimos otros, que en esa situación, por el género de devoción que han abrazado, por toda suerte de razones vanas o aparentes Dios, desde toda la eternidad, ha hecho por nosotros esta elección, y si nosotros confiamos en su providencia, El dispondrá las cosas de modo que caigamos en manos del director que El nos ha destinado. Un secreto instinto nos dirá que ése es el que nos conviene, como ocurrió con la Madre de Chantal, con respecto del santo Obispo de Génova, y los efectos no tardarán en convencernos.

PUNTO TERCERO. — El mismo Dios, si lo escuchamos, nos dictará la conducta que hemos de seguir con respecto a nuestro guía espiritual. Sería inacabable detallarlos, y es imposible desarrollarlos en una meditación. El punto capital está en considerar a este hombre con un espíritu de fe, como si se tratara del mismo Jesucristo en persona, y estar íntimamente persuadidos de que, mientras lo consideremos de este modo y obremos conforme a ello, Dios jamás permitirá que nos sobrevengan al-

gunos de los innumerables inconvenientes a los cuales está sujeta la dirección, ya por la deficiencia de los hombres, como por la astucia del demonio que se esfuerza en frustrar la obra de Dios.

Según eso, la dirección exige de nosotros tres cosas, a saber: el corazón abierto, la confianza y la obediencia. Nada hay que ocultar ni disfrazar a nuestro director espiritual de todo aquello que es esencial y que conviene que él sepa claramente, a fin de que, conociéndonos perfectamente, nos conduzca con toda seguridad. Mientras él esté inseguro de nuestro candor y de nuestra sinceridad al respecto, la inquietud y la duda le asaltarán continuamente, y no sabrá qué partido tomar, ni en qué apoyar sus consejos y sus decisiones.

Nuestra propia tranquilidad nos exige que tengamos una completa confianza en él, obedeciendo ciegamente todas sus decisiones y excluyendo todo pensamiento ajeno a sus directivas. El puede equivocarse, sin duda, pero nosotros no debemos presumir su posible error, pues todo quedaría en la nada. Por otra parte, si ello realmente ocurre, o no será ciertamente de consecuencia, o él caerá en la cuenta rápidamente de su error, o Dios no permitirá que él os perjudique. Yo me refiero aquí solamente al Director que, reconocido por su piedad e ilustración, se equivocase por la sola razón de ser hombre, y como tal, sujeto a equivocaciones, pero no como consecuencia de su ignorancia o de su vana presunción. Si vosotros tenéis sospechas bien fun-

dadas sobre uno u otro de estos puntos, luego de rogar a Dios y haberle consultado, no debéis tomar esta resolución, si notáis que él, bajo la máscara de la piedad, os quiere engañar y precipitar en los errores de la fe, o en una falsa y peligrosa espiritualidad. Si vosotros poseéis la rectitud y la humildad, pronto descubriréis su ardid, o al menos comenzaréis a albergar una justa desconfianza, que os mantendrá continuamente alerta.

En cuanto a la obediencia, resulta evidente que es indispensable en todos los casos, siempre que no entrañe algún pecado, los que están asimismo, sujetos a su jurisdicción espiritual; perderíamos el tiempo si nos detuviéramos a demostrarlo. El espíritu Santo obrando en lo interior y la obediencia obrando exteriormente no tienen por qué temer extraviarse en un camino lleno de fe, donde los peligros son tanto más numerosos, cuanto mayor sea su elevación.

### TERCERA MEDITACION

PUNTO PRIMERO. — En la práctica del amor divino existen, además, tres reglas a seguir. La primera consiste en no juzgar la conducta que sigue Dios con respecto a nosotros. Desde el momento en que nos hemos consagrado a El, es una obligación nuestra hacia su majestad infinita el evitar escudriñar sus designios hacia nosotros. Y el pedir explicación de la manera en que los realiza: es nuestra obligación, respecto a su infinita sabiduría estar persuadidos de que El no puede equivocarse en los medios tendientes a procurar su gloria y nuestra santificación; es obligación nuestra para con su infinita bondad, creer que los rigores aparentes que El emplea, son para nosotros muy necesarios y que tienden a nuestro verdadero bien como su único objeto.

Cuando nos entregamos a Dios, ¿qué es lo que le ofrecemos? Toda clase de males para que los cure; pero males que no conocemos sino imperfectamente y de los cuales ignoramos la causa profunda; males que nosotros apreciamos, al menos en su principio, y de los cuales tememos que nos libre.

Tal clase de enfermos, si reflexionasen un poco, ¿no se pondrían, para lograr su curación, en manos de un médico cuya ciencia, sabiduría y bondad se hallasen en un grado eminente? ¿Por ventura, deben admirarse de que él descubra en ellos males que escapan a su conocimiento, que sondee su profundidad, que aplique, para extirparlos, el hierro y el fuego, y se proponga arrancarlos de raíz? ¿Acaso puede lograrlo sin causarles algún sufrimiento? Soportemos el dolor de la operación, tengamos los ojos firmes en los medios que Dios emplea, y esperemos el retorno de la santidad, para juzgar acertadamente sobre el tratamiento de nuestra enfermedad.

El camino del amor es un camino de fe, obscuro por consiguiente; y sombrío: y esto es precisamente lo que lo hace meritorio. En él se marcha a ciegas, sin saber dónde se está, ni hacia dónde Dios nos conduce. La razón no lo comprende y es preciso sacrificarla desde el principio hasta el fin. Solo al final de nuestra vida, podremos comprender claramente la razón por la cual Dios nos ha conducido por tal y tal camino. Cuando Dios ordena a Abraham que inole a su único hijo, ese hijo de la promesa, del cual habrá de surgir un día el Mesías, no le explica el fin que persigue en ello, ni siquiera le permite entrever su resultado <sup>(1)</sup>. Si Abraham hubiese razonado sobre la orden, en aparien-

(1) Gen., XXII, 1-19.

cia tan contraria a la ley natural; si hubiese procurado conciliar esa orden con las predicciones que había recibido; si hubiese consultado la ternura paternal; si hubiese, en fin, preguntado a Dios que había hecho Isaac para merecer un tratamiento tan cruel, y por qué él mismo debía ser el ejecutor: no habría dado lugar a ese su gran sacrificio tan glorioso a Dios, tan agradable a sus ojos, que lo recompensa inmediatamente, renovando, con su juramento al Santo Patriarca, las promesas de su protección y de sus especiales bendiciones; si ello hubiese ocurrido, Abraham habría sido indigno del título magnífico de padre de los creyentes; se habría apartado del camino de la fe a través del cual había marchado hasta entonces, y no sabemos qué funestas consecuencias habría acarreado su desobediencia motivada por los razonamientos vanos y falsos, pero especiosos y seductores. No olvidemos jamás ese preclaro ejemplo, y sirvámonos de él para frenar, en caso de necesidad, una curiosidad perniciosa para nuestra alma.

PUNTO SEGUNDO. — El mismo motivo que nos impide todo juicio tocante a la conducta de Dios con respecto a nosotros, nos protege igualmente del peligro de juzgarnos a nosotros mismos, de procurar conocer a través de nuestras propias reflexiones el fondo de nuestro estado, de conocer el grado de nuestro progreso y saber si Dios está contento de nosotros. En todas estas inquisiciones, a

través de todas esas inquietas miradas sobre nosotros mismos, el amor propio suele siempre intervenir muchísimo; más aún, corremos, evidentemente, el riesgo de equivocarnos, ya sea que la presunción nos mueva a lisonjearnos, o que la pusilanimidad nos incline a juzgarnos de una manera poco favorable. Conformémonos con dos testimonios de los cuales jamás podremos dudar: el de Dios, a través de la paz habitual que El nos permite gozar, y a través de las pruebas íntimas que El nos envía de tiempo en tiempo. Y el testimonio del director espiritual, que nos aconseja e ilustra todo lo que sea preciso para tranquilizarnos. Dios siempre está dispuesto a confortar al alma, conforme lo juzgue necesario para alentarla y hacerla avanzar. Cuando Dios no otorga inmediatamente la confianza al alma, demuestra el deseo de que ella someta con humilde docilidad su juicio al suyo propio. Sucede algunas veces que el alma, en su ingenuidad solicita a Dios garantías y seguridades. En este caso El es quien les inspira hacerlas y es El primero en otorgarla. Pero casi siempre ella se ve obligada a pedir por una inquieta curiosidad, por defecto del abandono, por su repugnancia en olvidarse y perderse a sí misma. Este es también el motivo por el cual importuna continuamente a su director, sobre su estado, y le obliga a repetir cien veces la misma cosa.

Al principio, estas seguridades y confianzas ordinariamente no constituyen una necesidad, y no se

piensa en adquirirlas. La dulce paz que entonces se goza, y que nada nos quita, nos convence de que nos hallamos en buenas relaciones con Dios. Pero cuando sus visitas se hacen más raras y su ausencia muy prolongada, mostrándose apenas para desaparecer rápidamente; cuando la aridez, las tentaciones, las desolaciones interiores sobrevienen: entonces nace en el alma el temor de no hallarse en el buen camino o de haberse apartado de él por su propia culpa. Examínase con inquietud, procurando ver claro en su estado; es decir, teme penetrar en el sendero oscuro y recto de la fe y del verdadero amor. Porque todo lo que ha precedido, verdaderamente, sólo ha sido una preparación. ¡Oh! ¡Cuán peligroso es querer juzgarse entonces, considerada la disposición en que se halla en esos momentos de turbación, que la inclina a seguir más a la imaginación, al amor propio y al demonio, que la fe, al director y al mismo Dios. Esforzaos en seguir esta regla inviolable: no os juzguéis jamás a vosotros mismos, ni en bien ni en mal, en lo que atañe a vuestras disposiciones habituales, en cualquier circunstancias en que os halléis. Esa regla será la fuente de vuestra paz y de vuestra confianza. Ella es infalible por sí misma; Dios la bendice siempre, y en su realización podrá lograrse la muerte del propio espíritu.

PUNTO TERCERO. — La tercera regla consiste en no asustarse por alguna tentación o por algún



desamparo aparente de parte de Dios. Comprendo que esta regla es más fácil proponerla que seguirla. Sin embargo es preciso abrazarla generosamente, sabiendo que, con el socorro de Dios, la buena voluntad es invencible. Por lo demás, ella es una manifiesta consecuencia de las dos reglas precedentes; y su cumplimiento no será difícil para aquel que esté determinado a no formular juicio alguno acerca de la conducta de Dios, con respecto a él, ni sobre su estado interior. Porque son esos juicios, siempre mal fundados, los que nos precipitan en la inquietud y nos provoca un injustificado temor.

¿Qué es lo que no hace el demonio, de acuerdo con el amor propio, para apartarnos del verdadero camino! El sólo nos muestra los precipicios, los pecados, los sacrilegios. Se esfuerza en sustraernos el recurso de nuestro guía espiritual, previniéndonos contra él, y haciéndonos creer que él trata de perdernos. ¿Qué conducta deberá seguir un alma que, atormentada por horribles tentaciones, imagine haberlas consentido, hallándose persuadida de ello? Ya he dicho que el alma no debe detenerse en su propio juicio, sino que debe atenerse a los consejos e instrucciones de su director espiritual. Por consiguiente, ha de pasar por encima de esa imaginación, menospreciándola, proponiéndose como una obligación de conciencia el rechazarla con mucha más fuerza que la tentación misma, la cual para ella es menos peligrosa.

Pese a los sabios y prudentes consejos de su director, tendientes a tranquilizarla, ella jamás se halla plenamente segura; y cuando El le ordena que se acerque a la sagrada mesa, el temor de cometer un sacrilegio deslízase entonces en su espíritu y lo hace estremecer de horror. Por lo tanto, es necesario tener el suficiente coraje para obedecer, no obstante el temor, que aumenta gradualmente hasta el momento de la comunión. Es verdad que una vez recibido Jesucristo, el temor, por lo ordinario, desaparece, dejándonos libres y tranquilos en su compañía. Pero sobre todo las primeras veces, ¡cuántos esfuerzos se necesitan para lograrlo! Si se sucumbe, el demonio logra lo que pretendía, a saber, alejarnos al mismo tiempo de la obediencia y de la sagrada mesa; se posesiona de la voluntad, exigiéndole continuamente todo lo que él desea; hasta que es preciso acabar y derribarlo: lo cual será tanto más difícil cuanto mayor haya sido su ventaja sobre nosotros.

Asimismo, ¿cómo hemos de obrar en el momento en que el demonio desliza en nuestro espíritu la falsa y perniciosa alarma respecto a las supuestas intenciones de nuestro guía espiritual? Es entonces cuando debemos redoblar nuestra confianza en él y confiarle todo cuanto el demonio nos ha sugerido en su contra, y, si es preciso, llegar hasta esta resolución decisiva: "Y bien, que El me extravíe, con tal que yo obedezca". En ello verdaderamente estri-

ba la obediencia hasta el aniquilamiento del amor propio. Esta resolución parecerá extrema. Sin embargo muchas veces es la única aplicable a las personas tentadas y, más aun, a las almas escrupulosas; y es hasta esos extremos que Dios se complace en conducir a las almas grandes, enteramente consagradas a El. Es entonces que se verifica plenamente esa sentencia de Jesucristo: "Quien perdiere su alma por mi amor, la hallará" <sup>(2)</sup>. Preténdese hacer el sacrificio de la propia alma, y ello lógrase únicamente con el sacrificio del propio espíritu. Al perderse a sí mismo vuelve a encontrarse en Dios. Si por el contrario, con miras a salvar su alma se abandonara a una imaginación excitada y confusa, si abandonara la comunión y recurriera a otro director que condescendiese con sus ideas; apartaríase, sin duda, del camino del amor, renunciaría a la perfección, so pretexto de asegurar su salvación, y posiblemente, se expondría a perderse eternamente. Ya lo he advertido anteriormente. Para ofrecer a Dios tales sacrificios, es preciso que El nos coloque en las circunstancias que los hagan necesarios. Fuera de este caso, no se debe pensar en ello. Pero si es verdad que en este momento me insta a que me abandone totalmente a El por amor, debo sacrificarme sin titubear, sin prever ni exceptuar cosa

(2) "Qui... perdiderit animam suam propter me, inveniet eam." Mat., XVI, 25.

alguna. Si ¡Dios mío! si tal es vuestro deseo, yo consiento desde ya en ceder terreno, en no saber ya ni quien soy en el presente, ni lo que seré en el futuro: con tal que este sacrificio de mí mismo me conduzca a la pureza de vuestro amor.

## CONSIDERACION

### Sobre la mortificación interior

La mortificación interior no es otra cosa que la práctica del absoluto y continuo renunciamiento de sí mismo, que Jesucristo exige a quienes desean seguirle <sup>(3)</sup>. Y así como el amor únicamente permite abrazarla y practicarla en toda su amplitud y perfección: así también ella es, de todos los medios, el más directo, el más eficaz, el más indispensable para avanzar en el camino del santo amor. Todo se opone en nosotros al amor de Dios; es necesario pues, renunciarse y combatirse a sí mismo en todo. Esta guerra que el amor divino quiere que emprendamos contra nosotros mismos, es muy larga; termina junto con nuestra vida. Es penosa y cruel, y es preciso tener continuamente las armas en la mano, estar siempre alerta contra las acechanzas de nuestro amor propio y no acordar paz ni tregua alguna a la naturaleza. Es muy doloroso: nada nos sujeta tan íntimamente como el amor propio y es imposible extirparlo sin sufrir extremadamen-

te: es igualmente imposible prever y calcular el sufrimiento que ocasiona. Pero en fin, para ello no existe nada mejor: es preciso renunciarse reiteradamente a sí mismo, pues si ponemos límites a este renunciamiento limitaremos, por consiguiente, el cumplimiento del gran precepto del amor.

No nos asustaremos por eso. Si la práctica de la mortificación interior es difícil, hemos de tener en cuenta que la buena voluntad está poderosamente respaldada por la gracia. Si en sí misma es dura y repugnante, en cambio es dulce y consoladora en sus efectos. ¿Qué cosa es más dulce que el poder corresponder al acrecentamiento del amor de Dios en sí mismo, a medida que lucha por destruir la naturaleza corrompida? ¿Qué cosa es más consoladora que el poder afirmar: el amor de Dios hallaba en mí tal obstáculo, yo lo he quitado con el auxilio de su gracia y ya ha desaparecido.

Lo que la filosofía pagana proponía como lo más grande, lo más bello y lo más digno de envidia a sus adeptos, consistía en elevarlos por encima de sus pasiones y hacerlos dueños de ellos mismos. En efecto, la razón nos demuestra la necesidad y las ventajas de ese dominio sobre sí mismo. Pero la sabiduría humana sólo podía proponerse esta gran obra; su ejecución pertenece únicamente a la sabiduría cristiana, y como ella exige al hombre victorias mucho más amplias y más difíciles, ella también le permite recoger en esta vida, los más abundantes y los más deliciosos frutos. No, no

<sup>(3)</sup> Matth., XVI, 24. Luc., IX, 23.

existe sobre la tierra una felicidad comparable a la del cristiano que, luego de crueles y prolongados combates, ha logrado asegurar al amor divino un reino apacible en su corazón, sometiéndole todos sus enemigos, esto es, los sentidos, las pasiones, el propio espíritu, la propia voluntad. Ese cristiano ya no experimenta repugnancia ni oposición alguna en el ejercicio del bien; en él encuentra una facilidad asombrosa y, asimismo, un atractivo. Ya no necesita esforzarse para preservarse del mal cuyo horror es para él espontáneo y natural. Es perfectamente libre, puesto que sólo depende de la gracia por propia elección y sin ofrecerle resistencia alguna. Indiferente y ajeno a todo lo demás, sólo vive en Dios y para Dios. Me refiero aquí a su estado habitual, del que no pretendo excluir, absolutamente, las enfermedades, las imperfecciones y aun las faltas leves a las que está sujeta la naturaleza humana. Pero no obstante esa sujeción, que lo obliga continuamente a vigilar y a desconfiar de sí mismo, lo cual le sirve de humillación, es verdad que su estado es el más dichoso que existe en la tierra.

Tened presente que esta felicidad comienza en el momento en que el alma se entrega seriamente a la mortificación interior; que se acrecienta conforme al progreso que se alcance, y obtiene su coronamiento, cuando se la ha alcanzado, o poco menos, a la perfección. Así pues, no debe esperarse

para recibir la recompensa del trabajo; ella la acompaña continuamente.

A todo esto, hemos de añadir que el amor, que ordena la mortificación, tiene la virtud de endulzarla. Si no quita, desde luego, todo el rigor, al menos lo disminuye sensiblemente, y finalmente logra que se ame aquello que antes se aborrecía. Más aún, este amor tiene sus momentos de consuelo, los cuales son tan dulces, que deparan a quien los experimenta la gran satisfacción de haber adquirido cierto derecho mediante la mortificación de sí mismo. Pues Dios les otorga su valor, y sus favores jamás han sido repartidos entre las almas negligentes e inmortificadas. Cuando ha transcurrido el momento de los deleites celestiales, el amor adquiere entonces tal fuerza, que triunfa sin grandes esfuerzos de las más violentas repugnancias de la naturaleza. Además, Dios nos coloca sucesivamente ante los enemigos que hemos de combatir. No pretende que conozcamos todos a la vez, mas nos encarga que sometamos, desde luego a los enemigos más fáciles de vencer, reservándose los más terribles para el tiempo en que nos hallemos más agueridos. El redobla, además, los auxilios, conforme se acrecienta la violencia de la lucha: de tal manera que las últimas victorias nos cuestan menos que las primeras.

En fin, no somos nosotros propiamente quienes luchamos, es más bien la gracia la que lucha por nosotros. Dios nos precede, y en nuestra presencia

derriba a todos nuestros enemigos. Esto es lo que experimentan sobre todo aquellas almas que, conociendo su absoluta debilidad, apóyanse únicamente en El. Todo lo que Dios desea de nosotros, es que tengamos una voluntad determinada y la suficiente valentía para hacer frente al enemigo; desea además que invoquemos su santo nombre, que empuñemos la "espada del espíritu" y nos cubramos con la "coraza de la fe" (4).

¡Oh Dios mío! es cierto que la mortificación espanta a las almas negligentes y tibias, que sólo confían en sí mismas. Hasta el presente he obrado de la misma manera, pero estoy dispuesto a cambiar radicalmente. Estoy resuelto a extirpar en mí todo aquello que sea contrario a vuestro amor. Vos conocéis el grado de amor y santidad que esperáis de mí; yo sólo puedo lograrlo mediante un grado igual de renunciamiento. Mi resolución está tomada, pero nada puedo sin vuestro auxilio. Ayudadme, fortificadme. Tarde comienzo, resarcíos, resarcidme de tantos años perdidos. Vos lo podéis, lo deseáis, mía será la culpa si no lo hacéis y únicamente a mí mismo habré de reprocharme por no haberos amado como debía.

(4) Ephes., VI, 16, 17.

## OCTAVO DIA

### SOBRE EL AMOR PROPIO

#### PRIMERA MEDITACION

PUNTO PRIMERO. — Después de tantas meditaciones sobre el amor de Dios, nos hallamos actualmente en óptimas condiciones de conocer perfectamente el amor propio y de concebir claramente la necesidad de odiarlo y de procurar su aniquilamiento.

Todo ser inteligente y capaz de obtener la dicha, ámase necesariamente a sí mismo. Si él encuentra en sí su perfección y su felicidad, el amor que se profesa a sí mismo es simplemente un amor de complacencia. Ningún bien puede desear para sí, puesto que nada le falta y en nada puede complacerse sino en el bien que posee. Tal es el amor que Dios se profesa a sí mismo, y sólo a El le corresponde amarse de esta manera.

Cualquier otro ser, habiendo sido creado de la nada por Dios, debiéndole a El la perfección que tiene y no pudiendo proporcionarse a sí mismo su propia felicidad, es evidente que no encuentra en



si razón alguna para amarse con un amor de complacencia, y sólo puede amarse legítima y sólidamente, amando únicamente a Aquel del cual procede todo cuanto posee y de quien espera la felicidad, y que es por consiguiente su soberano bien. Pues, "quien no ama a Dios, no se ama a sí mismo", dice San Agustín <sup>(1)</sup>. Tal es el amor que me ha sido, no solamente permitido, sino ordenado para que lo ejercite en mí mismo, la fuente de todo el bien que en mí existe, y cuya posesión es lo único que podrá volverme dichoso. Ninguna criatura tiene el derecho de amarse de otro modo. De esta manera, el amor de sí mismo bien comprendido y bien regulado nada tiene de común con el amor propio, puesto que constituye el amor de Dios reflejado sobre nosotros.

Inducida por el amor propio, la criatura, echando sobre sí una mirada de complacencia, y apropiándose del bien que ella encuentra o cree encontrar en sí misma, felicitándose de su excelencia, ama en y por sí misma sin que Dios tenga en ello participación ni relación alguna. Ese amor es claramente desordenado, y constituye en nosotros el principio de todo vicio y de todo pecado.

El amor propio es el enemigo del amor de Dios, su enemigo capital e irreconciliable. El ataca a Dios en su derecho más esencial, el más incommunicable,

(1) "Si non diligit (unusquisque) Deum, non diligit seipsum". August., In Joan., tract. LXXXVII, n. 1. Opp., t. III, col. 714, d.

del que de ninguna manera puede privarse. Dios quiere que la criatura le ame absolutamente en sí mismo y por sí mismo; no puede sufrir que ella se ame en sí y por sí misma. Por poco que sea el amor que se profese, que debe tender a Dios como hacia su término, ella se hace culpable ante El, puesto que le sustrae, al menos en parte, el amor que le es debido. Cuando ella conduce este amor a sí misma, hasta la rebelión y la abierta desobediencia, se vuelve absolutamente criminal y digna del odio divino, puesto que trastorna el orden más inviolable al colocarse en lugar de Dios y al amarse preferentemente a sí misma. Es lo que San Agustín llama "el amor de sí mismo hasta el menosprecio de Dios"; en lugar del ejercicio del amor de Dios hasta el menosprecio de sí mismo" <sup>(2)</sup>.

El amor propio entraña, por consiguiente, una formal violación del gran precepto del amor divino. Si él viola este precepto en materia de poca consecuencia sin la expresa intención de agraviar los derechos de Dios, y sin reflexionar seriamente sobre la malicia de la acción, ello sólo constituye un pecado venial, esto es, el más grande de los males después del pecado mortal. Si él viola este derecho en algún punto esencial y de graves consecuencias con expresa advertencia y plena deliberación, comete, sin duda alguna, un pecado mortal. Y así

(2) "Amor sui usque ad contemptum Dei; amor Dei usque ad contemptum sui" August., De Civit. Dei, lib. XIV, cap. XXVIII, d.

como Dios, odia esencialmente todo pecado, de tal modo que no puede perdonarlo a menos que haya sido rectificado y perdonado, así también odia esencialmente al amor propio, que es el motivo, y por poco que subsista el hábito en el alma, aun la más santa, jamás permitirá que goce de su presencia en el cielo mientras no esté completamente purificada.

PUNTO SEGUNDO. — Siendo el amor propio el enemigo de Dios, es por consiguiente, el enemigo del amor legítimo y bien ordenado que hemos de profesarnos a nosotros mismos. La razón y la fe contribuyen igualmente a forjarme el deber de amar a mi verdadero bien, mi soberano y único bien. Uno y otro me enseñan que ese bien es Dios, y que no puede ser otro que Dios. La fe me enseña que si yo lo amo durante toda mi vida del modo que El me ordena, lo contemplaré, lo amaré y lo poseeré eternamente, es decir, lograré mi suprema felicidad. Ahora bien, el amor propio, al fijar mi afecto en mí mismo, que por otra parte no es ni puede ser mi propio bien y la fuente de mi propia felicidad, me impide amar a mi soberano y único bien; él me expone a perder eternamente su goce, y efectivamente, jamás podré gozarla mientras permanezca en mí algún germen del amor propio. Así pues, el más grande interés de mi vida, supuesta la exclusión del pecado mortal, consiste en librarme completamente de él, ya que con ello principiará mi felicidad.

Cuando se expresa que el amor propio muere con nosotros, y que por lo tanto es lógico dispensarse de la necesidad de trabajar, aquí en la tierra, en extirparlo, sin duda alguna no se piensa en lo que se dice. Es cierto que el amor propio muere con nosotros en cuanto a su ejercicio, ya que después de la muerte, cualquier parte que haya permanecido, tiene la facultad de merecer o desmerecer. Pero no muere con nosotros en cuanto a su hábito, el cual permanece inherente al alma a la que mancha y vuelve inapta de poseer a Dios hasta que es destruido completamente por las penas del purgatorio. Todo ello es incontestable en los principios de la fe; y en la otra vida como en ésta, el amor propio es nuestro más grande enemigo, puesto que coloca el principal obstáculo a nuestra felicidad. Concebid bien esto, almas que sólo pensáis en vosotras mismas, y por el amor bien regulado que os debéis, determinaos a combatir sin tregua alguna a vuestro amor propio.

PUNTO TERCERO. — El amor propio considerado en su doble aspecto, como enemigo de Dios y mío, es soberanamente aborrecible. ¿Por qué he de odiar al pecado? Porque es hijo del amor propio, y la malicia que entraña, lo que lo vuelve odioso y digno de castigo, proviene únicamente de éste. ¿Por qué es el infierno un "lugar de tormentos" y de horror? Porque es el suplicio del amor propio. "Si no existiera la propia voluntad tampoco existiría el infierno", dice San Bernar-

do <sup>(3)</sup>. ¿Por qué Dios ejerce en el purgatorio el rigor de su justicia en las almas que ama y de las cuales es amado? Dios se ve obligado a tratarlas de esa manera puesto que aun ve en ellas los vestigios del amor propio, y no disminuirá su rigor hasta que no estén enteramente purificadas.

La sana razón siempre ha condenado el amor propio, como puede constatarse en los escritos de los antiguos filósofos, los que, si bien no comprendían su naturaleza y su desequilibrio, lo consideraban más bien en relación a la sociedad humana, cuyo azote es, que en relación a Dios. La religión nos impone el deber de combatirlo hasta exterminarlo, si es posible. Toda la moral cristiana redúcese a este único punto. Esta severa e indispensable obligación que Ella me impone, constituye la razón más decisiva para que reconozca la santidad, para que la admire, la ame y me someta a ella. Esa moral no tendría carácter divino, no sería propicia al hombre, y más aún, sería falsa y faltaría a su doble objeto: asegurar a Dios la gloria que le es debida y a mí la dicha que sólo puedo esperar de El, si ella condescendiera con el amor propio, si me autorizara a tratarlo con menos rigor y no me ordenara, en una palabra, que lo persiguiese hasta su total aniquilamiento.

---

(3) "Cesset voluntas propria, et infernus non erit" Bern., In Temp. Resurrect., serm. III, n. 3. Opp., t. I, col. 903, f.

Si mi espíritu nada tiene que oponer a estas verdades, es preciso que mi corazón se rinda a ellas y tome la resolución de destruir en mí al hombre viejo, engendrado por el amor propio, para sustituirlo con el hombre nuevo, formado por el amor de Dios. Jamás he comprendido tan claramente como ahora, jamás se ha conmovido tan hondamente mi corazón: es la obra de vuestra gracia, ¡oh Dios mío! Fortaleced mi ánimo para emprender esa lucha contra mí mismo y mi constancia para perseverar en ella hasta la muerte.

## SEGUNDA MEDITACION

PUNTO PRIMERO. — El amor propio tiene origen en la imperfección radical de la criatura: imperfección que no constituye otra cosa que la capacidad de estimarse a sí misma, apropiándose de los bienes que sólo de Dios ha recibido, y de amarse a sí misma complaciéndose en su goce y disponiendo de ellos a su arbitrio. El mal comienza en la usurpación del ser, al que se considera existente por sí mismo; todo lo demás sigue lógicamente de ello, y ésta es la brecha por la cual se introduce el pecado.

Pero después de la caída de Adán, lo que constituía una simple capacidad en la criatura inocente, convirtióse en una inclinación íntima y violenta, que se declara en nosotros desde la más tierna infancia que ya ha adquirido una gran fuerza antes de que nosotros estemos en condiciones de advertirla y resistirla. Observad al niño, vereis cómo crece, que todo le pertenece, que todo debe cedérsele, que todo lo que le rodea ha sido hecho para él: en toda su conducta predomina el instinto del amor propio. La razón, en su nacimiento, siente el desorden y la injusticia de este instinto; se aver-

güenza de él y comprende cuán odioso es. Pero en lugar de aplicarse en domarlo, sólo procura ocultarlo, y luego seduciéndose y cegándose a sí misma, esfuerzase en disimularlo y justificarlo. Además, ella es en sí misma muy débil para vencerlo; y si lo logra en algún sentido, será sin duda alguna para quedar luego derrotada en cualquier otro objeto más importante, de suerte que las victorias logradas sobre el amor propio grosero se volverán en provecho del amor propio más refinado. Es así cómo los sabios paganos despreciaban los bienes de la tierra por orgullo, sacrificando el amor propio a la ambición, y la ambición al deseo de reposo y de independencia. Tanto más se estimaban cuanto más grandes eran sus virtudes, consideraban como propio deber la adquisición de las virtudes morales, y aquellos que se preciaban de su valía y creíanse elevados por encima de lo vulgar, eran para ellos los seres más soberbios y más despreciables. Muchos cristianos mundanos proceden del mismo modo, y no debilitan un vicio sin fortificar otro.

La razón, lejos de poder lograr el aniquilamiento del amor propio no sabría conocerlo sino superficialmente. Para ello es necesario que sea iluminada y fortificada por la gracia. Además, para obtener tal beneficio es necesario aspirar a la perfección del cristianismo. El común de los cristianos conoce suficientemente lo grosero y lo criminal del amor propio, y con la gracia ordinaria pueden precaverse. Mas ellos no se hallan al tanto de sus as-

tucias, de sus disimulos, de sus sutilezas y de sus honduras, y es por ello que están continuamente a merced de él.

Por poco que quiera reflexionar sobre mí mismo, habré de confesar sinceramente mi impotencia en librarme de un mal tan profundo como inveterado. Si he logrado en alguna circunstancia vencer el amor propio, ¿puedo acaso, atribuirlo a mis raciocinios humanos y a mis fuerzas naturales?. De ninguna manera, la luz, los motivos y el coraje me han sido otorgados de lo alto. Si aún padezco de esa enfermedad, y mucho más de lo que pienso, ¿a quién debo atribuirlo sino a mi negligente atención en escuchar a la gracia y a mi poca fidelidad en seguirla? Además, ¿cuándo comencé a descubrir la poderosa influencia del amor propio sobre mis pensamientos y mis sentimientos, sobre mis intenciones y mis actos? Después de haberme resuelto a servir mejor a Dios y vigilarme a mí mismo con su ayuda. Habría hecho muchos otros descubrimientos si me hubiese entregado a Dios sin reserva alguna; habría recibido abundantes luces para conocerme y las más grandes fuerzas para vencerme. Sólo depende de mí el que reciba uno y otro en este momento.

PUNTO SEGUNDO. — El amor tiene dos manifestaciones, que son como dos ramas de un mismo tronco: la afición al propio juicio, y el apego a la propia voluntad. El propio juicio me vuelve celoso

de mi propia excelencia; la voluntad propia me inclina hacia la independendencia. El propio juicio no solamente me inclina a preferirme a los demás hombres, sino más aún, me incita a juzgar al mismo Dios, desaprobando ya aquello que me ordena creer o practicar, ya la conducta de su providencia, sea general como particular, y la razón de aquello que hace o permite. Aun cuando la preferencia que doy a mi propio juicio no llegue siempre hasta el límite de la iniquidad, jamás será excusable, pues proviene únicamente de un orgullo insoportable. Yo descubriré este orgullo en la mayoría de mis pensamientos, si los examino en la presencia de Dios y según las reglas del Evangelio.

La voluntad propia pretende dominarlo todo. No puede sufrir nada que la contrarie; irritase contra los preceptos divinos que la sujetan y contra las disposiciones de la Providencia que no armonizan con su deseo y proyectos. Sólo por fuerza doblégase bajo el yugo de Dios; niégale todo aquello que ella cree que puede negarle impunemente, y ya es mucho lograr si cede a sus más terribles amenazas.

El juicio y la voluntad propia han cavado el infierno, y lo pueblan continuamente. Ellos han encendido las llamas purificadoras del purgatorio. Sin ellas, ¿quién será lo suficientemente puro para ser admitido a la presencia, al goce, a la unión íntima del Ser infinitamente santo? ¡Ay! aun nuestras buenas obras y nuestras virtudes no escaparán a la severidad de sus juicios. Antes de admitirlas las pu-



rificará con el fuego, a fin de separar aquello que el amor propio deslizó en ellas, esto es: la falta de rectitud en la intención, la negligencia en la ejecución, la vana complacencia durante o después de la acción. ¡Cuán reducido es el número de los cristianos que salen de esta vida completamente purificados! Por consiguiente, es en el propio juicio y en la voluntad propia que debemos atacar al amor propio: sujetando el uno al espíritu de Dios; y el otro a su voluntad, no sólo en los puntos esenciales y de rigurosa obligación, sino absolutamente en todas las cosas. Procuremos adquirir antes que todo, estas dos virtudes: la humildad y la obediencia. La humildad abate la presunción, la vanidad y la arrogancia del espíritu; la obediencia doblega la rigidez de la voluntad, y la acostumbra al yugo de la autoridad. Estas virtudes constituyen los dos objetos principales de la mortificación interior y con ellos el amor propio poco o nada influye en un alma verdaderamente humilde y sumisa.

Esto nos demuestra la considerable ventaja de la mortificación interior sobre la exterior. Esta sólo combate directamente a la carne, cuyas rebeliones no siempre logra reprimir, y no solamente puede ella subsistir con el orgullo del espíritu y la indocilidad, sino más aún, le proporciona algunas veces la ocasión de fortificarla. Al tiempo que la mortificación interior dirige todos sus ataques contra el amor propio, y a medida que lo debilita, disminuye también el dominio de los sentidos, cuya rebelión

es el castigo humillante de la rebelión del espíritu contra Dios.

PUNTO TERCERO. — El amor de Dios y el amor propio son como dos pesas en los platillos de una balanza, entre los cuales dispútase la ventaja. Aquello que el hombre ha quitado a uno de ellos mediante el buen o el mal uso de su libertad, otorga la preponderancia del otro, o mejor dicho, sólo otorga aquello que ha tomado del otro. Vosotros no podéis fortificar el amor propio más que a expensas del amor de Dios, y así recíprocamente. Esta es la constante doctrina de San Agustín sobre la caridad y la concupiscencia <sup>(1)</sup>. Así pues, la regla más segura para conocer si el amor de Dios domina en vosotros, consiste en observar cuál es vuestra disposición habitual respecto del amor propio. El cristiano ama rectamente a Dios desde el momento en que se aborrece y desprecia a sí mismo y no procura atraerse la estima y el amor de los demás. Pues el amor no puede estar ausente del corazón humano, y desde el momento en que no se ama con el amor reprobado por Jesucristo, ello constituye una prueba moralmente cierta de que se ama a Dios.

(1) "Nutrimentum ejus (caritatis) est imminutio cupiditatis: perfectio, nulla cupiditas... Quisquis igitur eam nutrire vult, instet minuendis cupiditatibus". August., De diver. quaest. Quaest. XXXVI, n. 1. Opp., t. VI, col. 13, a. — Vide insup. Id., De Doctr. christ., lib. III, n. 16. Opp., t. III, p. I, col. 50, c. — Id., Enchirid., cap. CXVII, n. 31 Opp., t. VI, col. 240, f.

El amor propio es tan sutil que, a pesar de nuestros cuidados, no siempre podemos evitar sus desagradables sorpresas. Así pues, es imposible contar con una perfecta seguridad al respecto. Pero sin reflexionar ni inquietarse demasiado (lo cual sería un efecto del amor propio), el alma recta y simple dirígese a Dios en un punto tan importante: le ruega que no la perdone y que le enseñe a no perdonarse a sí misma.

Ella examina tranquilamente en su presencia los repliegues de su corazón, y ante la menor falta, ante la más ligera imperfección que la luz divina le descubre, al punto trata de extirparla, confesándose culpable y pidiendo, al mismo tiempo, la gracia de corregirse.

### TERCERA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO. — El amor propio grosero, que nos expone a caer en las faltas graves, es fácil de apereibir, por poco que sea el temor de Dios. La conciencia nos indica con suficiente claridad cuán criminal es el excesivo amor de sí mismo, capaz de pisotear todas las leyes con tal de lograr su propia satisfacción. Sería necesaria una gran fe y una gran voluntad, para refrenar y conducir a sus justos límites al amor propio llevado hasta el exceso. Mas al reprocharse los pecados graves que ha cometido, al acusarlos, al expiarlos aun por la penitencia, el cristiano no siempre se remonta a la causa y, por consiguiente, no ataca el mal en su propia raíz. De ahí las recaídas, o al menos su peligro próximo y constante. Es imposible determinar con precisión hasta qué punto es necesario combatir el amor propio, para defenderse en absoluto del pecado mortal. Aquellos que condescienden con él deliberadamente, respecto de objetos que se les antoja disculpables, terminan casi siempre, por favorecerlo en cosas de mayor importancia. Ello hizo pronunciar a Jesucristo esta terrible sentencia contra los tibios: "¡ojalá fueras frío, o caliente!

mas por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca" (1). Yo os retiraré insensiblemente el hábito de mi amor, y lo perderéis finalmente, tal vez para no recobrarlo jamás. Este infortunio es siempre temible para el cristiano, sea cual fuere el progreso que haya realizado, desde el momento que condesciende deliberadamente con el amor propio en cualquier circunstancia en que Dios le ordena combatirlo. Saúl en los comienzos de su reinado poseía el espíritu de Dios. Samuel le predice que será transformado en otro hombre, y por orden del Señor le ordena que destruya a Amalec y todo lo que en él se halle. Saúl en cambio perdona a Agag, rey de Amalec, y se apodera de la mejor parte de los rebaños de los Amalecitas. A raíz de esta falta, el Espíritu divino se retira de él y un maligno espíritu comienza entonces a atormentarlo continuamente (2). El ejemplo es impresionante. El amor propio representa a Amalec, a quien el Señor nos ordena combatir sin tregua hasta su completo aniquilamiento. Si nosotros condescendemos con él, nos exponemos a seguir la misma suerte de Saúl.

PUNTO SEGUNDO. — El amor propio más delicado y sutil, que nos hace cometer una infinidad de pecados veniales, que llena nuestro espíritu de

(1) "Quia tepidus es, et nec frigidus, nec calidus, incipiam te evomere ex ore meo". Apoc., III, 16.

(2) I. Reg., X, 6, XV.

innumerables falsos prejuicios acerca de la naturaleza y los deberes de la profesión del cristiano, que entretiene en nuestro corazón las inclinaciones y las repugnancias, las aficiones y las aversiones que el Evangelio nos ordena combatir y superar, que nos induce a vivir no en el desorden, sino en el relajamiento y en la imperfección, este amor propio, no es tan fácil de reconocer debido a su destreza en disfrazarse, a su habilidad en excusarse, o también, en justificarse.

Gran parte de los cristianos no suelen defenderse de él, y como sólo lo juzgan a través de sus efectos, desde el momento que no les provoca la pérdida de la amistad de Dios ni siquiera sospechan que se hallan impregnados de él y que predomina en toda su conducta.

¡Cuántos devotos del amor propio hay, que no suponen siquiera que se hallan infectados por su contagio! Todos los que conviven con ellos lo advierten y frecuentemente lo sufren. Ellos sin embargo son los únicos que no reparan en ello. ¡Cuán numerosos son los hombres gobernados por su propio espíritu, librados a los defectos de su carácter, celosos hasta el exceso de su autoridad, que pretenden sujetar a los demás a sus propias ideas y que no conocen otra ley que su propia voluntad, ante la cual es preciso que todo el mundo se doblegue; que son inflexibles, incapaces de pedir consejo, de escuchar las justas amonestaciones y admitir sinceramente sus errores! Decidles que su con-

ducta demuestra que son esclavos del amor propio, y que en ellos la naturaleza siempre prevalece sobre la gracia; ellos no compartirán vuestro juicio, o sino, os responderán que ésa es su manera de ser y que le es imposible reformarse. Los más sinceros reconocerán su impotencia y su inconstancia en sobrellevar la lucha contra el amor propio, aduciendo su falta de coraje para tan grande empresa. Es preciso pues, poseer este coraje, es necesario pedirlo a Dios, probarlo y no retroceder, si se desea sinceramente que el santo amor ocupe en nosotros el lugar del amor propio.

PUNTO TERCERO. — Por más penetración, por más delicadeza de sentimiento que pueda tenerse, por más solícito que sea el cuidado tendiente a estudiar los movimientos del propio corazón a fin de descubrir en él aquello que proviene del amor propio, todo ello jamás logrará su objeto a menos que intervenga la luz de lo alto. Una vez conocido perfectamente, jamás se tendrá la suficiente fuerza para combatirlo en toda ocasión y arrojarlo de sus últimos reductos si Dios no la otorga. Mas para desear sinceramente obtener esta luz y esta fuerza, para convertirla en el objeto ordinario de las propias oraciones, para emplearla rectamente, conforme Dios nos la otorga, es necesario estar determinado a cumplir, todo lo que sea posible, el precepto del amor de Dios, es preciso abandonarse a la conducta de la gracia, con el fir-

me propósito de seguirla inviolablemente. ¿Cuáles son los cristianos que han tomado esta generosa determinación? ¿Son numerosos? ¡Oh Dios mío, que tenga yo la dicha de pertenecer al número de ellos, y que éste sea el fruto de mi retiro!

Comprendo además, que a pesar de mi buena voluntad, de toda mi vigilancia y de todos mis esfuerzos, jamás lograré destruir por completo mi amor propio. Este golpe decisivo para la consumación de la santidad, únicamente puede partir de vuestra mano, y sólo completáis esta gran obra a través de las pruebas. Cometería una gran temeridad si me ofreciera para ello, hallándome incapaz de sufrir la más ligera pena. Pero, ¡oh Dios mío!, si para destruir en mí ese enemigo de vuestro amor, Vos me habéis destinado alguna prueba, otorgadme la gracia de aceptarla cuando ella se presente y de sobrellevarla hasta el fin, considerándola como uno de esos preciados favores que Vos reserváis para vuestros amigos. Sobre todo no permitáis que me vuelva indigno, ni que altere vuestros designios sobre mí, por causa de mi poca fidelidad en secundar vuestras gracias, y por mi poco coraje en combatirme a mí mismo.

## CONSIDERACION

### Sobre las cruces

Las cruces, constituyen el gran medio que Dios emplea para destruir en nosotros el amor propio y elevar sobre sus ruinas el edificio de la caridad; mientras que nosotros, por nuestra parte, empleamos con el mismo objeto, los medios que El ha colocado a nuestra disposición. La obra, en efecto, sólo por las cruces puede perfeccionarse; sin ellas permanecería imperfecta. El motivo es evidente. El "yo" es incapaz de darse muerte a sí mismo, es preciso que el golpe decisivo provenga de otra parte, y que el "yo" se mantenga en una absoluta pasividad al recibirlo. Por más que me mortifique, pese a todos mis esfuerzos, jamás lograré morir espiritualmente. Yo puedo desprenderme de todas las cosas de las cuales dispongo, pero dividirme, separarme de mí mismo y arrancarme todo lo que tengo de más íntimo, esto sí que no me es posible. Es preciso que Dios proceda a esta separación, que él mismo aseste el golpe mortal, y que el fuego de su amor consuma a su víctima. Mi participación en este sacrificio consiste solamente en ofrecerme, en

prepararme y aceptar su consumación. Así procedió Isaac; consiente ser inmolado por su propio padre, y se mantiene inmóvil esperando recibir el golpe.

Son tantos y tan diversos los géneros de cruces que es imposible enumerarlos, y las mismas cruces pueden variar hasta el infinito. Ellas cambian los caracteres de las personas, según las circunstancias, según el peso que le plazca a Dios darle, y el grado de sensibilidad de las almas a las que están dirigidas. Unas son simplemente dolorosas, las otras son humillantes, y otras, en cambio, reúnen la humillación y el dolor.

Estas atacan al hombre en sus bienes, en las personas que le son queridas, en su salud, en su honor, en su vida misma. Aquéllas afectan sus intereses espirituales con respecto al estado de su conciencia y de su salvación eterna, y éstas son, incomparablemente, las más íntimas, las que más anonadan y las más difíciles de sobrellevar. Algunas provienen de los hombres, otras del demonio y otras inmediatamente del mismo Dios. Todas ellas provocan efectos que la mortificación no podría producir, y sin ellas jamás se logrará alcanzar un grado eminente de santidad.

Las cruces poseen dos grandes ventajas con respecto a la destrucción del amor propio. La primera es que no proceden de nuestra propia elección. El amor propio siempre tiene cierta participación



en aquellas que nos imponemos a nosotros mismos, tales como las austeridades.

Siendo nuestra voluntad —auxiliada por la gracia— quien las abraza y también la que nos ayuda, en parte, a sobrellevarlas es de temer que procedamos con cierta complacencia que nos mueva a ponderar nuestro mérito delante de Dios. Soy yo —parecería decirle —quien os entrega eso; yo me privo de tal cosa, yo sufro tal pena gustosamente, por amor vuestro; no estoy obligado a ello; todo lo realizo por pura generosidad que sólo podéis recibir con agrado. Semejante astucia del amor propio deslízase o puede fácilmente deslizarse en las prácticas de la virtud que nos prescribimos a nosotros mismos.

Son muy distintas las cruces que provienen de la providencia. Ellas caen sobre nosotros en el momento menos pensado. Lejos de aceptarlas, nuestra primera reacción será el de rechazarlas prontamente; y sólo forzosamente, con pena, nos sometemos a ellas, desde el momento en que nos es imposible sustraernos. De esta manera queda descartado el peligro de "glorificarnos" delante de Dios, en una sumisión que es, en cierto sentido, producto de la necesidad. En cambio, ellas constituyen para nosotros, ordinariamente, una humillación, debido a nuestro poco coraje, a las impaciencias, a las murmuraciones, a los lamentos de la naturaleza herida, de lo que nos avergonzamos, puesto que desmiente y echa por tierra todas nuestras anteriores protestas

de fidelidad a Dios. Además, no proviniendo estas cruces de nuestra propia elección y no existiendo en sí ninguna fuerza que nos ayude a sobrellevarlas, nuestra alma se ve obligada a recurrir humildemente a Dios, a esperar únicamente de El los auxilios, y a glorificar y agradecer a su gracia cuando logra superar felizmente todas sus dificultades. Por consiguiente nada tiene que hacer aquí el amor propio.

La segunda ventaja de las cruces está en que Dios, sea que las envíe él mismo, sea que las permita, hiere siempre en la parte sensible y hunde su dardo tan pronto fuere necesario para herir al amor propio que persigue: continuando, redoblando la mortificante operación hasta haber alcanzado por completo su objetivo. Por consiguiente, siempre que nos mantengamos en un estado puramente pasivo, esto es, siempre que la voluntad no oponga a su acción alguna resistencia formal, el éxito será seguro.

Demuéstrase claramente que Dios apunta hacia el lado sensible, que conoce mejor que nosotros, desde el momento en que preferimos casi siempre cualquier otra cruz a aquella que El ha elegido para nosotros; desde el momento que la naturaleza se siente herida y lanza sus gritos de rebelión o enmudece por completo con el exceso de la pena. Esto con respecto a las cruces ordinarias.

En cuanto a las cruces que proceden del orden común, que son por consiguiente más raras y que denotan de parte de Dios algún gran designio sola-

mente basta decir aquí que ellas encarnan principalmente las más horribles tentaciones contra la pureza, la fe, la esperanza, la caridad, a las cuales se unen continuamente las vejaciones del espíritu maligno. Dios se sirve de ellas a fin de purificar a ciertas almas privilegiadas, persiguiendo al amor propio con un furor implacable hasta su último reducto, quitándole así toda influencia en los corazones que El desea poseer enteramente.

Ya que las cruces constituyen el gran azote del amor propio y el medio más eficaz para establecer en un alma el reinado del amor divino, es mi deber, pues, estimarlas, quererlas, desearlas si Dios me lo inspira, aguardarlas, al menos con tranquilidad, y no temerlas, recibirlas con sumisión, sobre llevarlas con paciencia y abandono en el beneplácito divino y cifrar mi felicidad, en esta vida, en glorificarle a través de este gran rasgo de semejanza con Jesucristo. Así sea.

### FIN DEL RETIRO

### DEL DON DE SI MISMO A DIOS

Es la voluntad de Dios que todo cristiano, en cuanto tenga uso de la razón, se dé, se sacrifique y se consagre a El de todo corazón, ratificando de esta manera la ofrenda que de sí hizo en el bautismo. Es muy limitado el número de los fieles que, capacitados para conocerse y reflexionar, hacen al Señor esa completa entrega de sí mismos. La mayoría de ellos, aun aquellos que se consideran piadosos, ignoran durante toda su vida lo que es darse de esta manera a Dios, y cuando se les habla de ello y se les propone que entren en esta disposición como indispensable al cristiano, acogen con cierta repugnancia esas mismas indicaciones, y no saben resolverse a ese gran sacrificio que encierra en sí todos los demás. Trázanse un plan de devoción concebido según sus propias ideas y no según las de Dios: un plan en que, pretenden sujetarse a la gracia hasta cierto punto, sin dejarse empero dominar absolutamente y en todo por ella. En todo aquello que no se halla expresamente ordenado, o a lo que no nos hemos voluntariamente sometido, nos creemos con derecho a disponer de nosotros mismos, y no queremos estar sometidos a Dios hasta el punto de depender de El en los pormenores de nuestra conducta.

Pero si es muy limitado el número de los que hacen a Dios esa entrega de sí mismos, son todavía menos los que perseveran en ella y la realizan. Luego de haberse dado de esta manera, no tardan en volverse atrás y gobernarse más o menos según su arbitrio y amor propio. Le es muy costoso a la naturaleza permanecer constantemente bajo la dependencia de Dios; va aflojando poco a poco el yugo, hoy en una cosa, mañana en otra, y muchas veces llega a sacudirlo del todo. He aquí la razón de la pérdida de tantas almas y de tantas otras que no entran en el cielo sino después de haber sufrido un largo y terrible purgatorio, y el porqué de un tan reducido número de santos. Y entiendo por santos a aquellos que, sea cual fuere su edad, ya hayan conservado siempre su inocencia o la hayan perdido, ya hayan vivido algún tiempo en el hábito del pecado, se entregaron por fin seriamente a Dios y realizaron, en cuanto les fué posible, los designios de perfección que sobre ellos tenía.

De todas las materias de la moral cristiana ésta es sin duda la más importante, siendo preciso comenzar por ella, ya que es el fundamento de todo el edificio; y más aún, creo que sin ella, nadie puede llegar a ser verdadero discípulo de Jesucristo. Nunca, pues, profundizaremos lo suficiente en esta materia que bien comprendida, nos dará la inteligencia de todas las demás. Pidamos a Dios que nos ilumine y leamos con corazón dócil las siguientes reflexiones.

## I

## ¿Qué es darse a Dios?

Darse a Dios significa consagrarle todos los pensamientos, todos los afectos, todas las acciones, de tal suerte que el espíritu no se ocupe más que en él y en los objetos en que quiere que pensemos a cada momento; que el corazón no ame más que a él y a las criaturas, por causa de él y según el orden por él establecido; que se refiera a él todo cuanto se haga, todo cuanto se sufra, y que nuestro último fin y nuestra principal intención sean glorificarle y complacerle.

Darse a Dios significa renunciar a dirigirse a sí mismo para ser en todo conducido por la gracia; significa no tener voluntad propia en nada y no querer sino lo que Dios quiere; significa entregarle nuestra libertad a fin de que disponga de ella y la dirija como mejor le plazca.

El cristiano que se ha entregado a Dios deja de pertenecer a sí mismo; no tiene ya derecho alguno sobre sí; se coloca en manos de Dios y de los que le representan, y desde ese momento le repugna per-

mitirse algún deseo, emprender la cosa más insignificante y dar algún paso movido por su propia voluntad. En una palabra, ha pasado al dominio de Dios; tiene siempre sus ojos fijos en El a fin de conocer su voluntad; hállase constantemente dispuesto a ejecutarla sin razonamiento alguno, sin alegar excusa alguna y sin oponer a ella sus inclinaciones o sus repugnancias naturales. Una dependencia tal espanta a primera vista, y parece que debe tener al alma en una sujeción insoportable; pero pronto veremos cómo Dios sabe suavizar su yugo y cómo el amor lo vuelve delicioso.

## II

## RAZONES QUE ASISTEN PARA DARSE A DIOS DE ESTA MANERA

### PRIMERA

#### Nada es más justo

Sin dejarnos desanimar por varias aprensiones que la experiencia desmiente, comencemos desde luego por examinar las razones que nos mueven a entregarnos de esta manera a Dios. Estas razones son innumerables, e inacabable sería mencionarlas todas: nos limitaremos por consiguiente a las principales. ¿No es soberanamente justo que me dé todo entero y sin reserva a Aquel que me sacó de la nada y que conserva a cada instante la existencia que me dió, que es mi primer principio y mi último fin, de quien todo lo espero y sin el cual me es imposible ser feliz? ¿Qué necesidad tiene Dios de mí? Ninguna. Que yo exista o deje de existir, que me entregue o no a él, no por eso será menos di-

choso. ¿Por qué, pues, exige que sea completamente suyo? El orden así lo exige; Dios no puede autorizarme a que yo sea dueño de mí mismo ni que me entregue a otro que no sea El. Si pretendo tener el derecho de disponer de mí como mejor me plazca, soy un usurpador; arrebató a Dios un bien que le pertenece; si me doy a otro, no puede ser más que a una criatura, a la que ni yo tengo facultades para darme, ni ella poder para recibirme sin injusticia y sin hacer a Dios el mayor de los ultrajes: el de preferirle a otra cosa.

Mas si es justo que sea de Dios, es justo también que lo sea en todo y por todo; en ninguna cosa, en ningún momento puedo sustraerme a su dominio. Su derecho se extiende a todo lo que soy; cualquiera que sea el estado y las circunstancias en que me encuentre. El me ha creado y no ha podido crearme más que para El. Abuso de mi espíritu si lo dedico a otro fin que a conocerle; abuso de mi corazón si no empleo en amarle todo cuanto hay en él de cariño; abuso de mi libertad si me sirvo de ella para otro fin que no sea el de determinarme a agradarle en todo; abuso de todas las facultades de mi alma y de mi cuerpo, si no las empleo en lo que es conforme a sus intenciones. No es suficiente no ofenderle, es necesario que procure agradarle y por consiguiente cumplir su voluntad en todo. De la misma manera que a los santos y bienaventurados, nada se deja a mi arbitrio. ¿No nos enseña Jesucristo a decir a nuestro Padre celestial: "Hágase

tu voluntad así en la tierra como en el cielo?" (1). ¿Existe por ventura un instante, una ocasión en que no se haga en el cielo la voluntad de Dios? Por consiguiente nosotros estamos obligados a procurar que se cumpla con igual plenitud y perseverancia en la tierra.

La única diferencia que existe entre los bienaventurados y nosotros, está en que a ellos le es absolutamente imposible separarse de la voluntad de Dios, puesto que por su estado se hallan inmutablemente fijos en El, mientras que nosotros conservamos aquí en la tierra la ingrata posibilidad de separarnos de ella. Por lo demás, el no tener otra regla que la voluntad divina, es un deber tan indispensable para nosotros como para ellos.

Así pues, ya consulte a mi razón y a mi conciencia por una parte y por otra a mi religión y mi fe, ya considere lo que es Dios en sí mismo y lo que es respecto de mí; todo, absolutamente todo constitúyese en un deber, que me mueve a darme enteramente a él y tan sólo a él; todo coincide para enseñarme que ésta es mi primera y principal obligación.

(1) "Fiat voluntas tua, sicut in coelo, et in terra" (Mat., VI, 10).



## III

## SEGUNDA RAZON

## No puedo ser dichoso sino dándome a Dios

Siendo Dios mi soberano bien, no puede haber dicha para mí, ya sea en esta vida como en la otra, sino tan sólo mediante mi unión con El. Aquí en la tierra, empero, donde le conozco tan sólo por la fe, ¿qué otra unión puedo tener con Dios sino dándome enteramente a El para no separarme jamás; sacrificándole mi espíritu y mi corazón para formar una sola cosa con El en la conformidad de sentimientos y afectos, ya que en esta conformidad estriba la unión de los espíritus? Dios me ha dado el discernimiento y la libertad, para que, conociendo lo que es, y mis relaciones con El, me una única e inviolablemente a El mediante una elección ponderada. Su intención ha sido que ese don de mí mismo, siendo libre, fuese glorioso para El y meritorio para mí; es decir, que glorificándole por un amor de predilección y comenzando desde esta vida a ser feliz por ese amor, mereciese glorificarle para

siempre en el cielo y hallar en El, en la consumación de mi amor la consumación de mi dicha.

Así me dice en la Escritura: "Hijo mío, dame tu corazón" (2). Todo lo que de mí exige se reduce a ese don, que en realidad lo comprende todo; el único que desea y sin el cual toda ofrenda de mi parte nada sería para El. Dame ese corazón que he creado para mí, que solamente yo puedo llenar; que por sus más íntimos deseos no suspira más que por mí; y que fuera de mí no podría hallar la paz y la dicha. Yo soy su único dueño; y lo que lo hace grande y noble, es el estimar pobre y pequeño para él todo otro ser que no sea yo. Si Dios nos lo pide no es para su bien, sino para el nuestro. Nada necesita El de nosotros, mientras que nosotros no podemos independizarnos de El. El es por sí mismo soberanamente feliz, mientras que yo sin El no lo sería nunca.

¿Puedo edificar mi dicha yo mismo? No; yo no veo en mí más que indigencia, y ello no me sorprende por cierto, puesto que soy tan sólo una criatura sacada de la nada. ¿Pueden las demás criaturas y todos los bienes del universo contribuir a mi felicidad? No. Son seres que como yo han salido de la nada, y son por sí mismos tan indigentes como yo. Podría poseerlos todos y para siempre, sin que por eso se sintiese mi corazón menos

(2) "Praebe, fili mi, cor tuum mihi". (Prov., XXIII, 26).

vacío, sin que se hallase menos hambriento, menos deseoso del verdadero bien, del bien supremo, que no es otro que Dios. Mientras el corazón no descansa en Dios, busca incansablemente, desea y echa siempre de menos algo... Por el contrario cuando lo posee se halla satisfecho, alegre, tranquilo, sin estar sujeto al fastidio que roe, que devora, que consume al que no busca en Dios su dicha. Pero jamás el corazón humano poseerá a Dios mientras Dios no lo posea; ni Dios se dará a él mientras él no se dé proporcionalmente a Dios. 'Todo por todo'.

## IV

## TERCERA RAZON

No tengo más que el momento presente  
para disponer de mí

Nadie diga: me daré a Dios cuando bien me parezca; nada me apremia; dispongo de todo el tiempo que quiera para pensarlo. Semejante modo de discurrir es tan falso como insensato. Es falso, puesto que para darme a Dios no dispongo más que del tiempo de la vida presente tan corto, tan incierto.

No dispongo siquiera de un mes, ni de un día, ni de una hora; no soy dueño más que del instante presente. Si no me resuelvo en este momento, ¿podré hacerlo en el siguiente? Si en este instante me solicité vivamente la gracia, ¿no huirá de mí si la rechazo? ¿Acaso se ha puesto a mi disposición para que use de ella a mi arbitrio? Me será más fácil resolverme mañana que hoy? Si lo difiero, tal vez no lo haga nunca. Por otra parte, ¿no es una verdadera locura aplazar para otro día el entrar en el

único camino que conduce a la felicidad; al no cumplir tan pronto lo que Dios nos excita a hacer ¿no lo sentiremos después por no haberlo hecho antes? ¡Por qué he de exponerme a exclamar un día como San Agustín!: "Tarde comencé a amarte, Dios mío, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde os amé! ¡Ah! aunque me diese desde luego a Vos, oh Dios mío, tendría que echarme ya en cara esta tardanza. ¿Por qué aumentarla con nuevas cavilaciones? ¿Por qué aumentar su amargura? ¡Cuán doloroso es este reproche para un corazón a quien el amor divino ha herido! Si nos hace la inmensa gracia de herir al nuestro, entreguémonos a El desde ya, y recibamos con la más viva gratitud la más dulce de las heridas. ¡Oh! ¡Verdaderamente desconocemos el mal inmenso que nos hacemos aplazando nuestra total entrega a Dios!

## V

## CUARTA RAZON

No puedo glorificar a Dios sino dándome a El

Dios me ha creado para su gloria: este es el primer fin que se propuso, y debe ser también el primero que he de tener presente en su servicio. Pero, ¿de qué otra manera puedo glorificarle sino dándome completamente a El? Lo que le glorifica no es lo que hago por mí mismo para su gloria, sino lo que él mismo hace en mí y por mí. El no exige de mí más que una felicidad absoluta, una disposición a la obediencia ilimitada, que, no rehusándole nada, no contrariándole en lo más mínimo, le permita ejercer a su gusto su dominio sobre mí. Es glorificado por mí tanto como quiere ser desde que me tiene siempre en su mano, y me encuentra dócil a su voluntad. Que realice por El grandes o pequeñas cosas, le es indiferente mientras yo cumpla fielmente su voluntad. Lo único que da valor a las cosas es su voluntad, y las estima tan sólo por ella. El único acto que resulta glorioso para El, es

aquel mediante el cual nos damos sin reserva a El; todo lo demás no es sino la consecuencia y la ejecución de dicho acto y todo el mérito de él se desprende. Por poco que desee la gloria de Dios, ¿puedo vacilar un momento siquiera en procurársela mediante esa donación entera de mí mismo? Dios, además, tiene sus designios particulares sobre cada alma: ésta está destinada a glorificarle de un modo, aquélla de otro. La elección del modo no depende de nosotros; lo único que nos incumbe es corresponder perfectamente a nuestro destino. Desconozco los designios de Dios sobre mí, pero sé perfectamente que no los cumpliré jamás mientras no me dé totalmente a él. Dios aguarda de mí esta donación para manifestármelos, pues si se adelantara a revelármelos yo no consentiría en ellos, o si consintiese no tendría bastante valor para cumplirlos. Jesucristo se abstuvo de revelar a San Pablo los grandes designios que en él tenía depositados hasta que, sumiso y dispuesto, le dijo: ¿Qué queréis, Señor, que haga? <sup>(3)</sup>. Si leemos con atención la vida de los santos observaremos que Dios jamás les ha manifestado sus designios sobre ellos hasta que se dieron incondicionalmente a El. ¿Qué desgracia para mí si, por no haberme dado a Dios muriese sin haber realizado y ni siquiera conocido los designios que sobre mí tenía!

<sup>(3)</sup> "Domine, quid me vis facere?" (Act., IX, 6).

## VI

## QUINTA RAZON

*No puedo santificarme más que por este camino*

Esta desgracia sería tanto mayor cuanto que mi santificación depende enteramente de la gloria que procure a Dios. Seré un santo si le proporciono toda la gloria que de mí espera; nunca llegaré a la santidad, y acaso expondré mi salvación, si no me pongo en condiciones de glorificar a Dios como lo desea, dándome todo a El. Nuestro Señor enseñó a Santa Teresa el sitio que hubiera ocupado en el infierno, si no hubiese correspondido a los designios de santificación que sobre ella tenía. Tal vez no existe para mí un término medio entre ser un gran santo o un réprobo. Más aún, cuando hubiese alguno y no corriese ningún peligro por mi salvación, ¿no me convertiría en enemigo de mí mismo al no aspirar a toda la perfección a que soy llamado, y a la que me sería imposible llegar sin darme enteramente a Dios? Si tengo fe no debo colocar nada por debajo, ni siquiera en compara-

ción con la santidad, que es para mí el principio de toda felicidad presente y venidera. Ahora bien, con la donación de mí mismo a Dios, entro en el camino de la santidad, al que me sería completamente imposible llegar de otro modo. Porque ¿puede darse una disposición más próxima a la santidad que la de ponerse enteramente en manos de Dios a fin de que El mismo nos santifique?

Dios es el único santo y el único santificador: toda santidad que reside en la criatura es obra de Dios. El es quien la infunde, quien la realiza, quien la acaba. Lo único que me pide es que me abandone a su gracia, que no obstaculice su obra, sino por el contrario la secunde con mi cooperación.

Así pues trabajará con mayor éxito cuanto mayor ha sido la entrega de mi voluntad a El. ¿Qué hago dándome a Dios? Doy desde ya mi consentimiento general para que realice en mí todo cuanto sea oportuno para mi justificación, y en cuanto subsiste este consentimiento es evidente que se extiende a todas las operaciones particulares de la gracia en mí. Mientras ese consentimiento no se revoque, Dios obra en mí libre e ininterrumpidamente, sea para corregirme de mis defectos, sea para purificar mis intenciones; la gracia aumenta cada día más su dominio sobre la naturaleza; el hombre antiguo se destruye para dar paso al hombre nuevo; y la obra adelanta y alcanza finalmente la perfección que Dios quiere darle. ¿Quién po-

drá detenerle en su trabajo desde el momento en que dejó de resistirle?, y de mi parte ¿qué medio más eficaz que no oponerle ninguna resistencia abandonándome entera e incondicionalmente a El? Ciertamente es muy factible que me aparte en cualquier momento de El; pero Dios, que ve mi rectitud y mi generosidad, me defiende contra mí mismo; me mueve a apoyarme cada vez más en El; y de tal suerte maneja mi voluntad, que ésta puede llegar a no desear otra cosa que ser dueña de sí misma y no apartarse de la conducta de Dios.



## VII

El precepto de amar a Dios únicamente puede  
cumplirse bien dándose a El

He aquí algunas razones muy poderosas para movernos a hacer a Dios esa donación de nosotros mismos. Vamos a indicar otras que no lo son menos. Tengo obligación de amar a Dios con todo mi corazón, con todo mi espíritu, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. "Es el primero y el más importante de los preceptos" (4). Mas ¿cómo puedo amarle de esta manera si no consagro a su amor todo mi corazón, todo mi espíritu, toda mi alma y todas mis fuerzas? ¿Y de qué otra manera puedo consagrárselos sino mediante una perfecta donación de mí mismo? Meditad bien esta razón tan clara como decisiva. Vamos a demostrar que el cumplimiento de este precepto es imposible de otro modo.

El mandamiento del amor de Dios obliga a dos cosas: primero, a evitar toda ofensa a Dios, gran-

(4) "... Hoc est maximum, et primum mandatum" (Mat., XXII, 37, 38).

de o pequeña, a no hacer deliberadamente nada que pueda desagradarle en lo más mínimo, y a estar alerta en cuanto podamos, contra las faltas leves o indeliberadas: segunda, a practicar, según el estado de cada cual y según las circunstancias, todas las virtudes que exige Dios de nosotros con toda la perfección debida; a esforzarse en agradarle en todo y a no retroceder ante los esfuerzos y sacrificios que el serle agradables nos cueste. Este precepto, tal como debe tomarse en toda su extensión, con relación a lo que prohíbe y ordena, comprende evidentemente el alejamiento de todo mal y la realización de todo bien. ¿Es posible empero permanecer en la determinación sincera y constante de huir el mal y perseguir el bien a menos de haberse dado plena e irrevocablemente a Dios?

El cristiano no debe permitir nada que pueda debilitar en él, por poco que sea, la caridad; por el contrario, debe abrazar todo cuanto tienda a aumentarla. Su culpabilidad es mayor o menor si es causa de que se entibie la amistad de Dios para con él; lo es si por negligencia, por cobardía y por indiferencia no contribuye al aumento de una amistad tan preciosa. En esto no cabe duda alguna; pero, ¿cumplirá jamás esos dos deberes y se pondrá en condiciones de cumplirlos como no sea haciendo una donación total y sin reserva de sí mismo a Dios? El Señor, el único que puede inspirarnos su amor, el único que puede aumentarlo, se halla ciertamente dispuesto a otorgarnos todas las gra-

cias que nos son necesarias para la conservación y aumento del tesoro de la caridad, pero esas gracias, sin las cuales nada podemos, tan sólo nos las concede proporcionalmente a nuestra entrega a él. De Dios parte la iniciativa, pero es preciso que le correspondamos, pues de lo contrario El cesará de actuar; y si permanecemos retraídos con El, le obligamos, por así decirlo, a que nos limite los efectos de su bondad. Cuando por medio de su Santo Espíritu ha derramado en nuestros corazones la caridad, el primer efecto que de nosotros aguarda es la donación de nosotros mismos. Si nos manifiesta su amor, lo hace para provocar el nuestro, y tanto más espera de nosotros cuanto mayores son las muestras que de él nos ofrece. Así pues, es evidente que sus gracias no se multiplicarán sino en cuanto nos hagamos dignos de ellas mediante nuestra correspondencia; y esta correspondencia no será nunca completa si no lo fuese, asimismo, nuestra donación.

Pretender poner algún límite, alguna reserva al amor de Dios es ir directamente contra la naturaleza de este amor, que por parte de su objeto es esencialmente infinito, y que únicamente puede ser limitado por la capacidad finita del corazón que ama. Pero esta capacidad puede aumentar continuamente puesto que no tiene más medida que la que el Señor estima otorgarle; y por mi parte no puedo fijarla. Debo amar a Dios sin medida, esto

es, con toda la capacidad de mi corazón, el cual siempre es susceptible de ensancharse. Pero nunca podré amarle sin medida si no soy suyo sin medida; ni con toda la capacidad de mi corazón si éste no le es completamente fiel.

Si nos fuese posible amar a Dios infinitamente, cual se ama él a sí mismo, estaríamos obligados a amarle de esta manera, ya que este amor es el único que corresponde a su infinita perfección; y si estamos dispensados de ello es porque no nos es posible amarle en esa forma. Debemos pues amarle tanto como somos capaces de hacerlo mediante su gracia, que se nos ofrece siempre para que le amemos más y más. Este es el deseo de Dios: que nuestro amor vaya siempre en aumento, y que no estemos nunca contentos de nosotros mismos cual si nuestro amor fuera ya suficiente, puesto que podemos; a cada instante, amarle más y más. Pero, ¿qué es amar sino darse por entero al objeto que se ama? Es propio del amor dar todo cuanto da puede; es imperfecto desde el momento en que se reserva algo para sí; y el corazón que es verdaderamente de Dios no puede estar contento mientras reserve para sí alguna cosa, aún la más pequeña.

Cuanto más profundicemos la materia del amor de Dios, más nos convenceremos que la obligación que se nos impone no puede cumplirse sino mediante una completa donación de nosotros mismos. El corazón no estaría contento hasta haberlo rea-

lizado, ya que hasta entonces le es imposible experimentar el gusto de Dios ni hallar una dulzura y una perfecta paz en su servicio.

Consultémonos sobre este punto, y nuestro estado interior nos dirá si somos o no de Dios.

## VIII

### El ejemplo de Jesucristo nos impone la obligación de darnos a Dios

En nuestra calidad de cristianos estamos obligados a seguir las huellas de Jesucristo, <sup>(5)</sup>, o lo que es lo mismo a imitarle. Nuestra salvación depende de que le imitemos o dejemos de imitarle. El Evangelio así lo expresa terminantemente en numerosos pasajes, y San Pablo asegura que todos los elegidos están predestinados a ser conformes a la imagen del Hijo de Dios. <sup>(6)</sup>. En efecto, el Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros <sup>(7)</sup> para servirnos de modelo.

Mas ¿en qué principal sentido es nuestro modelo? En su fidelidad a Dios Padre. He aquí pues el punto principal de nuestra semejanza con El, es el primer y principal rasgo a que deben referirse todos los demás. Ahora bien, la fidelidad, la abnegación de Jesucristo para con su Padre ha sido perfecta; comenzó en el primer instante de su vida; por nada se vió debilitada ni revocada; y llegó

(5) Mat. XVI, 24.

(6) Rom., VIII, 29.

(7) Juan., I, 14.

a su consumación al exhalar el postrer suspiro en la cruz. Fuéronle propuestos todos los designios que respecto a él tenía su Padre celestial y los aceptó todos; sometióse a ellos sin excepción por rigurosos que fuesen y los cumplió sin omitir la más insignificante circunstancia.

¿Qué fué la vida de Jesucristo sino la realización ininterrumpida de la obligación que hiciera de sí mismo al venir al mundo? En ello debe encuadrarse, salvada la necesaria proporción, la vida de todo cristiano. Desde que se conoce y al comprender que el cristiano no es más que un discípulo y un imitador de Jesucristo, es preciso que se someta como El, a todos los designios de Dios; que se imponga el deber de cumplirlos sin separarse jamás de ellos, y sea fiel a los mismos hasta la muerte. Debe estar íntimamente persuadido de que están contados todos sus pasos, que tiene trazado su camino, que cuanto debe hacer o sufrir en el curso de su vida está dispuesto por la Providencia, y que debe marchar exactamente por aquel camino guiado por Dios. El cristiano que no es fiel a Dios, por más que se esfuerce en parecerlo exteriormente, no lo es de corazón. El cristiano que se ha entregado a Dios pero con ciertas reservas, como lo hacen casi todos, es sólo un cristiano a medias; es un débil imitador de Jesucristo. Y si por lo común no predomina esta idea de la vida cristiana, es porque no se busca en su fuente, en la doctrina y el ejemplo del Salvador.

## IX

La abnegación de sí mismo que se prescribe en el Evangelio equivale a la donación de sí mismo a Dios

Jesucristo dijo: "Si alguno quiere ir en pos de mí renuncie a sí mismo, tome su cruz y sígame".<sup>(8)</sup> Tales son las dos condiciones que Dios exige a las almas que desean seguirle: renunciar a sí mismos y llevar su cruz. Estas dos condiciones, con todo, presuponen y encierran el don de sí mismos a Dios, del cual no son, en todo rigor, más que la ejecución. Renunciar a sí mismo en el sentido en que Jesucristo lo entiende, es ponerse en manos de Dios para que de pecadores e imperfectos que somos nos vuelva justos y perfectos; significa entregarle todas nuestras facultades para que las purifique; es renunciar a guiarnos nosotros mismos a fin de que, conduciéndonos El mismo por medio de su gracia, nos eleve a una santidad digna de él.

(8) "Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me". (Mat., XVI, 24).

El cristiano no renuncia a sí mismo sino para darse a Dios; desde el instante en que ha verificado esa renuncia, ya no se pertenece sino que depende exclusivamente de Dios. La práctica de ese renunciamiento de sí mismo consiste únicamente en combatir y destruir en nosotros todo cuanto nos impida ser perfectamente de Dios. Es preciso pues entrar en el camino que conduce al Señor, con un acto general de renunciamiento, que corresponda al don de sí mismo, y ejecutar luego los actos de abnegación particulares que exige Dios sucesivamente tratando de morir poco a poco para nosotros mismos a fin de vivir única y totalmente en El.

De igual manera, tomar su cruz y llevarla equivale a recibir todos los días, como de la mano de Dios, todas las penas, las contrariedades, las humillaciones que nos acosan de todas partes, ya procedan de Dios, ya de los hombres o del demonio y más aún, no dolerse de ellas, sino sufrirlas con resignación, con paciencia, con amor. Y esto jamás será una realidad si no se reconoce a Dios como dueño absoluto de nuestra persona y de cuanto nos pertenece y si no se halla el alma en el estado en que se encontraba Job cuando decía: "El Señor me lo dió, él me lo quita: se ha hecho lo que es de su agrado: bendito sea el nombre del Señor" (9).

(9) "Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum" (Job, I, 21).

¿Es por ventura posible hablar y pensar de esta manera, conservar un corazón sumiso y tranquilo, a través de toda clase de aflicciones, si no nos hemos dado plena y sinceramente a Dios, con la voluntad de no separarnos nunca más de El, sea cual fuere el estado en que nos encontremos? ¿No es evidente que nuestras quejas, nuestras murmuraciones, nuestras resistencias en las tribulaciones nacen de nuestro propio espíritu, de nuestro amor propio, de una naturaleza, en fin, que no se halla santificada y que vive aun en sí misma y por sí misma? No nos lisonjemos por el hecho de seguir a Jesucristo por el camino de la abnegación y de la cruz si no hemos comenzado por entregarnos enteramente a Dios.



## X

### El título de Hijos de Dios nos impone la obligación de darnos a El

Como cristianos somos hijos de Dios; recibimos en el bautismo la gracia de la divina adopción, cuyo carácter no puede borrarse, y en él tomamos el sagrado compromiso de vivir como hijos de Dios, puesto que aquel mismo carácter se volvería contra nosotros y podría ser causa de nuestra condenación si lo desmintiéramos más adelante con nuestra conducta. Ahora bien, San Pablo declara que "son hijos de Dios los que se rigen por el espíritu de Dios" <sup>(10)</sup>. Los demás llevan el título de tales, pero no llenan las obligaciones que el serlo impone, si el espíritu de Dios no los gobierna. El espíritu de Dios es un espíritu de caridad, un espíritu de gracia, un espíritu sobrenatural que nos eleva sobre nosotros mismos, que nos convierte en otros hombres, y que nos vuelve conforme a Dios en

<sup>(10)</sup> "Quicumque... spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei". (Rom., VII, 14).

nuestros pensamientos, en nuestros afectos y en nuestras acciones. Ese espíritu de Dios, tan dulce como poderoso, no nos violenta; nos conduce conforme consintamos en ser conducidos por él. Por consiguiente, a fin de que el espíritu de Dios nos conduzca en todos nuestros actos, tanto interiores como exteriores, es necesario que nos hayamos dado a Dios, le hayamos cedido todo poder sobre nuestra voluntad y le permitamos disponer de nosotros como mejor le plazca.

Si aun no nos hemos desligado de nosotros mismos; si pretendemos tener el derecho de gobernarnos en todo; si oponemos al espíritu de Dios la más ligera resistencia, es imposible que él nos conduzca en todo, y dejaremos de obrar como hijos de Dios en las cosas en que su acción no dirija la nuestra. Tal es la consecuencia evidente que de la doctrina del Apóstol se desprende. Adviértase, además —y esta observación es importantísima— que de la misma manera que en nuestra calidad de hombres y seres racionales debemos obedecer en todo la razón y no permitirnos nada que ésta no apruebe: del mismo modo, en nuestro carácter de cristianos debemos seguir en todo el espíritu de Dios sin apartarnos jamás de él. Toda disposición interior, toda acción exterior que el espíritu de Dios no reconoce por suya, es condenable en un cristiano, o por lo menos no merece ningún elogio y de nada le sirve para la salvación.

Según esta regla, que es incontestable ¡cuántas

obras perdidas para el cielo! ¡Cuántas horas inútilmente empleadas en la vida de la mayor parte de los cristianos! ¿De dónde viene esa inutilidad, esa inmensa pérdida de momentos tan preciosos? Fácil es deducirlo: no fueron consagrados a Dios para que fuesen gobernados en todo según su espíritu.

## XI

La santificación de nuestras acciones aun las más comunes nos impone la misma obligación

San Pablo, "en quien habla Jesús" <sup>(11)</sup>, señala como un deber de todo cristiano el obrar en todo para la mayor gloria de Dios y santificar de esta manera sus más mínimas acciones aun las puramente animales como el beber y comer <sup>(12)</sup>, o lo que es lo mismo, les ordena que se propongan en todo miras sobrenaturales, y realcen las acciones más bajas y terrestres a las cuales nos sujeta nuestra condición, por la santidad de nuestros motivos. Pero es imposible obrar de esta manera si no es Dios el objeto habitual de nuestra intención, si El no es dueño absoluto de nuestro espíritu y de nuestro corazón. De otra manera, las cosas de la tierra que obran tan fuertemente sobre nuestros sentidos y sobre nuestra imaginación y que remueven tan vivamente nuestras pasiones, nos atraerán,

(11) II. Cor., XIII, 3.

(12) I. Cor., X, 31.

nos apartarán de nuestro fin, y nos incitarán a buscar únicamente el placer que en su goce se experimenta.

Aunque no nos arrastren a excesos criminales, por lo menos nos mancharán con innumerables faltas leves; harán con frecuencia que perdamos de vista a Dios y la dignidad de nuestra condición para dejarnos seducir por "el hechizo de la vanidad" (13), para que nos ocupemos demasiado en las necesidades y comodidades del corazón y en lo que halaga la sensualidad, el orgullo y la curiosidad.

Mientras no nos entreguemos enteramente a Dios, difícil es percibir esa multitud de imperfecciones que se deslizan en nuestra conducta y péganse como el polvo en nuestra alma, empañando su pureza y brillo. Tan sólo se hacen insensibles y sólo se conoce perfectamente el daño que nos causa, a través de la divina luz que sólo se comunica, en cuanto se necesita para ello, a las almas en las cuales Dios ha tomado plena posesión. Al reinar Dios en nosotros no permitirá que, aun en las cosas más insignificantes, obremos por fines que no sean dignos de El o no se refieran a su gloria; nos lo reprochará cada vez que nos desviemos de ellos y, usando del imperio de su gracia, nos inspirará que obremos cada día de una manera más perfecta. Dios empero, no comenzará a establecer su reino en nos-

otros mientras no nos hayamos dado enteramente a El, para no tener otro amor, otros intereses que los suyos, ni otro fin que el de agradarle. Hasta entonces el hombre permanecerá como ciego acerca de "lo que constituye el fondo mismo de la perfección cristiana y los infinitos detalles que abarca, no se formará de ella más que ideas erróneas que jamás querrá rectificar; no le agradará ni la practicará y bajo el trivial y peligroso pretexto de que no interesa esencialmente a la salvación, se burlará de los que la practiquen y la prediquen y tal vez los contemple con cierta secreta aversión.

(13) "Fascinatio nugacitatis" (Sab., IV, 12).

## XII

La necesidad de darse a Dios se halla  
comprendida en la oración dominical

Jesucristo nos ha enseñado por su propia boca la oración que todo cristiano debe elevar a Dios y que encierra todas las peticiones que deben hacerle. Pocos habrá que no la recen al menos dos veces al día: por la mañana y por la noche. Pero ¿comprenden su exacto significado? ¿Profieren esa oración desde el fondo del corazón? ¿Obran de acuerdo a sus enseñanzas? No es arriesgado afirmar que son muy pocos los que obran de esta manera, puesto que para entenderla, gustarla y practicarla es necesario ser todo de Dios. Y, sin detenerme en largas explicaciones ya expuestas en otra parte (14) ¿puede darse a Dios el nombre de Padre? ¿Es posible albergar en el corazón los sentimientos que

(14) Consúltase "El Cristianismo santificado por la oración dominical", opúsculo compuesto por el R. P. Grou durante su permanencia en Inglaterra. Hemos entregado una primera edición en 1858, de acuerdo a su manuscrito, y una segunda en 1865.

debe excitar en él este nombre y comportarse como debe hacerlo un hijo respecto del que le ha dado el ser, sin haberse antes entregado enteramente a El? Meditemos bien todas las cualidades y todos los derechos de ese título de padre con respecto a Dios; ponderemos todos los deberes que el respeto, el amor, el agradecimiento, la dependencia nos imponen para con El, en nuestra calidad de criaturas e hijos adoptivos suyos, y juzguemos nosotros mismos como la primera y la más indispensable de nuestras obligaciones el darle irrevocablemente nuestro corazón.

Le pedimos ante todo, que "sea santificado su nombre" (15), es decir, que se le dé toda la gloria que exige ese nombre inefable. ¿Y, por quiénes? por todas las criaturas inteligentes, y en especial por nosotros mismos. Por consiguiente, nuestra vida entera no debe ser más que una santificación continua del nombre de Dios, y un deseo ininterrumpido de que sea santificado por los demás hombres. En vista de tantos ultrajes como recibe, debemos abrazarnos, consumirnos sin cesar en el celo de su gloria. El don de nuestro corazón es lo único que puede colocarnos en este estado y si son muy pocos los cristianos que se hallan en él, es porque son muy pocos también los que le han entregado sinceramente su corazón. ¿Cuál es por otra parte la gloria que espera Dios

(15) "Sanctificetur nomen tuum" (Mat., VI, 9).

de nosotros? La de ser amado en todas las cosas y por sobre todas las cosas. "Dios, dice San Agustín, sólo es honrado por el amor" (16), y al amor se refieren y reducen todos los mandamientos. Y, ¿qué otra cosa es el amor más que el don del corazón y las consecuencias de ese don? Pedimos en segundo lugar que "venga a nos su reino" (17). Y, ¿qué reino sino el de su amor? y ¿dónde quiere Dios establecerlo sino en nuestro corazón? Este reino debe consumarse en el cielo, pero es preciso que tenga su comienzo aquí en la tierra. Mas, ¿cómo puede comenzar en cada uno de nosotros sino por la donación de nuestro corazón? Dios no reina en nosotros mientras no es dueño absoluto de nuestra voluntad; no domina todos nuestros afectos mientras éstos no se reducen a uno sólo cuyo objeto es él. Sólo establece su reino sobre la destrucción del amor propio, su capital enemigo; y únicamente entregando nuestro corazón a Dios sin reserva (18) podremos arrojar completamente de él el amor propio, ya por nuestros esfuerzos, secundados por la gracia, ya permitiendo que el mismo Dios descargue los últimos golpes sobre su enemigo.

(16) "Nec colitur ille (Deus) nisi amando. S. Agust. De grat. Nov. Test. seu Epist. CXL, n. 45. Opp., T. II, col. 438, g.

(17) "Adveniat regnum tuum" (Mat. VI, 10).

(18) "Si vis perfectus esse vade, vende quae habes... et veni sequere me" (Mat., XIX, 21).

Pedimos finalmente "que se haga su voluntad en la tierra como en el cielo" (19). Y, ¿qué es esto sino pedirle con distintas palabras, que sean suyos nuestros corazones, como lo son los de los bienaventurados, que desaparezca de nosotros la más mínima resistencia a sus divinos querer y nos consagremos con el mismo ardor, la misma obediencia e igual desinterés a la ejecución plena de sus designios? Si al dirigirle tal súplica no albergamos estos sentimientos en nuestra alma, es evidente que no cumplimos la intención de Jesucristo, y no rogamos a nuestro Padre celestial como debemos; proferimos las palabras sin que el corazón las dicte; y ¿cómo pueden brotar del corazón si éste no está enteramente consagrado a Dios? Estas súplicas tan santas, son en nuestros labios otras tantas mentiras, mientras rehusamos a Dios lo que espera de nosotros para la santificación de su nombre, para el establecimiento de su reino y para el cumplimiento de su voluntad. Examinémonos seriamente sobre este punto y mientras no hayamos hecho a Dios una entera oblación de nosotros mismos, temblemos al proferir la oración dominical por temor de pronunciar nuestra propia condenación.

(19) "Fiat voluntas tua, sicut in coelo, et in terra". (Mat., VI, 10).



## XIII

Los designios de Dios sobre nosotros suponen  
para su ejecución el don de nosotros mismos

He aquí otra razón y no menos poderosa para determinarnos a darnos generosamente a Dios. Es indudable, según los principios de la fe, que Dios ha destinado a cada uno de sus elegidos a un cierto grado de gloria y, consecuentemente, le llama a cierto grado de santidad. Le ha preparado una serie de gracias que se relacionan unas con otras y que inciden en la gracia decisiva de la perseverancia final; y por último ha previsto y adaptado a este plan todas las circunstancias y todos los acontecimientos de su vida. Pero es evidente que para llegar a ese grado de gloria, para llenar esa medida de santidad, para no romper esa cadena de gracias, para no salir jamás de ese orden de la providencia, es necesario que demos plenamente nuestro corazón a Dios en el momento decisivo en que nos lo solicita, puesto que al pedirnoslo lo hace con miras a cumplir en nosotros sus designios de misericordia. Si se lo rehusamos, sus designios no se

realizarán y tal vez nos perderemos nosotros mismos; y llamo rehusar el corazón a Dios negárselo tan sólo en parte, con determinadas condiciones y con ciertas reservas. Estas condiciones y reservas constituyen para Dios una verdadera negativa, pues cuando solicita nuestro corazón lo pide absolutamente y todo entero.

¡Cuántos cristianos de todos los estados, hasta los más santos han muerto en desgracia de Dios por haberle rehusado este don de su corazón! ¡Cuántos han tenido que echarse en cara deplorables caídas, de las cuales mucho les ha costado levantarse, sin poder jamás contestarse a sí mismos con cierta confianza de que Dios les hubiese perdonado! ¡Cuántos han vivido en la imperfección, en la tibieza, víctimas de las turbaciones y sobresaltos de la conciencia, rehuyendo su serio y profundo examen, y no atreviéndose a lisonjearse de estar bien con Dios, por no haberle dado todo lo que de ellos deseaba! ¡Puede darse mayor tormento para un cristiano que semejante incertidumbre acerca de sus mayores y más gratos intereses?

## XIV

El mejor uso que puede hacerse de la libertad  
es ponerla en manos de Dios

Todos sabemos que nuestra perfección y nuestra salvación dependen del buen uso que hacemos de nuestra libertad. Sabemos también, que podemos abusar de ella a cada instante, que una pequeña falta puede hacernos caer en otra mayor y de esta manera, por grados, consumir nuestra reprobación. Es necesario convencerse de ello; nuestra debilidad es muy grande; por doquier nos acechan las tentaciones y siempre estamos dispuestos al mal por natural inclinación de nuestro corazón. Verdad es que la gracia de Dios no nos falta, sea para preservarnos de toda caída, sea para levantarnos después de ella; pero nada hay más común en nosotros que faltar a la gracia; ésto es precisamente lo que nos hace culpables. Nos ha sido otorgada la libertad para salvarnos, y sin embargo la mayor parte de los hombres únicamente la emplean para perderse.

¿De dónde procede esta desgracia y cuál es su primera consecuencia? La razón es que nunca han puesto su libre arbitrio en manos de Aquel que es el único que puede gobernarlo con seguridad e impedir que se desvíe de su recto camino. Mientras queramos ser dueños de él, mientras pretendamos disponer de él nosotros mismos, siempre estaremos expuestos a emplearlo mal; y si esta pretensión no nos conduce siempre a nuestra perdición, es muy cierto que tampoco nos conducirá a nuestra eterna salvación. Si empero, reconociendo humildemente nuestra ceguedad y nuestra flaqueza, suplicamos a Dios que se encargue de nosotros; si nos decidimos a no resolver por nosotros mismos en ningún asunto importante; si le consultamos para conocer su voluntad y aguardamos que la declare, ya mediante avisos interiores, ya por la autoridad o los consejos, en este caso no tenemos que temer ningún abuso de nuestra libertad; no seremos nosotros sino Dios quien responda de nosotros; y el interés que tiene de su gloria, el tierno amor que nos profesa, nos apartará de todo escollo y nos conducirá, infaliblemente, al puerto de una venturosa eternidad. Persuadidos, cual hemos de estarlo, de esta verdad, ¿cómo podemos dudar siquiera un instante en confiar a Dios la dirección de nuestra voluntad? ¿Cómo nos atrevemos a dar un paso solos, a formar proyectos o lanzarnos a empresas cuya consecuencia para nuestra salvación ignoramos? Esos proyectos, diréis, esos compromisos no tienen

en sí nada malo, ni vemos en ellos nada que interese en lo más mínimo a nuestra conciencia. Es posible; pero ignoráis lo que de ellos resultará para vuestra alma; ignoráis si tal estado de vida, tal amistad, tal viaje, tal cambio de morada puede ser para vosotros una ocasión de pecado, o el principio de la perversión de vuestros principios y de vuestras costumbres. El precipicio no se ve desde los primeros pasos que se dan en el camino, pero puede ser muy bien que exista; Dios lo ve; y seguramente os libraría de él si os halláseis resueltos a no emprender nada sin consultarle.

Pero, ¿qué! replicaréis, ¿no nos ha dado Dios la libertad para que renunciemos a ella y nos reduzcamos a una continua esclavitud? ¿No podremos disponer en nada de nosotros mismos? Dios os ha dado la libertad a fin de que la empleéis en su servicio, y por consiguiente para que la tengáis sometida siempre a su voluntad. No os hizo libres para autorizaros a huir de su dependencia, sino para que esa dependencia fuese voluntaria y escogida por vosotros. Os dió a conocer los derechos que tiene sobre vosotros, la necesidad que tenéis de su dependencia, las ventajas que de ello os resultan, los peligros que corréis si El no os tiene constantemente de la mano; pero cumplido esto os dejó plena libertad de elegir el partido que os pareciera mejor.

¿Podéis negar acaso, que el mejor uso que podéis hacer de vuestra voluntad es usar de ella se-

gún los designios de Dios, y consagrársela para que la gobierne con su providencia y su gracia? ¿Es justo que llaméis a esto "reduciros a la esclavitud", cuando por el contrario no hacéis más que ponerlos en la plena libertad de los hijos de Dios? Dispondréis en todo de vosotros mismos, pero siempre sujetos a la voluntad de Dios, que habréis hecho vuestra, dándoos a El. Si esto significa una servidumbre, lo es ciertamente del amor, la de los ángeles y santos del cielo, fuente de su felicidad; de otra suerte no seréis felices en esta vida ni en la otra.

## XV

El don de sí mismo a Dios es la clave  
del Evangelio

Todos tenemos el mayor interés en comprender bien el Evangelio, puesto que es la norma de nuestras costumbres y aquélla por la que seremos juzgados por Jesucristo, que nos la dictó. Esta regla comprende dos cosas, la doctrina de Jesucristo y sus ejemplos, que constituyen su más genuina e infalible interpretación. Pero nunca comprendemos bien esa doctrina ni esos ejemplos, y menos aun gustaremos de ellos y nos pondremos en el deber de seguirlos, si no comenzamos por darnos seriamente a Dios. La razón es evidente: en lo que hizo y enseñó Jesucristo todo es natural; todo se eleva por encima de nuestras luces naturales; tan sólo iluminados por la luz de la gracia podremos entenderlo. Dios, empero, no ilumina nuestro espíritu mientras éste no se somete y es dócil a sus inspiraciones. Por consiguiente sólo será imperfectamente iluminado mientras no dependa más que imperfectamente del espíritu de Dios. He

aquí por qué son tan pocos los cristianos, los sacerdotes, los religiosos que poseen un conocimiento un poco profundo de la moral cristiana, los santos mismos no la comprendieron hasta haberse entregado totalmente a Dios. San Agustín lo declara en sus "Confesiones". A cuántos doctores, aun los más sabios, en lo que respecta a la moral evangélica, podrían referirse las palabras que Jesucristo dijo a Nicodemus: "Sois maestro en Israel e ignoráis estas cosas". (20).

Un ignorante, una simple mujer que sirve a Dios con todo su corazón podría darnos lecciones de ella.

Además, esa moral, que es superior a nuestras luces, combate nuestras inclinaciones naturales; el orgullo y el amor propio le profesan un odio absoluto. Cualquiera que se estudie a sí mismo un poco comprenderá la verdad de esta afirmación; y por lo mismo que el corazón profesa hacia ella cierta aversión, se inventan tantas falsas razones para dispensarse de practicarla. Pero ¿cuál es el único y eficaz medio de vencer esa repugnancia, esa aversión? La solución está en desprenderse completamente de las criaturas y de sí mismo para darse totalmente a Dios. Mientras ello no ocurra, la moral cristiana será siempre considerada como un penoso yugo al cual se someterá el hombre lo me-

(20) "Tu es magister in Israel, et haec ignoras? (Juan, III, 10).

nos que puede, cual si fuera una pesada carga que procura echar de sí. Pero es imposible citar una sola persona que se haya entregado sinceramente a Dios que no sienta y publique en voz alta que el yugo de Jesucristo es dulce, y ligera su carga. Es el amor que todo lo sublima; y Dios llena al alma de ese amor en recompensa de haberle dado su corazón.

Por último, la práctica de la moral cristiana es superior a nuestras fuerzas. Aun cuando la comprendamos perfectamente, aun cuando sintamos por ella la mayor de las simpatías, tenemos necesidad de una gracia especial para ejecutarla, para no retroceder ante las dificultades que ofrece, para vencer los obstáculos que presenta y para perseverar hasta el fin en la lucha contra nosotros mismos. ¿A quién otorga el Señor sus socorros preferentes? ¿Acaso a las almas cobardes, tibias, que tan sólo le sirven por temor de perderle o con miras puramente interesadas, que disputan en cierto modo con El y le donan lo menos que pueden, en una palabra que hacen primar el amor de sí mismo sobre el amor de Dios? No, esos auxilios están reservados para las almas francas, justas, generosas, que se han dado a Dios sin imponerle condiciones, y deseosas de ser todas suyas. ¿Qué puede negar Dios a quien se lo ha dado todo, a quien se halla resuelto a hacerlo, a sufrirlo todo para agradarle, a quien se abandona a su gracia y le hace total entrega de todos los derechos que tiene sobre sí mis-

mo? Así pues, la inteligencia, el amor y la práctica del Evangelio son el fruto seguro de la donación de sí mismo a Dios.

Deteneos un instante aquí, y medita lo que acabáis de leer. ¿Habíais reflexionado hasta ahora las consideraciones que os sugiero? ¿Os parecen verdaderas, justas, importantes, decisivas para vuestra eterna salvación y hasta para vuestra felicidad presente? Si así fuera, agradeced a Dios, pero luego de haber oído sus palabras no le cerréis vuestro corazón. Ofrecedle ese corazón que os pide y que tantas razones os estimulan a consagrárselo.

## XVI

## ¿Qué cualidades debe tener el don de sí mismo a Dios?

Pero, ¿qué cualidades debe tener esta donación de sí mismo a Dios? Quedan extensamente expuestas en mis obras tituladas: "Caracteres de la verdadera devoción, y en la segunda parte de las "Máximas espirituales". No es sin embargo, necesario acudir a ellas. Cualquiera puede concebir fácilmente que esa donación debe ser tal como Dios la merece; tal como la exige, o más bien tal como la reclama de todo cristiano por el precepto que le ha hecho de amarle; tal en fin, como la pide de cada uno en particular. Explícate por sus mismas inspiraciones, y lo único que conviene hacer es escuchar la voz de la gracia y hallarse resuelto a corresponder fielmente a ella. Debe hacerse con toda la grandeza y con toda la sinceridad del corazón. Es preciso que sea entera, absoluta, irrevocable; entera para no exceptuar nada; absoluta, esto es, incondicionalmente; irrevocable, para que abrace todos los momentos de la vida hasta el último instante. Estas tres palabras lo abarcan todo.

Entreguémonos pues a Dios con todas las fuerzas posibles, como El mismo quiere darse a nosotros en la eternidad, todo entero, para siempre y con un amor incomprensible. ¿Es por ventura demasiado, que nosotros, que todo lo debemos a Dios, que no nos amamos rectamente sino en cuanto amamos a Dios, que no podemos ser dichosos sin poseerle, es por ventura demasiado, repito, que seamos suyos en el breve espacio de la vida presente como se ha ofrecido a ser nuestro por toda la eternidad? Démonos o Dios como Jesucristo, nuestro modelo, se ha dado al Padre. La abnegación del Salvador fué inmensa, proporcionalmente hemos de retribuirle con la nuestra, claro está, dentro de nuestras fuerzas limitadas, pero siempre reforzadas y reparadas por la gracia, Jesucristo, que tenía en sí la plenitud de la gracia, tuvo también la plenitud de la abnegación. Tratemos de que la nuestra corresponda igualmente a la medida de la gracia que recibamos. Dios no exige más, pero tampoco se contenta con menos; desea que su gracia produzca todo su efecto.

Démonos a Jesucristo de la misma manera que él lo ha hecho con nosotros. "Me ha amado, podemos decir con San Pablo", y se ha ofrecido por mí" (21).

Ofrecióse en todo cuanto exigió de él la justi-

(21) "Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me" (Galat., II, 20).



cia divina para librarme del infierno y abrirme las puertas del cielo. Y ¡con qué amor se ha ofrecido! ¡Quién sería capaz de expresarlo y ni siquiera comprenderlo? En cambio, ¿qué espera de mí? que le ame y me ofrezca a El. No contento con ofrecerse por nosotros una vez en la cruz, continúa ofreciéndose todos los días sobre nuestros altares; se da, se une, se incorpora a nosotros en el sacramento de la Eucaristía cada vez que nos acercamos a la sagrada Mesa. ¿Qué menos puedo hacer que darle todo lo que soy, como me da todo lo que es, su carne, su sangre, su alma, su divinidad?

## XVII

### De las ventajas de este don

Veamos ahora qué ventajas recibimos nosotros en esta donación absoluta. En general puede decirse que éstas son inmensas, y que exceden a cuanto es capaz de concebir el espíritu humano. Y, comenzando por lo que atañe a la vida futura, es indudable que no habrá proporción entre la dicha del corazón de los elegidos y la del alma que se dió aquí en la tierra a Dios sin reserva, puesto que Dios premia en el cielo no sólo las buenas obras, sino también las disposiciones del corazón y el amor que por El se ha tenido. No depende de nosotros realizar grandes cosas para Dios, pero sí el que le amemos mucho. ¿Cuál será, pues, la recompensa de un alma que, dándose perfectamente a Dios, le ha amado tanto como él deseaba que le amase, tanto como gracias ha tenido para amarle, tanto como ha sido su corazón capaz de amar? Después de semejante donación, si ha tenido todas las condiciones necesarias y ha sido puesta constantemente en ejecución, a pesar de las faltas inevitables

a la fragilidad humana, ¿deberá acaso el cristiano en cualquier tiempo y de cualquier manera que muera, albergar en su corazón el temor de pasar por el purgatorio? No, es evidente que irá al cielo que está abierto a la caridad pura, ya que con su donación se ha colocado en este camino de caridad pura por donde se avanza constantemente, siempre que no retire dicha donación.

¿Qué tesoros de méritos no recoge a cada instante y por la más insignificante de sus acciones a causa de la pureza de sus acciones y de la excelencia de sus disposiciones! Sin excluir el motivo de su propio interés, por lo común no piensa en él ni lo toma en cuenta, ocupado como está en Dios y en su amor. Pero cuanto mayor es su olvido, más piensa Dios en él y se propone recompensar lo que hace únicamente por El. Dios, que es el amor mismo, prodigará con inefable placer todas sus riquezas en favor de un alma que ha sido todo amor por El.

En lo que respecta a la vida presente no hay situación más dichosa que la del alma que se ha dado sin reserva a Dios.

Pensar lo contrario es un error. Es tan injurioso a Dios como perjudicial a la piedad; es algo desmentido por la experiencia y por el testimonio de todos los santos. No ha habido uno sólo a quien le haya pesado, siquiera un instante, el haberse consagrado a Dios y que no haya deseado estarle más unido y amarle más. ¿Y a quién se ha de dar

más crédito que a ellos? Más aún: si la unión con Dios hace nuestra dicha en el cielo ¿por qué no en la tierra? ¿Por ventura Dios no es nuestro soberano en esta vida como lo será en la otra? El demonio, secundado por el amor propio, es quien nos presenta de una manera abultada y cruel las penas de la vida interior, tratando de esta manera de impedir que nos resolvamos a seguirla. Cuidémonos pues, de prestar oídos a sus sugerencias y recordemos que éstas provienen del enemigo de Dios y nuestro, el que trata de perdernos e impedir que glorifiquemos a Dios consagrándonos a El.

## XVIII

## PRIMERA VENTAJA

**Nos da la seguridad moral de nuestra salvación**

Pasando ya a individualizar las ventajas, la primera que nos proporciona aquí en la tierra esta donación, es el asegurar nuestra salvación cuanto es posible hacerlo. No nos proporciona, es verdad, una certeza absoluta de alcanzarla, puesto que no podemos responder de nosotros mismos; pero, en lo que a este punto se refiere, nos inspira una confianza y una tranquilidad que nada puede turbar. Uno se dice a sí mismo: Estoy en manos de Dios; ¿es posible que pueda perecer hallándome como estoy íntimamente unido a El? ¿Puede todo el infierno unido arrancarme de su mano poderosa? Mi salvación ya no es asunto mío sino de Dios: yo por mi parte he de amarle, he de tratar de agradarle y obedecerle en todo. Dios me ama, la fe me lo asegura; yo le amo, el testimonio que me da de ello mi conciencia no me permite

dudarlo. Dios hará que persevere en su santo amor mientras yo le sea fiel. Suceda lo que suceda, mientras conserve el amor de Dios seré siempre feliz y hallaré en ello mi paraíso.

Tal es con respecto a la seguridad de la salvación, el estado habitual del alma que se ha entregado a Dios, excepto en el caso de ciertas pruebas interiores. Pero en lugar de vacilar y debilitarse con estas pruebas, no hace más, por el contrario, que robustecerse; de suerte que las almas, que por las turbias sugerencias del tentador se figuran hallarse condenadas, se hallan más tranquilas que las demás en lo que concierne a su eterna salvación — en los instantes de descanso que aquellas horribles tentaciones les permiten — y no les queda la menor inquietud en lo que a este punto se refiere, al verse libres de ellas. El objeto de esta tentación, en la intención de Dios, es purificar en aquellas almas su amor, y conducir las al sacrificio de sí mismas a la par del sacrificio de Jesucristo, abandonado en la cruz por su Padre Celestial. Pero, una vez realizado, resucitan a una vida nueva y gustan anticipadamente, en cierto modo, de las delicias del cielo.

## XIX

## SEGUNDA VENTAJA

## Nos libra de todas las penas de conciencia

La segunda ventaja de esa donación está en preservarnos o librarnos de todo escrúpulo, de toda ansiedad, de toda pena de espíritu, de toda reflexión inquieta y dolorosa sobre nosotros mismos. Sean cuales fueren las causas de esos tormentos de conciencia, lo principal es que el alma que los experimenta no se ha dado enteramente a Dios. Sin detenerme a precisar detalle alguno, me atengo en este punto al testimonio de las personas de buena fe. Nada hay más independiente, más libre, más sereno y más alegre que la conciencia de un alma entregada incondicionalmente a Dios; recorre su camino con seguridad, dejando a un lado todas las tímidas precauciones, pues sabe perfectamente que no anda sola sino que Dios la conduce y lleva de su mano. Si da algún paso en falso, El la sostiene; si cae la levanta; y si es preciso recorrer algún punto peligroso, la lleva en sus brazos. Cometida una

falta, un simple llamado a su amado, le devuelve la paz del corazón, y una tierna mirada hacia El es suficiente para que El, que no pueda resistir a aquella mirada, se aplaque en seguida, la perdone, le devuelva sus mejores gracias y le otorgue sus más solícitos cuidados, hasta el punto de que ella misma se admire del exceso de su bondad y exclame: "¡Cuán bueno es el Dios de Israel, para los que son de corazón recto!"<sup>(22)</sup>.

---

<sup>(22)</sup> "Quam bonus Deus Israel, qui recto sunt corde!" (Sal. LXXII, 1).

## XX

### TERCERA VENTAJA

#### La familiaridad con Dios

En efecto —y ésta es la tercera ventaja que produce—, desde el momento en que el alma se ha dado a Dios, desaparecen para ella los atributos más terribles, permaneciendo tan sólo aquellos que le mueven a amarle y a depositar en El toda confianza. Las terribles verdades de la religión, que antes tanto la impresionaban y que apenas se atrevía a meditar, no le causan ya el menor temor; encuentra un encanto indecible en las verdades consoladoras que pueden alentarla y fortalecerla y tiene un gusto infinito en meditarlas. No considera ya a Dios como un amo, como un juez, como un vengador, sino como el mejor de los padres, el más tierno de los esposos y el más cariñoso de los amigos. Platica con El con santa familiaridad, le habla de sus cosas, le confía sus penas, y hasta se atreve a veces a darle dulces reprensiones, las que lejos de ofenderle, le agradan; creeríase, en una pa-

## XXI

### CUARTA VENTAJA

#### La paz interior

En cuarto lugar, el alma goza de una paz profunda e inalterable no sólo al principio, cuando Dios la embriaga de delicias, sino también mucho más adelante, en el momento en que la prueba y crucifica. Verdad es que su paz es entonces menos sensible, pero no por eso es menos íntima y estable. Si sufre se alegra de sus sufrimientos y, lejos de desear ser aliviada, quiere sufrir más. Esto es exactamente cierto; y sin embargo la generalidad de los cristianos establecen sus dudas al respecto debido al poco conocimiento que poseen de la fuerza invencible del amor divino. Mientras no se aparta del seno de Dios, "en El, duerme y descansa en paz" según expresión de David, "porque Dios la ha afirmado singularmente en la esperanza" <sup>(24)</sup>.

(24) In pace in idpsum dormiam, et requiescam; quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me" (Sal. IV, 9, 10).

labra, que el amor le ha transformado en su igual. Es preciso haberlo experimentado para poder apreciar la dicha, la libertad y la dulzura que encierran esas comunicaciones de corazón a corazón con Dios. El santo autor de la "Imitación" la llama: "admirable familiaridad" (23).

(23) "Familiaritas stupenda nimis" (Imitac. de Cristo, lib. II, cap. I).

## XXII

## QUINTA VENTAJA

## La protección especial de Dios

Es indudable que Dios dispensa una protección particular a sus elegidos, y Jesucristo nos asegura que ninguno de ellos perecerá. Con todo es preciso reconocer una protección más especial con respecto a las almas que se han dado con especial generosidad a Dios. Esta protección no se limita tan sólo a asegurar su salvación, sino que abraza además todo cuanto pueda contribuir a su santificación. Dios no se separa un solo momento de ellas; tiene los ojos constantemente fijos en ellas a fin de velar todos sus pasos, las sostiene en sus tentaciones, aleja de ellas todos los peligros, cuida de ellas como de la "niña de sus ojos" (25), según la expresión que emplea El mismo en la Escritura, y obra de tal suerte que todo cuanto sucede redunde en su mayor provecho espiritual... El mismo

(25) "Ut pupillam oculi" (Sal. XVI, 8).



En efecto, ¿qué es lo que sería capaz de turbarla? ¿Por ventura los acontecimientos humanos? Al poner su corazón en Dios se ha elevado sobre las cosas de la tierra. ¿Sus culpas pasadas? Lo primero que hizo Dios al entregarse el alma a El fué perdonarle y aliviarle de toda duda que pudiese afligirla. ¿Sus debilidades cotidianas? Se humilla, pero no se turba por ellas. ¿Sus escasos progresos en la virtud? Dejad a Dios que los juzgue y los aprecie, conformándose con adelantar siempre, sin examinar curiosamente sus adelantos. ¿Las sugerencias del demonio? Pueden ciertamente obrar sobre su imaginación, pero no llegan hasta el fondo de su alma, donde reside la paz. ¿Que la abandone el temor de Dios? Ella sabe perfectamente que éste no es nunca el primero en abandonarnos. ¿El temor de no perseverar? Todo lo espera de la fidelidad de Dios y nada de sí misma. Tal es el estado de la santa seguridad en que transcurren todos los días de la vida y que aumenta al aproximarse su última hora.

## XXIII

## SEXTA VENTAJA

## El don de la oración

No me extraña que sea tan poco común entre los cristianos el don de la oración, ya que está reservado a las almas que se han dado enteramente a Dios. Hay en verdad algunos a quienes favorece el Señor con esta gracia, pero con el fin de inclinarlas a darse completamente a El. Si se niegan a hacerlo, no tarda en retirársela. Así pues, puede establecerse como regla segura, que toda alma que se ha dado enteramente a Dios se halla favorecida con el don de oración, ya sea de su conocimiento, ya le permita Dios ignorarlo para su bien, y por otra parte, toda alma que no es de Dios, se halla privada de dicho don, o si lo posee será por poco tiempo y aún, su pretendida oración no será más que una ilusión. Así pues, el don de sí mismo a Dios con todas sus consecuencias es la piedra de toque de la verdadera oración. Y esa oración es toda de amor, tanto por parte de Dios como por

les elige el guía que debe ser principal instrumento de su salvación, inspirándole los mismos cuidados, el mismo cariño que por ella tiene. Si por ocultos designios de la providencia o para mayor bien de ella llega a faltarles aquel director, El mismo se pone en su lugar, y las gobierna inmediatamente por sí mismo. Agradecidas por tantas atenciones y bondades, tanto de parte de Dios como de su ministro, y viendo que todo resulta según sus deseos, hasta las cosas que le parecen más contrarias a su perfeccionamiento, exclaman sin cesar con el Profeta: "El Señor me gobierna y nada me faltará; me ha colocado en abundantes prados" <sup>(26)</sup>.

## XXIV

## SEPTIMA VENTAJA

## Abrir la entrada al camino de la santidad

Por último, como dijimos anteriormente, mediante dicha donación éntrese en el camino de la verdadera santidad, de la santidad que en su mayor parte es obra de Dios y en la que la criatura no hace más que dejarle destruir y edificar, mediante su cooperación, sin prevenir, sin resistir, y trabajando únicamente en cuanto se siente movida por la acción divina. ¿Qué podemos hacer en favor de nuestra santificación con todo nuestro celo, con todos nuestros esfuerzos, si los mismos no emanan de la gracia? Nada. "Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen" <sup>(28)</sup>.

Lo mismo puede decirse de nuestra vigilancia para preservarnos del mal. "Si el Señor no guarda

<sup>(28)</sup> "Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant."

<sup>(26)</sup> Dominus regit me, et nihil mihi deserit: in loco pascuae ibi me collocavit" (Salm. XXII, 1, 2).

parte del alma; y es tan fácil, tan dulce, tan provechosa para el corazón, que el alma quisiera estar orando sin cesar, deja de hacerlo con mucho pesar y le resulta casi insoportable hasta la más necesaria comunicación con los hombres. ¡Qué caricias y qué favores hace Dios al alma imposibilitada de expresar los transportes de su agradecimiento! Si os asalta alguna duda leed lo que experimentó San Agustín inmediatamente después de su conversión <sup>(27)</sup>, leed lo que se refiere de muchos otros santos, o lo que dijeron ellos mismos acerca de este punto. Esa oración, semejante al principio a un período dulce y penetrante, por lo común se vuelve más adelante árida y fría; pero no por eso es menos tranquila e íntima, ni deja de unir el alma a Dios de una manera más inmediata. No es una oración descollante y aparatosa sino, por el contrario, desapercibida, que se desliza en el silencio y es una imagen del goce tranquilo e inefable que tiene Dios en sí mismo. En una palabra, por la oración el alma se une cada día más íntimamente con Dios hasta abismarse y perderse en El.

(27) Agust., "Confesiones", X, cap. XVII-XLIII.

la ciudad, inútilmente se desvela el que la guarda" <sup>(29)</sup>. Lo único que podremos lograr con la gracia, lo mejor que podemos hacer y lo que espera Dios de nosotros es que le digamos con toda confianza: "Aquí me tenéis, Señor; yo no tengo ni luces, ni fuerzas; todas mis promesas y mis resoluciones caerán en la nada si Vos no me ayudáis a cumplirlas; encargaos de mi alma; os la entrego; santificadla como mejor os plazca; sólo quiero trabajar en esta obra bajo vuestras órdenes y vuestra dirección". Así obraron los santos desde el momento en que tomaron la resolución de serlo, y dejaron, por decirlo así, de esperar en sí mismos en cuanto pusieron su confianza en Dios. Si algunos de ellos, extralimitándose en su fervor se entregaron a piadosos excesos, no tardaron en cambiar de conducta, acostumbrándose a no fiarse demasiado de su propia imaginación, de su carácter, a no entregarse demasiado a un celo arrebatado y mal entendido, sino por el contrario, a guardar el impulso de la gracia y seguirla paso a paso sin apartarse jamás de ella. Reconocieron en fin, por la luz interior y por la experiencia, que su santificación era más bien obra de Dios que suya y tanto más adelantaba cuanto mayor era su cooperación.

(29) "Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat, qui custodit eam" (Salmo CXXVI, 1, 2).

## XXV

## Práctica y recapitulación

Me preguntaréis: ¿qué es preciso hacer para darse a Dios? ¿Por ventura ello no depende más de su gracia que de nosotros? ¿Ese don de sí mismo es el más excelente acto de amor? ¿Depende de mí la ejecución de ese acto? Y yo os responderé que esto se halla en vuestro poder si lo deseáis sinceramente, ya que todo está dispuesto de parte de Dios que nada desea tanto como la posesión de vuestro corazón. Haced pues con plena confianza todo lo que dependa de vosotros.

Supongo que, con la lectura de este escrito, el Señor ha excitado en vosotros un ardiente deseo de daros enteramente a El. Alimentad este deseo ejecutando con frecuencia durante el día, actos como el siguiente: "Dios mío, puesto que no en vano habéis despertado en mí este deseo, ayudadme a ponerlo en práctica. ¿Cuándo me daré a Ti? "Con cuánta impaciencia espero que seáis dueño absoluto de mi corazón! ¡Venturoso momento aquel en que pueda exclamar: Dios está conmigo y yo con El!

Llevad este pensamiento a todas partes; haced de él el objeto principal de vuestras oraciones; ofreced por esta intención vuestras oraciones; una chispa de amor, si se la alimenta, puede producir un gran incendio. Durante el tiempo en que solicitéis este favor, es preciso que seáis extremadamente dóciles y fieles a la gracia: no os permitáis la más leve falta, ningún descuido voluntario y, si tal vez incurrieseis en él, arrepentios inmediatamente de haberlo cometido. Es posible que el Señor os prepare durante algún tiempo: tal vez la gracia se apodere inmediatamente de vuestro corazón; pero, si perseveráis en las prácticas que acabo de indicaros, es imposible que no verifiquéis al fin el acto tan deseado; y al verificarlo experimentaréis sus efectos a través del cambio que se verificará en vuestro interior y os sentiréis transformados completamente.

No me detendré en desvanecer las numerosas dificultades que pudieran oponérseme. El que se sienta capaz de proponerlas, está lejos de abrigar en sí el deseo sincero de darse íntegra e incondicionalmente a Dios.

FIN